Michael Cunningham

Por el autor de *Las horas*
Premio Pulitzer

Día

Lumen

Día

Michael Cunningham

Traducción del inglés de
Miguel Temprano García

Lumen

narrativa

Este libro es para Frances Coady

Alzándose del pasado, mi sombra
acude en silencio a mi encuentro.

ANNA AJMÁTOVA

5 de abril de 2019,
por la mañana

A estas horas tan tempranas el East River adquiere una fina capa traslúcida, una piel brillante y acerada que parece flotar sobre el río mismo a medida que el agua pasa del negro nocturno al profundo verde opaco del día siguiente. Las luces del puente de Brooklyn empalidecen contra el cielo. Un hombre sube la persiana metálica de su taller de reparación de calzado. Una corredora joven con coleta pasa al lado de un hombre de mediana edad que, con un vestidito negro y botas militares, vuelve por fin a casa. Las escasas ventanas iluminadas son exactamente igual de brillantes que el cuarto de luna.

Isabel, que no ha dormido, está de pie ante la ventana de su dormitorio, lleva una camiseta XXL que le llega hasta la mitad de los muslos. La mujer de la coleta pasa de largo ante el hombre del vestido, que está metiendo la llave en la cerradura de la puerta de la calle. El dueño del taller de reparación de calzado levanta la persiana de acero, preparándose para abrir la tienda. ¿Por qué abre tan pronto, quién puede necesitar que le arreglen los zapatos a las cinco de la madrugada?

Ya se aprecian los primeros signos de la primavera. El árbol de delante del edificio de Isabel (un arce plateado, que, según Google, es «desordenado y de raíces poco profundas») tiene unos capullos pequeños y duros que pronto se abrirán en hojas de cinco puntas, normales y corrientes hasta que un viento lo bastante fuerte levante su parte inferior plateada. En un alféizar al otro lado de la calle hay

un ramo de narcisos en un vaso de agua. La luz invernal, que durante meses ha sido pálida e inmóvil, parece haberse avivado, como si las moléculas del aire mismo hubiesen vuelto a activarse.

Primeros de abril en Brooklyn puede que sea ya primavera en el calendario, pero la verdadera primavera —con sus indicios de verdor, el despertar de los tallos y los brotes— aún tardará semanas en llegar. Los capullos del árbol son pequeños nudos apretados, esperando para abrirse. Los narcisos en la ventana al otro lado de la calle solo significan que puedes comprarlos en la tienda de la esquina, que han empezado a llegar de dondequiera que se cultiven.

Isabel se aparta de su ventana para mirar a Dan, que sigue dormido, respirando profundamente, tan infantil mientras duerme como pueda serlo un hombre de cuarenta años, con la boca un poco abierta y el pelo rubio claro brillante en la habitación en penumbra.

Quién pudiera dormir así. A Isabel le irrita ese don que tiene Dan, pero también lo agradece. Las horas que Dan y los chicos duermen, es como si ella —para quien el sueño es apenas un intento asustadizo de dormir veteado de visiones— estuviese sola en el apartamento, inmersa en su propio duermevela de soledad nocturna, marcado solo por los números led verdes del reloj de la cocina.

Ve el búho al volverse hacia la ventana. Al principio, parece una protuberancia de la rama del árbol en la que está posado. Las plumas coinciden casi a la perfección con el marrón grisáceo oscuro y entreverado de la corteza. Isabel podría no haberlo visto de no ser por los ojos, dos discos negros y dorados algo más grandes que una moneda, cegadoramente atentos, totalmente no humanos. Por un instante, es como si el árbol mismo hubiese escogido este momento para informar a Isabel de que es un ser consciente, y vigilante. El búho, pequeño, más o menos del tamaño de un guante de jardinería, parece estar mirando a Isabel, pero, cuando Isabel se acostumbra a su mirada, es evidente que solo está mirando en esa

dirección, no a ella sino a la habitación en la que se encuentra: a la mesita de noche con la lámpara apagada y su ejemplar del *Atlantic* del mes pasado; a la pared de detrás de la mesita con la fotografía enmarcada de los niños, una foto profesional en blanco y negro en la que parecen inquietantemente inocentes, una versión dócil de sí mismos. El búho apunta sus ojos fijos y felinos hacia todo lo que hay al otro lado del cristal de la ventana de Isabel, no parece distinguir entre Isabel, la lámpara y la fotografía, no comprende, o no le importa, que ella está viva y lo demás no. El búho y ella se quedan un rato cada uno en su sitio, sin dejar de mirarse, antes de que el búho levante el vuelo, sin esfuerzo, como si no batiera las alas y se limitase a aceptar volar. Describe un arco en el cielo y desaparece. Su marcha deja una sensación de abdicación, como si su presencia en el árbol, al otro lado de la ventana, hubiese sido un error, un desgarrón involuntario en el tejido de lo posible, rápida y eficazmente remendado. El búho ahora parece haber sido una ensoñación de Isabel, lo cual no carece de sentido, teniendo en cuenta que no ha pegado ojo en toda la noche (normalmente consigue dormir unas horas), que está a punto de comenzar un día más lleno de dificultades (Robbie sigue sin encontrar otro sitio donde vivir, Derrick se empeñará en repetir la sesión de fotos), y que pronto se verá obligada a enfrentarse a todo eso y a ofrecer la versión más convincente de sí misma, una persona capaz de hacer cuanto se exige de ella.

El búho ha desaparecido. La corredora ya está lejos. El hombre del vestido ha entrado en su edificio. Solo queda el tipo del taller de reparación de calzado, que ha encendido el fluorescente de la tienda, una luz que no irradia desde detrás del escaparate, que no añade ninguna iluminación a la calle. Isabel no tiene ni idea de si el zapatero, con quien no ha hablado nunca (lleva a arreglar los zapatos al centro), abre tan pronto para escapar de algún problema doméstico o si simplemente está deseando volver a su rectángulo de

luz, porque le gusta encender el cartel de neón azul que reza HOSPITAL DE ZAPATOS (Isabel debería empezar a llevarle los zapatos, aunque solo sea porque él considera que su tienda es un hospital de zapatos) y activar el maniquí de dos metros de alto del escaparate... ¿un zorro?, ¿un mapache?, descolorido por el sol y sentado en una silla de zapatero que alza y baja un martillo en miniatura. Ahora que el hombre ha vuelto a ponerlo en marcha, ahora que el cartel de HOSPITAL DE ZAPATOS brilla con un azul gaseoso y el animal ha retomado el trabajo, servirá como anuncio del comienzo del día.

Si Wolfe fuese real, sería la esquiva figura en el centro del relato. Sería el tipo animado, siempre rodeado de amigos, a quien no consigues ver en una fiesta; el desconocido de aspecto atlético vislumbrado cuando se apea del vagón de la línea B del metro; el príncipe cuyo beso podría arreglarlo todo si pudiese encontrarte, comatoso en tu ataúd de cristal, en lo más recóndito del bosque.

Los 3.407 seguidores de Wolfe sienten todos más o menos lo mismo por él. Es uno de esos tipos que dan la impresión no solo de conseguir lo que quieren, sino de querer lo que consiguen. A los seguidores de Wolfe les gusta su crónica de su propia cotidianidad. Les gusta su belleza atípica y su barba negra de dos días. Es al mismo tiempo fabuloso y asequible, un tipo normal con el volumen un poco más alto y las luces al máximo. Es el hombre apuesto dispuesto a seguirte, que se quedará contigo, que ve en ti esa... idiosincrasia tan tuya en la que no parecen reparar los demás o por la que, a la larga, acaban perdiendo interés.

Wolfe está fascinado por tu belleza como persona. Tiene treinta y tantos. Está dispuesto a comprometerse. No necesita ser el más guapo de la habitación, aunque no puede evitar ser, la mayoría de las veces, el más magnético. Irradia algo. Y, no obstante, carece de vanidad. Ahora es atractivo —levanta doscientos kilos, no es consciente del modo en que sus rizos atrapan las gotas de agua cuando sale de la ducha, no repara en los chicos que admiran sus pectorales y sus abdominales en el vestuario— y no alimenta

ningún arrepentimiento previo sobre el futuro, cuando sea corto de vista, tenga unos kilos de más y sea un buen médico que atiende fielmente a sus pacientes mientras espera a encontrarse esta noche contigo, solo contigo, que es lo único que quiere y necesita.

A sus seguidores les gusta que sea pediatra, que le falte un año para acabar la residencia y que trabaje en una clínica pública. Les gusta que viva en Brooklyn con su compañera de piso, Lyla, y con Arlette, su perro mezcla de beagle con Dios sabe qué al que han adoptado hace poco. Les gusta la insinuación, nunca expresada directamente, de que haya tenido algunos novios con los que la cosa no acabó de funcionar y que esté esperando a enamorarse, aunque no tenga demasiada prisa. Es alegremente virginal, a pesar de todas las camas por las que ha pasado. Es imposible decir cuántos de sus seguidores están enamorados de él, cuántos están convencidos de que, si llegasen a conocerse, resultarían ser la persona a quien Wolfe espera con tanta paciencia.

Es una pregunta demasiado trascendental a estas horas de la mañana, cuando Robbie aún tiene que leer una docena de redacciones de su clase de historia de sexto de primaria sobre cómo debieron de sentirse los pueblos indígenas cuando Colón llegó en sus naves.

Mientras piensa en la primera publicación de Wolfe del día, Robbie prepara el café, se toma un Seroxat y un Ritalin, hace una pausa para orientarse bajo el cuadrado de cielo gris cada vez más luminoso que se cuela por la claraboya de la cocina, una chapuza de algún inquilino anterior. Deja pasar más luz a la buhardilla, pero también gotea, a pesar de los esfuerzos que han hecho por sellarla. Incluso ahora, una gotita de agua, brillante como el cielo, tiembla en la esquina inferior izquierda. Rocío, condensación, lo que sea. Hace semanas que no llueve.

Toda la buhardilla está expuesta a las incursiones del agua: el grifo del baño no para de gotear; la marca oscura que deja el agua

acumulada, por poco que llueva, en el suelo debajo de la puerta deslizante de cristal, que da acceso a la salida de incendios y que sin duda fue obra del mismo torpe, aunque bienintencionado inquilino anterior. Si Robbie fuese más proclive a las novelerías morbosas, podría pensar que todas esas imparables humedades son un vestigio del dolor padecido por los habitantes originales de la buhardilla, que debieron de ser unas muchachas irlandesas llegadas a Estados Unidos huyendo de la hambruna y que se vieron obligadas a trabajar como doncellas: unas chicas que eran casaderas en Dublín, de quienes se dijo: «En unos pocos años, escogerá a su marido». Unas muchachas de quienes se esperaba que se sintiesen agradecidas por vivir en dos habitaciones húmedas en la buhardilla de una casa adosada en Brooklyn.

Robbie es el último de una larga serie de inquilinos que, a diferencia de las jóvenes irlandesas, muertas hace tanto tiempo, han considerado que esa madriguera húmeda y estrecha es un golpe de suerte. ¿Cuál de sus predecesores más recientes fue el optimista que, en un intento por dejar pasar la luz, no previó la lluvia y la aguanieve de los inviernos de Brooklyn? ¿Qué otro (pues tuvo que ser otro) pintó la buhardilla de un sucio color marrón anaranjado? Luego la pintaron de blanco, pero ese color ha quedado, como tristísimo recuerdo, en la pared detrás del armario de debajo del fregadero de la cocina. ¿Llegaría ese habitante antes o después del que agujereó el techo para colocar la claraboya goteante?

Y ahora es Robbie quien está aquí, un maestro de escuela que gana sesenta mil al año y sobrevive en Nueva York, donde no se puede alquilar nada habitable por menos de tres mil, y donde, si eres afortunado, tu hermana compró los dos pisos de arriba de un edificio de ladrillo marrón y te ofreció la buhardilla por menos de lo que ella paga por la hipoteca.

Eres afortunado hasta que se te acaba la suerte. Eres afortunado hasta que tu hermana te dice que quiere recuperar la buhardilla.

Entonces es el momento de crear tu propia suerte.

El Ritalin está empezando a hacer efecto, lo cual es de agradecer, teniendo en cuenta que anoche Robbie vio cinco episodios de *Fleabag* en lugar de leer las redacciones que le faltaban y que siguen apiladas en la mesa de la cocina.

Puede aplazar la lectura de las redacciones porque esta mañana la escuela ha cerrado unas horas mientras comprueban si hay amianto en las paredes. Se supone que hace más de veinte años que lo quitaron, pero alguien ha reparado hace poco en que no consta el registro en los archivos, igual que todos los demás registros de 1998, así que un equipo de personas, que Robbie se imagina con trajes de seguridad, están perforando las paredes en busca de un amianto que probablemente no esté ahí, a no ser que en realidad no revisaran las paredes, a no ser que los registros «desaparecidos» nunca existieran y todo el mundo haya dado por sentado que el problema estaba resuelto.

Robbie coge una redacción de lo alto del montón y hace lo posible por no preocuparse de si él y sus alumnos han estado respirando invisibles anzuelos de pesca negros de lunes a viernes.

Ha cogido la de Sonia Thomas. Sonia es una chica pelirroja y contemplativa cuya historia de que fue adoptada en Rumanía a los siete años, al parecer, es ficticia, inventada como relato de su origen por motivos que nadie entiende y por los que nadie ha preguntado todavía.

La frase inicial de su redacción: «Creímos que el hombre del gran barco nos traía magia».

Robbie la deja en la mesa. Aún no está listo. Piensa si comerse un Cheeto. Repara en algo que, como la mayoría de la gente, ya sabe: que debe de haber una serie de intricadas conexiones apenas visibles, una red subterránea que conecta esos barcos que aparecieron por el horizonte con las subastas de esclavos, con Lewis y Clark contemplando por primera vez el río Misuri, con la guerra

que iba a acabar con todas las guerras, con la Feria Mundial de Chicago, con la Gran Depresión y el New Deal, con otra guerra, con el cinturón de misiles que deberíamos estar desmantelando, con los tiroteos indiscriminados en sitios supuestamente no peligrosos (colegios, cines, jardines de pueblo... la lista es inacabable), mientras la gente muere intentando cruzar una frontera para llegar a un país donde esperan poder ser criados o jardineros, mientras se descubren planetas cada vez más habitables a distancias insondables, mientras a Robbie le preocupa perder el apartamento que una vez aprisionó a esas muchachas irlandesas que llevan tanto tiempo muertas.

Espera que ni en sus pulmones ni en los de Sonia haya clavados microscópicos ganchos carcinogénicos. Se pregunta si debería intentar volver con Oliver. Duda si no habrá atraído su propia desgracia por dar clases en una escuela pública con presupuesto cero, donde es más que posible que no se hayan llevado a cabo las pruebas del amianto. Duda si dejar la carrera de medicina no fue un error, después de todo. Duda si volver a pensarse lo de los apartamentos que ha visto ya. ¿Tal vez el de una sola habitación de Bushwick, que tenía techos altos, pero solo un ojo de buey? ¿No se habría precipitado un poco al rechazar el miniloft (eso decía el anuncio) porque había que compartir el baño con el miniloft de al lado?

A lo mejor Wolfe necesita embarcarse en alguna aventura. Marcharse una temporada, irse. Al fin y al cabo, vive en el extremo oriental de un vasto continente donde hay granjas que flotan sobre mares de trigo, montañas y bosques, y bares que están abiertos toda la noche en los que alguien te llamará cariño mientras te rellena la taza de café. Sus seguidores querrán que salga a ver todo eso. Algunos, al menos, querrán saber que está ahí, en marcha. Podría cruzarse contigo. Podrías ser la persona que ha estado esperando todo este tiempo.

¿Quién no espera que un mago arribe a su orilla?

Cuando Robbie baja de su piso para ir al de Isabel y Dan, se encuentra a Isabel en las escaleras, sentada, abrazándose las rodillas, como para ocupar el menor espacio posible.

—Buenos días —le dice.

Desde dos escalones más arriba, lo que mejor ve de ella es su coronilla. Su pelo sigue enredado por el sueño, y la parte más despeinada deja ver zigzags blancos de cuero cabelludo.

Robbie e Isabel no se parecen mucho. Isabel heredó de su madre los brillantes ojos grises y las cejas espesas, además de la nariz huesuda y prominente, que, en Isabel, compite de manera notoria con la mandíbula pugilística que no ha heredado de ninguno de sus padres. Aprendió muy pronto que si eso que suele llamarse belleza habitaba precariamente en ella, a cambio tenía fiereza. «Seré muy solicitada, tendré novios, seré delegada del último curso». Desde que Robbie tiene uso de memoria, su hermana ha hecho valer su singularidad sencillamente porque es como es y no se disculpa por ello.

En Robbie, los rasgos de ave de presa de su madre —su aspecto de halcón transformado en mujer, alguien vigilante con quien es difícil negociar— se suavizaron con la simetría angloirlandesa de su padre: la modestia de su nariz y su barbilla, sus ojos color chocolate con leche, su inofensiva afabilidad.

En el instituto, Isabel cortaba como una cuchilla las tonterías ajenas, de los atletas y las reinas de las fiestas. Robbie era el menos

fuerte, el de corazón delicado. Empezando por las gafas, que llevó desde los cinco años (prefiere no pensar en las lentillas de color azul bebé que llevó un año, cuando tenía veinte). Robbie siempre fue pensativo y retraído (gracias, mamá, por decir que era «melancólico» como Heathcliff, aunque dieras a entender que Robbie no era Heathcliff y debería esforzarse más para integrarse). A Robbie le herían los insultos que le dirigían los demás y, sobre todo, los que imaginaba pero no podía oír. Robbie ansiaba desesperadamente que lo quisieran, lo cual, comprende ahora, era el método más eficaz de garantizar que solo lo quisiesen los miembros de su familia.

—Buenos días —dice Isabel.

—Aquí está. La mañana.

—¿Cómo van las redacciones sobre Colón?

—Hasta ahora, hay seis que piensan que era un invasor despiadado; tres que creen que inventó América, y que eso fue una buena idea. Y hay un chico que por lo visto ha entendido que la redacción era sobre la ropa que Colón llevaba puesta.

—¿Y qué llevaba?

—Una especie de túnica. Y algo parecido a una tiara en la cabeza.

—Bonito.

—Sí. Pero...

—¿Pero?

—Últimamente, me planteo cuánto tiempo más podré hacer esto. Quiero decir que estoy agotado. No tienes ni idea de lo que es estar en un aula con ellos, todos los días.

—Lo sé. Sabes que lo sé, ¿no?

—Sí, claro. Pero... Hace una semana o dos, sin ir más lejos...

Ella le interrumpe:

—Tengo que preguntártelo. ¿Estás más cansado de la cuenta por la mudanza?

—Te repito, una vez más, que no te sientas culpable por eso.

—¿Te arrepientes de haber dejado la facultad de Medicina?

—No. No me arrepiento —dice—. Y, la verdad, todos los demás profesores parecen desear haber hecho otra cosa. Todos menos Myrna.

—Que no está cualificada para dar clase. Ni, supongo, para casi nada.

—Como mínimo debería buscarse una nueva peluca.

—He estado pensando mucho en papá estos días. Da igual lo que diga el doctor Meer sobre su estado.

—Sí, bueno, es que el doctor Meer...

—¿Te ha contado papá que le sugirió un viaje a Lourdes? En plan, ¿por qué no probar con una intervención milagrosa?

—Que probablemente sería tan eficaz como el doctor Meer. ¿Te has fijado en que todas las revistas de la sala de espera tienen al menos un año de antigüedad? ¿Y que el maíz dulce del cuenco de golosinas lleva ahí desde Halloween?

—Lo que te digo es importante —replica ella—. ¿No podrías tomártelo en serio?

—¿Crees que no me lo estoy tomando en serio?

—No —responde ella—. Sé que sí. ¿De verdad hay un cuenco de maíz dulce en la sala de espera? A lo mejor es que no he querido verlo.

—Escucha.

—Te escucho. Soy toda oídos.

—No es que no estudiara medicina porque era lo que papá quería que hiciese —dice—. No sería el mejor médico para ocuparme de él ahora. ¿No es un hecho demostrado hace tiempo?

—Ya sabes lo que pienso de los hechos.

—A lo mejor, ir a Lourdes no es tan mala idea. Serviría para sacar a papá de casa.

—Esta mañana he visto un búho —dice ella—. En el árbol.

—¿En esa mierda de árbol de enfrente de la casa?

—Ajá.

—Imposible.

—En Central Park hay búhos.

—Eso es, en Central Park —replica él.

—Está bien. Esta mañana he soñado que veía un búho. ¿Has subido ya algo de Wolfe?

Wolfe es, en cierto sentido, una encarnación adulta del hermano mayor que ambos inventaron de niños: el hermano mayor que los defendía, que no temía nada ni a nadie, que conocía la lengua de los animales.

Isabel y Robbie llamaron a su hermano imaginario Wolf. Robbie nunca ha confesado que, hasta que cumplió los seis años, pensaba que se llamaba Woof.

—Aún no —dice—. Estoy demasiado metido en Cristóbal Colón.

—Me gusta la idea de Colón con tiara.

Robbie se sienta a su lado en el tercer escalón. Nota su olor matutino, de antes de la ducha. Una frescura de melón, un toque de flores viejas. Crecieron con los olores mutuos, pero Robbie llevaba mucho sin encontrársela tan pronto, sin lavar. No puede evitar respirar hondo.

—Esta tarde voy a ver un piso en Washington Heights. Al parecer tiene vistas al río.

—Estaría bien tener vistas al río. En lugar de al árbol de mierda y al Hospital de Zapatos.

—Hace tiempo que tendría que haberlo hecho.

—Anoche Violet me preguntó para qué servía el pene de Nathan —dice ella.

—¿Qué le dijiste?

—Que los chicos son diferentes.

—¿Respondió eso a la pregunta?

—No. Ella quería saber su verdadero uso.

—Esa es mi niña. Cinco años y ya está preparada para conocer los

hechos.

—Digamos que fue un recordatorio de que son demasiado mayores para compartir habitación. No sé por qué Dan y yo hemos esperado tanto. Somos un desastre de padres.

—No. Sois unos padres con solo dos dormitorios.

—No paro de pensar en la casa que íbamos a comprar en el campo —dice ella.

—Éramos unos críos.

—Íbamos a tener doce habitaciones, un huerto y tres o cuatro perros.

—Fue idea de la señorita Manley —replica él—. Se la copiaste a ella, y yo a ti.

—Era la mejor maestra de quinto. Todos los niños deberían tener una maestra hippie.

—Con una relación novelesca con la realidad.

—Pero la gente se muda al campo. Hay un montón de casas, y por lo que he oído los precios son razonables.

—Y la siguiente persona gay estaría a, qué sé yo, cincuenta kilómetros.

—Siento lo de Oliver.

—Oliver jamás habría querido mudarse al campo.

—¿Por qué no le damos a Wolfe una casa en el interior?

—No sé. ¿Es eso lo que queremos para él?

—¿Por qué no? Con lo que trabaja...

—Los niños de la clínica lo necesitan.

Isabel le da un puñetazo en el hombro a Robbie jugando, como lleva haciendo desde... él no recuerda una época en que no lo hiciera. Es, siempre lo ha sido, un gesto de camaradería, pero tiene (siempre la ha tenido) la fuerza suficiente para infligirle un leve dolor, que sugiere que la camaradería va acompañada de un poco de rabia.

—No puedo creer que lo hayas puesto a cuidar de niños enfermos

—dice.

—No habla mucho de eso. Casi nunca dice nada.

—Tú habrías sido un buen médico.

—¡Eh, que tampoco soy tan mal maestro! Lo que pasa es que tengo un mal día. Creo que la culpa es de Cristóbal Colón.

—Y tú no querías ir a la facultad de Medicina, ni empezaste a dar clases de primaria solo para fastidiar a papá...

—Bueno, ¿a quién no le gusta la versión más sencilla?

—¿Crees que Wolfe se lleva bien con su padre? —pregunta ella.

—Wolfe se reduce a unas cuantas publicaciones en Instagram. Lo vamos creando sobre la marcha. No es una persona. Ni siquiera se parece a la idea de una persona.

—¿Me estoy volviendo mandona?

—Tal vez un poco.

—¿Recuerdas cuando me comí tu pastel de cumpleaños?

—Tenías cuatro. Yo tenía dos. No me acuerdo de nada.

—Mamá nos contó la historia más de cien veces. Era la anécdota oficial sobre cómo éramos de niños.

—¿Por qué piensas en eso ahora?

—Supongo que soy una persona que se come los pasteles de cumpleaños de los demás. Estoy echando de casa a mi hermano. El trabajo cada día es más idiota y yo no digo nada.

—¿Cuánto de idiota es ahora mismo?

—Hoy tengo que convencer a Derrick de no repetir las fotos de Astoria, no hay presupuesto. Y circulan rumores sobre la historia de las familias no heteros. Aún no han sido desvelados.

—¿Quieres que baje a ver qué tal están Dan y los críos?

—¿Puedes? No me importaría quedarme unos minutos más aquí a solas. Sentarse en las escaleras es como no estar ni aquí ni allá.

—Todo irá bien.

—Sí. Claro. Todo irá bien.

El apartamento de Isabel y Dan estaba casi terminado cuando llegaron los niños y comenzaron a destrozarlo. Antes de que naciese Nathan —con más de un año de antelación sobre lo planeado—, Isabel y Dan habían tenido tiempo y dinero para pintar las paredes del salón de un gris opalescente, para teñir los suelos de roble brillante con un marrón caoba mate tan oscuro que casi parece negro, para comprar el sillón italiano y las estanterías impecablemente envejecidas del siglo XIX que habían viajado a Brooklyn desde Buenos Aires. Pero el nacimiento de Nathan puso fin a las reformas, y cuando Nathan iba a cumplir cinco años —cuando su capacidad destructiva pareció por fin contenible, cuando Isabel y Dan empezaron a comprar nuevas lámparas y sofás—, la concepción de Violet retrasó, al menos los años siguientes, cualquier adquisición relevante.

Y así, Isabel, Dan y los niños siguen viviendo en el apartamento demasiado pequeño que iba a ser temporal, donde empezar antes de que los precios de los pisos se volviesen estratosféricos, antes de que la idea de Dan e Isabel de adquirir el apartamento de la planta baja se viese retrasada por la vida inconcebiblemente larga de los dos ancianos gemelos que vivían en él desde antes de la Segunda Guerra Mundial, y acabara cancelándose cuando se llevaron a los gemelos a una residencia y el apartamento de la planta baja se vendió en el acto a alguien que llegó con una maleta con un millón y medio en efectivo para que su hijo tuviese un sitio donde estar en verano

cuando volviese de Yale.

La sala de estar de Isabel y Dan continúa suspendida en su estado indeterminado. Aquí sigue el sofá de color moca que Isabel compró hace años en una tienda de segunda mano. Aquí está la alfombra de retales de Guatemala del antiguo piso de Dan en la Avenida B, y la sólida mesita de «estilo español», como un barco pirata encallado en el centro de la sala, regalo del padre de Robbie e Isabel cuando decidió lo que él llamó «simplificar su espacio vital» después de la muerte de la madre de ambos, pero que, con el tiempo, ha resultado significar que sencillamente piensa vivir en un estado de luto constante, con menos muebles y más luz. Desde que enviudó, no ha comprado ninguna bombilla de menos de 75 vatios, como si necesitase toda la luz posible para contemplar mejor su soledad.

Isabel y Robbie deberían llamarle; ha pasado mucho tiempo.

En la sala de estar, Robbie busca una imagen en la carpeta de Wolfe (#wolfe_hombre).

Wolfe no es una fantasía hiperbólica y machota. Su rostro apuesto y de ojos oscuros es el de un desconocido sacado de Depositphotos. Su compañera de piso, Lyla, en realidad es una mujer negra con una elegancia natural cuyo nombre en Instagram es Galatea2.2. Su apartamento es una mezcla de tres sitios diferentes. Hace poco que alguien llamado Inezhere adoptó a su perro en una perrera.

Robbie espera no estar haciendo nada malo, no solo por robar las fotos de desconocidos (le sorprende que no le hayan pillado todavía), sino por reutilizarlas para crear a alguien que no existe. O, más bien, que existe como acumulación de detalles ajenos.

La analogía con Frankenstein es inevitable.

Wolfe, no obstante, es la idea de una persona, no un remiendo de tejidos antes vivos. No va a volver a la vida torturado, perdido, desesperado por una relación. No va a alejarse a la deriva en un iceberg en un mar helado. Es una fantasía —amable y relativamente pequeña— compartida (según parece) por otras 3.407 personas.

No puede tener nada de malo, ¿no?

Robbie elige una fotografía y envía la primera publicación de hoy:

> Imagen: Un campo en Vermont, o tal vez en New Hampshire. Son fotos fáciles de encontrar. Robbie tiene media docena o más en la carpeta. Esta muestra una extensión de hierba de un verde cegador, presidida por un árbol con flores blancas del tamaño de la uña de un pulgar. En primer plano, el extremo derecho del espejo retrovisor del coche desde el que alguien llamado Horsefeather hizo la fotografía. Tiene que ser de otro año, es demasiado pronto para tanto verdor y tantas flores en el norte, pero a Robbie no le preocupa la verosimilitud. Wolfe es una persona ficticia que vive en un mundo ficticio de tiempo cambiante y estaciones precarias. Sus seguidores no parecen darse cuenta o no parece importarles. Robbie, al guardar esas imágenes para Wolfe, de algún modo ha anticipado alguna bucólica liberación para él, una liberación de su propia felicidad, aunque las escenas de su escapatoria no siempre sean técnicamente posibles.
>
> > Pie de foto: ¡Excursión en coche! Solo un día. Aquí ha empezado la primavera, no podía perdérmelo.

Es respondida al instante con once «Me gusta».

Dan está delante de la encimera de mármol de la cocina cascando un huevo en un cuenco. Es, como siempre, fiel a su estilo: el viejo rockero convertido en un cuarentón sabio y corpulento, una figura olvidada por el arte. Los griegos preferían una edad madura musculosa, guerreros que se volvían tanto más formidables cuando envejecían. Después da la impresión de que la descripción de los hombres de mediana edad se saltó los siglos siguientes (hasta Miguel Ángel los prefería más jóvenes) y pasó directamente de sus heroicas encarnaciones griegas a las poco atractivas representaciones en tonos sonrosados de Francis Bacon.

Una figura como la de Dan está ausente en la representación de la belleza masculina aceptada: el tipo que se ha vuelto rollizo y un poco voluptuosamente blando, una figura más dedicada al afecto que a la lucha, más preocupada por los sistemas y los ahorros que por la arena de los gladiadores; un hombre que da sus primeros pasos hacia la mortalidad, que, por lo que Robbie cree, requiere más fortaleza que la convicción de que con suficiente ejercicio y cosméticos puedes aparentar tener treinta y ocho años hasta tu octogésimo aniversario.

Dan lleva unos pantalones de chándal gris y una vieja camiseta de los Ramones. Una calva nada disimulada asoma en la coronilla de su cabeza plateada: el agua oxigenada es la única insistencia que queda de su vida pasada. ¿Quién podría culparlo por querer conservar un vestigio de su magnificencia juvenil? ¿Cómo se

recupera uno de haber parecido a los veinte años un serafín de Botticelli?

Dejando el pelo de Dan aparte, se ha vuelto complaciente, proclive a devociones inquebrantables. Se ha quitado la rabia de encima gracias a su manera dura y bromista de afrontar las decepciones, además de a sus esperanzas por un futuro que todavía se extiende ante él. Casca el huevo con finura y precisión.

—Buenos días, Robbie —dice. Su voz ha disminuido media octava después de tantos años de fumar, de cantar bajo la luz neblinosa de los clubes.

—Hola, Danny.

Robbie golpea la cabeza contra el hombro fornido de Dan.

—¿Qué tal? —pregunta Dan.

—Bien. No va mal. Por fin es viernes.

Ha sido un poco insensible, ¿no? Si para Robbie los viernes equivalen a libertad, para Dan significan que, cuando vuelvan del colegio, los niños estarán en casa todo el día y que Isabel se pasará casi todo el tiempo delante del ordenador (ahora que falta más de un tercio de la plantilla, trabaja siete días a la semana).

Robbie piensa si su inminente partida lo estará volviendo más proclive a los pequeños insultos, o solo más consciente de los pequeños insultos que siempre le ha lanzado a Dan. Dan el hombre auténtico, Dan el admirado con fervor, Dan el que se ha convertido, es innegable, en una figura patética.

—¿Está bien Isabel? —pregunta.

—Sí. Solo necesita un poco de tranquilidad —contesta Robbie.

—Tengo una canción nueva. Me he pasado casi toda la noche trabajando en ella.

—¿Siguen los niños en su habitación?

—Sí —dice Dan—. Violet se está vistiendo. Nathan está... Bueno, no sé exactamente qué estará haciendo Nathan.

—Iré a meterles un poco de prisa. Sabes que tengo la mañana

libre, ¿no?

—Me suena. Recuérdamelo.

—Hoy va un equipo a la escuela a hacer pruebas por si hay amianto.

—Creía que ya lo habían eliminado.

—Es probable, pero no pueden descartarlo. No están seguros de que alguien lo haya comprobado. Los registros son... Imagínate unas cajas de cartón en un sótano que se inundó con el huracán Sandy.

—O sea, que tienes la mañana libre.

—Iré a por los críos.

—Gracias, tío.

—De nada.

Hace veinte años, cuando Isabel y Dan pensaban en casarse (ella dudaba), Dan llevó a Robbie, que tenía diecisiete, en un viaje en coche para ver la mayor madeja de hilo del mundo, con la esperanza de que Isabel se animara si Dan se ganaba a su hermano pequeño. En sus días más nostálgicos, Robbie piensa que ese fue el mejor momento de su vida. Dan, con veinte años, al volante de su Buick Skylark de tercera mano, todo rizos de color dorado oscuro y brazos nervudos, cantando al son de *Sweet Thing* mientras las granjas de Pensilvania y Ohio se extendían a su alrededor. Dan era todo lo que Robbie quería decir con la palabra «bello». Desde entonces, Robbie y Dan siempre cuentan la anécdota de cuando viajaron a Kansas para ver la que resultó ser la segunda mayor madeja de hilo del mundo, porque la primera está en Minnesota; de cómo la señora amable y con escaso pelo que les atendió fue incapaz de darles más detalles sobre lo que afirmaba el cartel: que aunque la madeja no fuese en realidad la más grande, era la única que permitía a los visitantes acercarse lo suficiente para olerla. La mujer se limitó a sonreír tristemente cuando Dan le preguntó por los beneficios de olerla. En cambio, les dio una relación de varias controversias, entre ellas la de si era mejor el hilo de sisal o el de

plástico, y la cuestión de si la palabra «mayor» debería aplicarse a las dimensiones o al peso.

Ahí acaba la anécdota. Con Dan y Robbie decepcionados por la falta de una tienda de regalos y ya de camino a casa en el Skylark, cuando se les estropeó en Reading, Pensilvania. Tuvieron que pasar la noche en un vetusto motel mientras un mecánico no muy de fiar reparaba el motor y afirmaba a regañadientes que al menos los llevaría de vuelta a casa.

Si Robbie pudiese inventarse el pasado con la misma facilidad con la que se está inventando a Wolfe, la historia continuaría. Dan y él habrían seguido conduciendo después de ver la madeja y se habrían dirigido no al este, sino al oeste, hasta California, y tal vez, al llegar a Colorado, Dan se habría dado cuenta de que en realidad no estaba enamorado de Isabel sino de su hermano, un chico que lamentaba haberse quedado sin camisetas e imanes de nevera con la madeja, que ponía *Sweet Thing* una y otra vez en el reproductor y la cantaba, que jamás aludía a las costumbres menos presentables de Dan (ni siquiera a su manía de extender el pulgar), que nunca se impacientaba ni se ponía celoso, que quería a este Dan, precisamente a esta persona, y no tenía ninguna sugerencia sobre cómo podría mejorar Dan. Robbie y Dan podrían haber vivido en Venice Beach desde entonces. En su aniversario siempre volverían a ver la segunda mayor madeja de hilo del mundo. Nunca irían a Minnesota a ver la más grande.

Isabel se imagina a sí misma sentada en las escaleras muchos años. Podría ser la protagonista de una película europea: la mujer de las escaleras. Una mujer paralizada por su egoísmo y su trivialidad, una mujer que sabe que su vida podría gustarle más de lo que le gusta pero que no consigue que le guste más allá de un par de incidentes raros e inconsecuentes. Ha visto un búho donde no es razonable que haya búhos y, consciente de que los búhos simbolizan algún tipo de infortunio —garras y chillidos descendiendo de lo que parecía ser un plácido cielo nocturno—, ha descubierto que no puede ni subir ni bajar las escaleras. Conque aquí está.

Se quedaría aquí, indiferente a todas las súplicas y exhortaciones. Seguiría aquí y los niños se harían mayores y aprenderían a pasar por su lado al salir y entrar en casa con un rápido «Buenos días, mami» o «Buenas noches, mami». Seguiría cuando estuviesen ya crecidos, cuando su familia se mudara y otra familia se instalase en su piso. A la nueva familia le habrían informado de que el precio era más bajo porque tendrían que aceptar la presencia de la mujer en las escaleras. Pasarían por su lado, por lo general con educación, aunque los niños, de vez en cuando, le gritarían «¡Hola!» al oído, hasta que se cansaran de su falta de reacciones. Se volvería invisible para la nueva familia. A veces tropezarían con ella o le golpearían en la cabeza con la bolsa de la compra, pero, como sus primeras disculpas pasarían tan inadvertidas como las imprecaciones de los niños, acabarían aludiendo a ella solo cuando tuviesen invitados, a

los que dirían en voz baja: «Lo siento, pero venía con la casa. Pagamos un precio muy bajo y, en fin, no hay mucho que podamos hacer».

La habitación de Nathan y Violet sigue siendo el cuarto de los niños que Isabel preparó minuciosamente en sus días de «madre perfecta», cuando Nathan era una bolita del tamaño de un guisante en su útero y Violet estaba esperando dondequiera que esperen los que aún no han sido concebidos. Las paredes están empapeladas con imágenes de planetas y constelaciones, con sus nombres: Marte, Venus, Saturno, Andrómeda, Cisne, las Pléyades (desafortunadamente apelotonadas al lado del interruptor de la luz). Isabel escogió el cosmos y no los caprichosos animales de circo y las rayas de colores, lo cual ha hecho más fácil, ahora que Violet tiene cinco años y Nathan diez, defender que todavía no son demasiado mayores para compartir habitación, puesto que está dedicada a Orión y a la Osa Mayor y no a payasos y piruletas. Pronto Nathan se trasladará a la habitación de Robbie en el piso de arriba. Quién sabe si él será capaz de arreglar por fin las goteras de la claraboya.

Robbie espera junto a la puerta de los niños, sin que lo vean.

Violet posa delante del espejo, admirando su reflejo. Nathan está sentado en la cama, ya vestido con su uniforme: unos vaqueros ajustados y una sudadera gris con capucha. Le molesta la excentricidad, en cualquiera de sus formas.

—¡Hola, mutantes! —grita Robbie.

Los dos chillan (Nathan, Robbie es consciente, se arrepiente enseguida de haberlo hecho) y corren hacia él. Violet rodea con sus

brazos delgados los muslos de Robbie; Nathan extiende el puño para darle un golpe.

—Hola, hola, hola —dice Violet.

—Buenos días, cariño. —Robbie le acaricia el pelo con una mano y le devuelve a Nathan el golpe con la otra.

—¿Qué pasa, tío? —dice Nathan.

—¿Qué pasa, Mari? —replica Robbie—. Dame un abrazo.

Nathan va a abrazar a Robbie y sin querer le da un golpe a Violet con el codo en la cabeza, lo cual la hace gritar de dolor, unas diez veces más fuerte del volumen normal.

—Venga, hombre —dice Nathan.

—Me has pegado en la cabeza.

—Te he rozado. No empieces con tus numeritos.

—Pídeme perdón —dice Violet.

—No, porque no he hecho nada.

—Me has pegado.

—Pues llama a la policía.

Robbie, metido hasta el cuello en la pelea infantil, dice:

—Parad ya, ¿vale?

No paran. No pueden. Los empuja una antigua ira filial, de una pureza sorprendente.

—Nathan dice que no le gusta mi ropa —añade Violet.

—No, lo que he dicho es que irías muy bien vestida si estuviésemos en carnaval.

—Robbie, ¿a ti te gusta?

Retrocede para que Robbie pueda verla mejor. Lleva el vestido de color agua, un disfraz de princesa con mangas abullonadas y falda de tul.

Robbie se lo compró hace una semana. ¿Cómo no se le ocurrió pensar que querría llevarlo a diario?

—Estás guapísima —dice.

—¡Ja, ja! —exclama ella, volviéndose hacia Nathan.

—Pero tal vez sea un poco exagerado para el día a día —apunta Robbie.

Violet lo mira confundida. Se está adentrando en un mundo de normas ocultas, que solo puede aprender quebrantándolas. Hasta hace poco las normas eran a menudo injustas, a veces mucho, pero claras.

—¿Para hoy? —pregunta.

—Las mujeres se ponen la ropa más bonita por la noche —explica Robbie—. Cuando salen las estrellas.

—Para parecer una estrella.

—Eso es.

—Se ponen la ropa normal de día y la ropa bonita de noche.

—Exacto.

Violet coge una falda de cuadros escoceses que había tirado, con otras, al suelo.

—¿Es mejor esta? ¿Para hoy?

—Es perfecta.

—¿Con esta camiseta?

Saca la que es su favorita en ese momento, la que tiene el signo de la paz con lentejuelas. A Robbie no le gusta mucho, pero una corrección es suficiente, por ahora.

—Perfecta —dice.

—Puedo ponerme esto ahora y el vestido por la noche.

—Eso es.

—A lo mejor esta noche puedo ponerme el vestido y la camiseta.

—Ya lo hablaremos después. El desayuno va antes de la moda.

Violet asiente con la cabeza, pero se aparta cuando Robbie alarga el brazo para acariciarle el pelo. Al impartir la clase sobre el día y la noche él se ha mostrado vagamente reticente y ahora ella está vagamente enfadada con él. En su actual encarnación, como niña de cinco años, se ve atrapada a veces en situaciones imposibles, cuando su necesidad de hacer lo correcto choca con su necesidad de

que le expliquen los misterios.

Nathan vuelve a estar con las piernas abiertas sobre la cama jugando con su iPhone. Tenía razón en lo de la ropa de su hermana. Pero con diez años, ya ha aprendido a no alardear de sus pequeñas victorias.

Por razones misteriosas para él, Robbie ve a Violet como la más ineludible de los dos, aunque es cinco años más pequeña que Nathan. Nathan ha sido, desde que recuerda Robbie, una especie de intruso: deseado, querido, pero de paso, hasta que desaparezca en su propio futuro, pero Violet es un miembro de la familia que está aquí, para siempre.

—Es hora de desayunar, muchacho —dice Robbie.

Mientras Robbie lucha por sacarlos del dormitorio, se pregunta: ¿ha contribuido a oprimir a Violet animándola a obedecer un principio fundamental de la moda? ¿Debería asegurarse de que Nathan sabe que lo de los «numeritos» tal vez no sea la expresión más acertada para usar con sus amigos de quinto curso? ¿Quién habría dicho, quién habría imaginado —en aquella cena de hace años, cuando Isabel puso la mano sobre la copa de vino vacía para anunciar su embarazo—, que Robbie, Dan e Isabel iban a embarcarse, los tres, en vidas de adoración, agotamiento y dudas constantes sobre si (y cuándo) uno de ellos cometerá el error crucial, el que uno de los niños arrastrará consigo hasta el siglo siguiente?

Y luego Robbie se imagina con sesenta y tantos yendo de copas con Nathan, cuando llegue de dondequiera que se haya ido, bromeando sobre política («Nathan, ¿de verdad dudas de que la historia se base siempre en el dinero?»). Se imagina ayudando a Violet a escoger su vestido de la fiesta de fin de curso («¿Por qué no te pruebas el que no lleva cinturón?»). La idea misma de ese futuro («Robbie, te hemos apuntado a pilates, tienes que hacer más ejercicio») es una cuerda de seguridad que puede seguir hasta el

horizonte. Alguna vez que ha tenido una mala mañana le ha ayudado a levantarse de la cama.

Nathan sale el primero de la habitación, con aire de resignación y poca paciencia. De acuerdo, desayuno, colegio y todo lo demás, con tal de que Robbie deje de dar la lata, aunque Nathan no necesita desayunar (se alimenta de barritas proteínicas) y sus profesores son idiotas. Lo hará por Robbie.

Violet se entretiene, aún no muy convencida de dejar el vestido de princesa. Robbie le dice:

—No te vas a comer las barritas de pescado en el colegio, ¿verdad?

Ella le lanza una mirada de extrema irritación, que Robbie entiende muy bien. ¿Por qué iba a alegrarse de que él revise el menú cada mañana y le prohíba comer cosas con demasiada sal o demasiada grasa? Pero, en serio, ¿barritas de pescado? Bombas de grasa y sal. ¿En qué están pensando en el colegio?

—Tú y yo tenemos el corazón grande —le explica—. Es una de las cosas peculiares que tenemos.

—No es justo —responde ella.

—Tenemos que cuidar nuestro corazón. Para que no se vuelva demasiado grande para el cuerpo.

—Porque tú me diste hipnocorazón.

—Hipertensión. Es cosa de familia. Pero no es lo que más me gusta de lo que tú y yo tenemos en común.

—Comeré un bocadito de barritas de pescado.

—Uno.

Con una última mirada al vestido, que yace vagamente iridiscente en el suelo, acepta bajar a desayunar.

Otra obligación matutina superada. Y ahora, aparte de las tareas domésticas de Robbie, el amigo que ha creado hace poco, pues nació en línea hace un par de meses, después de que Oliver y Robbie rompieran, tiene que subir unas fotos.

Isabel se está pintando los ojos cuando Robbie entra en el cuarto de baño.

—¿Es que no sabes llamar? —dice.

—No sabía que estuviese ocupado. ¿Es de Chanel?

—Tuve que comprarlo a toda prisa. ¿Quieres probarlo?

—Claro.

Están juntos delante del espejo del cuarto de baño. Robbie se pone la sombra de ojos en el párpado izquierdo y observa su rostro en el espejo. La sombra es ahumada, pero solo un poco, carnosa, oscura. «Eres una persona increíblemente somnolienta y nada frívola. Y nada coqueta».

—La casa de Washington Heights parece prometedora —dice Robbie—. No pueden decir que tiene vistas al río si no las tiene, ¿no?

—Todas parecen prometedoras.

—Bueno, sí, nadie dice que un apartamento da a los cubos de basura de la parte de atrás de un restaurante, o que el dormitorio está en el sótano.

—¿Te parece raro que Nathan vaya a tener su propio piso arriba?

—En realidad es una habitación que es un apartamento. ¿Alguna vez has intentado preparar algo en esa cocina?

—Quitaremos el gas de los fogones —dice Isabel.

—Y dejad cerrada la puerta de la calle. Que no pueda colarse ningún psicópata.

—Ojalá no se necesitase tanta seguridad.

—En parte es por lo que estoy aquí.

—Deberías mudarte con Oliver.

—Díselo a Oliver.

—Los hombres son unos mierdas —afirma Isabel.

—Todos menos Dan y yo.

—Dan también es un mierda.

—No hablas en serio.

—¿Cómo le planteas lo de su regreso?

—Uf, le animo —dice Robbie—. ¿Cómo iba a hablarlo con él si no?

—Ya.

—¿Tú lo hablas con él?

—No —responde ella.

Isabel y Robbie están de acuerdo en lo del regreso de Dan. No tienen secretos (creen que no tienen secretos), pero hay unas cuantas cosas en las que coinciden y de las que no hablan, muchas de las cuales están relacionadas con Dan. Dan tiene la esperanza de reactivar una época de gloria pasada en la que fue telonero de bandas que nadie conoce. Va a volver después de un único álbum que no se vendió.

—Yo pensaba que las personas casadas lo hablaban todo —comenta Robbie.

—Seguro que algunas sí.

Isabel se pasa la brocha por los párpados, pestañea ante el espejo. Ha fracasado en su papel de mujer que siempre tiene un chiste que contar en los momentos difíciles, cuyas cenas improvisadas son legendarias entre sus amigos. Dan tampoco habla con ella de eso.

—¿A qué distancia está Washington Heights? —pregunta ella.

—A cuarenta y cinco minutos. Puede que una hora. Depende de los trenes.

—Eso es muy lejos.

—Sí, pero a cambio casi me lo puedo permitir.

—A lo mejor deberíamos comprar la casa en el campo.

—La señorita Manley podría vivir con nosotros —dice él—. Si no se ha muerto, claro.

Isabel contempla su rostro en el espejo.

—Supongo que... mientras vivas en el piso de arriba parecemos una especie de...

—¿De comuna?

—Esa es una palabra muy de la señorita Manley.

—Tampoco es que me vaya a mudar a Chicago —dice él.

—Lo parece.

—¿Estás bien?

—Ajá. Casi. Es solo que... Dan y yo estamos enamorados de ti. Por no hablar de los chicos.

No es ninguna revelación. Robbie también está enamorado de Isabel y Dan. O, más bien, está enamorado de la criatura única e inquieta en la que se han convertido: la melancolía cómplice y enérgica de Isabel combinada con el optimismo descarado de Dan; el batiburrillo de deseos frustrados de ella y las expectativas serias pero irracionales de él. Robbie está enamorado del personaje que han creado entre los dos: alguien novelesco, de espíritu generoso, amable y bueno, pero sabio e irónico al mismo tiempo.

Además, es posible que Robbie los quiera más de lo que ellos son capaces de quererse el uno al otro. Y además, Isabel y Dan están abocados al desamor desde que se conocieron, cuando Dan alegó que las dudas de Isabel eran solo los remilgos de una niña que, como dijo Dan, a veces podía ser más lista de lo que le convenía, una niña que tendría que aceptar que Dan simplemente sabía que era lo correcto; después Isabel, una vez agotadas sus dudas, había decidido casarse con él. ¿Cómo iba a estar equivocado alguien tan seguro de sí mismo, que huele tan bien y es tan cortés y tan sinvergüenza como Dan Byrne?

Pero es que, además, ese elemento de desajuste, ese no sé qué subyacente que no acaba de encajar, no solo ha continuado, sino que ha ido en aumento. Es que, además, ambos consideran que Robbie es su mejor amigo.

No obstante, nadie hasta esta mañana había dicho la palabra «enamorados». Robbie solo espera que Isabel hable en serio cuando dice: «Dan y yo estamos enamorados de ti» —ese «yo» es importante —, y que sepa que él también está enamorado de los dos, que no tiene planes respecto a Dan, al menos en el sentido tradicional. ¡Qué triste y, peor aún, previsible sería que el hermano gay deseara al marido de su hermana!

No puede más que dudar de si Isabel, que asegura decirle siempre la pura verdad, no estará mintiendo en este caso.

—Os irá bien —dice Robbie—. Confía en mí.

—Nada es como teníamos pensado, ¿no crees?

—¿Y qué crees tú que teníamos pensado?

—No sé, ¿algo más grande? Un huerto. Niños, ancianos y animales. Pollos, cabras y una yegua que siempre se escapa y que el vecino trae una y otra vez.

—Qué concreto.

—Creo que deberíamos darle a Wolfe una casa en el campo —dice ella—. Se la merece. Se va a pasar la vida cuidando de niños enfermos.

—Sí, a lo mejor tienes razón.

—No sé por qué, pero no se me quita de la cabeza la imagen de Colón de pie en la proa de su barco con una tiara.

—El mago hace su aparición.

—¿Qué sentiría al divisar un nuevo continente? Se levantó por la mañana y subió a cubierta pensando que iba a ver solo más y más océano...

—Tuvo que ser toda una vivencia. No hay duda.

—Me refiero a la simple posibilidad.

—Sí —dice él—. Debió de ser impresionante.

Robbie se mira en el espejo, con la sombra de ojos.

—No sé si parezco patético o glamuroso.

—Glamuroso. Sin duda. Me gusta cuando los hombres cambian solo un detalle. Traje y tacones de aguja. O, en tu caso, una camiseta, un corte de pelo de chico y sombra de ojos.

—Si me maquillase los ojos para ir al trabajo me despedirían.

—¿Y si Wolfe empezara a vestir desafiando las convenciones de género?

—Nunca encontraría fotos suyas así.

—Pues solo para nosotros. Tú y yo sabríamos que lleva tacones, o pintalabios. Sus seguidores no tendrían por qué enterarse. Tú y yo podemos imaginárnoslo con camiseta, vaqueros y tacones.

—Si quieres…

—Aunque tienes razón —admite ella—. Sus pacientes se espantarían.

—Como hace la gente siempre que un hombre con un puesto de responsabilidad se presenta con sombra de ojos.

Hace mucho tiempo, cuando Isabel tenía siete u ocho años y Robbie cuatro o cinco, ella lo vistió con una combinación de seda y las perlas de su madre y lo puso a desfilar muy orgulloso, en mitad de una cena, que resultó ser una reunión de un grupo de personas lo bastante inteligentes para haber inspirado ese mismo día una discusión sobre si sacar a relucir a Jesse Jackson o Israel. Robbie se creyó transmutado, con su esplendor totalmente revelado, mientras entraba en el comedor, unos cuantos pasos por delante de su hermana, dejando una estela del perfume Shalimar de su madre. A veces piensa si todo habría sido diferente si su padre y su madre, su padre o su madre, hubiesen reaccionado de manera distinta. Robbie no los culpa. Le ha costado mucho esfuerzo no culparlos, aunque piensa —no puede evitarlo— que hay una línea invisible que va de esa noche a la noche, años después, en que informó a sus padres de

que iba a rechazar las ofertas de las facultades de medicina. Al final, había decidido que no quería ser médico. Había visto en el rostro de su padre un gesto parecido al que saludó su entrada en el comedor con las perlas y el perfume.

—Como nos recuerda RuPaul, nacemos desnudos y todo lo demás es disfraz —dice Robbie—. Aunque no sé si Ru estaba pensando en los pediatras.

—Pero, aun así, Wolfe puede tener una casa en el campo, ¿no crees?

—Si es lo que quieres...

—A su perro le encantaría, con todo ese espacio para correr.

—Arlette —dice él—. El perro se llama Arlette. ¿Y qué me dices de Lyla?

—Creo que iría a visitarlo los fines de semana en el tren —responde ella.

—¿Y no se va a sentir solo?

—Seguiría teniendo la consulta. La clínica en la ciudad, todos los críos.

—Aun así.

—Bueno... podría conocer a un granjero.

—A un granjero soltero y gay...

—Que se hizo cargo de la granja familiar cuando su padre murió de manera repentina...

—¿Se suicidó? —pregunta Robbie.

—No. Tuvo un accidente con el tractor o algo así. De modo que él tuvo que volver de...

—De San Francisco... No, mejor de Maine.

—Y ha estado viviendo en la granja como en una especie de retiro monacal. Se levanta a las cinco y se acuesta a las nueve.

—Es mayor que Wolfe. Pero no viejo viejo. Cuarenta y tantos. Y no es precisamente guapo.

—¿Por qué no?

—Sería demasiado... pornográfico. Un Tom de Finlandia que resulta que es granjero.

—Pero tampoco feo.

—No. Es normal. Un tipo de aspecto normal.

—Si quieres que sea así —accede Isabel.

—Un momento. ¿Te molesta?

—No. Tienes razón. El granjero debe tener un atractivo normal. Es más interesante así.

—Pero preferirías que fuese un espécimen perfecto —dice él.

Ella se da un toque más de sombra de ojos. ¿Es demasiado? Robbie sabe —por lo visto es el único— que Isabel nunca ha estado muy segura de su aspecto. A veces solo se reconoce en parte en las fotografías. Desde niña ha intentado atrapar destellos de su ser auténtico e inmutable.

—Siempre me ha gustado la belleza. Supongo que pensarás que no ha resultado ser una gran idea...

A esa hora de la mañana no van a hablar, al menos Robbie, de su matrimonio. El catálogo de errores de Isabel tendrá que esperar como mínimo a que Robbie se haya tomado su segunda taza de café.

—Voy a ver cómo van Dan y los niños —dice.

—Estaré lista dentro de cuatro minutos. Creo que el granjero lee a Tolstói una hora cada noche, antes de acostarse.

—O a George Eliot. No sé, pero me apetece que lea *El molino del Floss*.

—Bueno, vale —dice ella—. Y un día se encuentra con Wolfe en la ciudad.

—Los dos se sienten atraídos.

—Y esperan ser buenos amigos antes de que uno confiese...

—El granjero confiesa antes —dice Robbie.

—¿Lo prefieres?

—Él lo tiene más difícil. No conoce a otros gais. Y está seguro de

que Wolfe se echará atrás. Pero el granjero no puede evitarlo. No tiene ni idea de que Wolfe está haciendo lo mismo...

—Conteniéndose.

—Porque Wolfe no puede creer que el granjero esté interesado. Son como espías que no se han dado cuenta de que están trabajando para el mismo país.

—Suena como algo que podríamos venderle a Netflix —dice ella.

—Sí, tal vez.

—Al principio todo parece perfecto. Pero el trabajo de Wolfe se vuelve cada vez más exigente, y la abuela homófoba del granjero tiene que mudarse con ellos.

—¿Es necesario ser tan reales?

—Tiene que haber un conflicto. Si queremos vendérselo a la televisión —aclara Isabel.

—Pues no se lo vendemos, ¿vale?

—Lo siento. Es que vender una serie solucionaría nuestros problemas económicos.

—De momento, esperemos. Pensemos en qué sería mejor para Wolfe.

—¿Y Lyla?

—¿Qué pasa con ella?

—Que de pronto parece... que la hemos dejado de lado, ¿no?

—¿Estás preocupada por ella?

—No. Solo quiero que Wolfe sea feliz. Lyla puede arreglárselas sola.

—Además, Lyla no existe.

—Claro. Por supuesto que no existe.

Violet y Nathan están sentados a la mesa de la cocina mientras Dan prepara el desayuno. Los dedos de Nathan vuelan a la velocidad de un colibrí sobre las teclas del teléfono. Violet está muy recta, con las manos cruzadas sobre el tablero, en una postura que ella considera principesca.

Entra Robbie, pero ya lo han despojado de su estatus de celebridad. Cuando se presentó en el dormitorio de los niños recibió una salva de saludos. Ahora es solo un adulto más.

—¿Qué tal? —pregunta Dan.

Es, y Robbie se da cuenta, la segunda vez que Dan se lo pregunta esa mañana.

—Bien. Estoy bien.

—Nosotros estamos listos —dice Violet.

La han obligado a darse prisa con una falda que, aunque más apropiada, la ha despojado de su propio sentido del hechizo: ahora tiene que enfrentarse, menoscabada, a las pruebas que le depare el día. ¿Cómo es posible que la hayan llamado a desayunar antes de lo necesario?

—Espera un momento —replica Dan.

Reparte los huevos revueltos de la sartén en dos platos.

Dan no es ni trágico ni melancólico. Es el criado atareado de sus hijos. Aguarda su propio regreso, pero hasta entonces es Dan, el caballero templario, que encuentra dignidad en ser servicial, y está dispuesto a ceder cualquier cuota de poder en nombre del deber.

¿Acaso alguien echa de menos al Dan drogado que se tomó lo que él consideró, en aquel momento, uno o dos años de descanso cuando nació Nathan? ¿Alguien (aparte del propio Dan) lamenta la desaparición del rockero drogado, sudoroso, sin camiseta, el tipo que hace unos años Dan esperaba volver a ser, sin el menor esfuerzo, después de dejar su música un año, o tal vez dos, para estar en casa con su hijo recién nacido?

Dan unta mantequilla en unas rebanadas de pan integral y se las da a los niños. Robbie se contiene para no recordarle que el médico dijo que Violet no debería comer mantequilla y tampoco huevos. Pero, bueno, un poco de mantequilla en una tostada...

Da igual que Dan diga que Robbie es el policía de la grasa y la sal. Robbie hablará con Dan del asunto, pero no ahora ni esta mañana.

Violet mira su desayuno con reticencias patricias. Nathan continúa tecleando en su teléfono.

—Comed —dice Dan.

Una vez servido el desayuno, Dan se vuelve hacia Robbie. El rostro de Dan es ávido, colorado, robusto. Dan se parece a sí mismo, se ocupa de sí mismo con más eficacia que cualquiera a quien Robbie conozca.

—Hoy voy a ver otro apartamento —dice Robbie—. Con vistas al río. O eso dicen.

—Es alucinante lo que cuestan las cosas.

—Sí, y como solo soy yo...

Mierda. Se interrumpe. A pesar de sus esfuerzos por no sentirse como un vagabundo ni tener el corazón roto, a veces la determinación de Robbie flaquea.

—¿Sigues jodido por lo de Oliver? —pregunta Dan.

—No. A la mierda Oliver.

Mira a Violet, que, o bien no le ha oído decir «mierda», o bien lo ha oído tantas veces, con cinco años, que la considera una palabra

cotidiana y normal. En la casa no hay normas sobre decir palabrotas delante de los niños. En realidad, no hay normas sobre casi nada.

—Lo que significa que ya va siendo hora de que empieces a salir con alguien, ¿no?

En efecto, ya es hora de que empiece a salir con alguien. Pero Dan no tiene ni idea de lo que supone eso para un hombre gay entrado ya en la treintena que no tiene ni dinero ni abdominales. Dan vive en el planeta Hetero, donde un tipo de treinta y siete, soltero, presentable y capaz de interesarse por otra persona se considera un premio. En el planeta Gay las condiciones no son tan sencillas.

—Hay que volver a subir al caballo, muchacho —dice Dan—. Ahora mismo hay alguien ahí fuera que te está buscando. ¿Café?

—Claro.

—Estos huevos están raros —se queja Nathan.

—Tú sí que estás raro —replica Dan.

—Estás hiriendo mis sentimientos.

—Venga ya.

—Los huevos están raros —dice Violet.

—Están exactamente igual que todas las mañanas.

—Esta mañana están raros —dice Nathan—. Tienen grumos.

Dan le da a Robbie un tazón de café con la imagen en blanco y negro del monte Rushmore.

—Comed. Los huevos. Por favor —dice a los niños.

Ha perfeccionado el tono. Baja la voz otra media octava, sin revelar nada de impaciencia, pero pone idéntico énfasis en todas sus palabras, lo que indica que las negociaciones han terminado. Es posible que la casa no tenga normas ni políticas, pero Dan ha desarrollado por su cuenta una forma de hablar que significa: «Esta conversación ha terminado». Robbie no tiene claro si los niños temen la cólera de Dan o si les preocupa rebatir la idea que tiene de sí mismo como padre benévolo pero imparcial; alguien a quien, al

menos de vez en cuando, hay que obedecer. ¿Qué harían si nadie tuviese poder de mando o control?

Dan sonríe a Robbie, pone los ojos en blanco. Niños, ¿qué se le va a hacer?

—Anoche terminé la nueva. ¿Puedo tocártela después?

—Sabes que sí.

—Aún es un poco tosca.

—Me gustan las cosas toscas.

—Lo sé.

Robbie no recuerda bien cuándo empezaron Dan y él con estas representaciones eróticas de su continuo coqueteo, que se manifiesta como una mezcla de compañeros de hermandad universitaria y una pareja casada desde hace mucho tiempo. Estas andanadas de jerga gay son estrictamente privadas... nunca ocurren en presencia de Isabel.

Dan sabe (¿lo sabe?) que Isabel se está preparando ya para dejarlo. Es tan pronto que tal vez solo lo sepa Robbie. Es posible que ni siquiera lo sepa Isabel.

Robbie entiende a qué se refiere Isabel cuando dice que necesita algo más. Robbie habla con fluidez la lengua interior de Isabel. Algo distinto. Algo menos cotidiano. Algo que esté a la altura de su capacidad de desear lo que se sitúa en el extremo más alejado del rango visible. Un caos de afecto y discusiones bienintencionadas. Una domesticidad más amistosa y alborotada. La lámpara en la ventana, las estrellas barridas por el viento entre los árboles.

A Violet se le cae el zumo. El zumo mancha los pantalones de Nathan, lo que significa que Violet lo ha tirado adrede, lo que significa que Nathan siempre le echa la culpa de todo a Violet, lo que significa...

Dan se encarga de todo. El zumo desaparece con un golpe de bayeta. Los pantalones de Nathan no están tan sucios, los accidentes ocurren, hay que seguir, el mundo nos está esperando.

Mientras Dan está ocupado con los niños, Robbie busca en Google: «Granjas, estado de Nueva York». Encuentra una foto, la baja y envía una segunda publicación.

> Imagen: Una granja, el tiempo ha cambiado el color de los tablones de blanco a marfil, tiene forma de capilla con su elevado frontón central, unos porches cubiertos a ambos lados dan sombra a unas espectrales sillas de mimbre, la blancura entreverada flota entre montañas de granito cubiertas, aquí y allá, de grupos de árboles.
>
> > Pie de foto: Acabo de ver que se vende esta casa. ¿Y si la comprase? Hay que dar el salto.

Robbie la envía antes de darse cuenta, un nanosegundo tarde, de que en la fotografía las hojas de los árboles están empezando a amarillear a principios de otoño.

Uf. Se supone que es una foto hecha hoy, a principios de abril.

De inmediato, recibe nueve «Me gusta».

Nadie parece darse cuenta, o molestarse, de que la foto no ha podido hacerse en abril.

Dan le sirve a Violet otro vaso de zumo. Nathan la mira con ojos asesinos. Ella está sorbiendo la fuerza vital de la cocina, se la está robando a él, es una ladrona y una acusica y tiene algo asqueroso en el cuello. Dan ha vuelto a coger su tazón de café de la encimera de mármol y le está diciendo a Robbie: «Tengo la sensación de que...», cuando Isabel entra a toda prisa.

—Buenos días —dice.

Violet se levanta de un salto y corre hacia ella. Nathan sigue sentado con gesto hosco.

—Buenos días —responde Violet con entusiasmo.

Desde que a Violet empezó a no gustarle su madre, hará un año o

dos, se ha vuelto más exagerada en sus muestras de afecto.

¿Acaso cree que puede recuperar a su madre... la madre atenta y dedicada —no hace tanto que dejó de serlo— con la fuerza de su vehemente alegría? ¿Por qué no iba a creer tal cosa?

—Hola, mamá —dice Nathan, imprimiendo a su voz un tono profundo. «Soy con quien mejor te entiendes, ¿te acuerdas? No necesito hacerte carantoñas. Soy tu cita para toda la vida».

Robbie y Dan solo son dos tipos con tazones de café, al lado de la nevera.

—Violet, ¿crees que el hámster tendrá sus bebés hoy? —pregunta Isabel.

—Creo que ya los ha tenido, cuando nosotros no estábamos allí.

—Las chicas a veces necesitan un poco de intimidad. Nathan, ¿serás bueno con Samantha?

—Es asquerosa.

—Intenta no romperle el corazón, ¿vale? No hace falta humillarla.

Nathan se encoge de hombros. No promete nada.

—No puedes culparla por estar enamorada —dice Isabel—. ¡Eh!, tengo que irme.

—He preparado café —dice Dan.

—Ya he pedido uno en Starbucks, lo recogeré de camino al tren. Llego muy muy tarde.

A Isabel, a pesar de sus despistes, se le sigue dando bien esto: es la madre que sabe qué preguntas hacer (la hámster embarazada, esa tonta de Samantha) y cuáles evitar (los problemas de Violet con las niñas de su edad, las notas de Nathan). La madre que siempre va con prisas porque la están esperando, porque nada puede empezar sin ella.

¿Cómo ha aprendido Isabel a ser esa persona, aunque lo haga solo por los niños? ¿Cómo ha llegado Dan a dominar esa voz? Siempre se han dedicado a improvisar, los tres adultos, y a medida que

Nathan y Violet han ido creciendo parecen haber aceptado de buen grado que no son ni más ni menos que los miembros más jóvenes de una tripulación reclutada al azar que, por misteriosas razones legales, se llama «familia». Así que se sorprende al ver (¿cómo se le puede haber pasado por alto a Robbie?) que eso es justo en lo que se han convertido, más o menos involuntariamente, esas personas: en una familia, una especie de conglomerado que sobrevivirá a sus propias rupturas, incluso al divorcio que Robbie se ve venir, y que también sobrevivirá sin él viviendo en el piso de arriba. La pérdida de un tío querido puede ser dolorosa, pero el mundo, con su geografía y su clima, sigue adelante. Mientras Isabel se marcha a toda prisa, con el pelo medio domado en un moño desordenado y la blusa blanca desabrochada hasta el ojal que separa el decoro de la exhibición, Robbie comprueba su Instagram. La publicación de Wolfe sobre la casa de campo enviada en la estación equivocada tiene otros doce «Me gusta».

Cuando Isabel ya se ha ido y los niños vuelven con sus desayunos, Robbie y Dan se quedan dando sorbos a sus cafés.

—Brindo por una casa con vistas al río —dice Dan.

Robbie y él entrechocan sus tazones de café. Dan tiene el tazón con la foto de Bob Dylan, obscenamente joven, en *Highway 61 Revisited*.

—Esperemos que con esta tengas suerte —añade.

Sus ojos, esos ojos azules de bebé nórdico, no conocen la doblez. Dan, este Dan, ha adquirido un aura de perplejidad cordial, como si no estuviese seguro de lo que pasa pero supiese que por fuerza todo acabará saliendo bien. El problema con los adictos en recuperación —con el adicto en recuperación interno— es esta insistencia en dividir su vida entre el pasado, una región de secretos y humillaciones, y el presente limpio y sobrio, en el que compran tulipanes al volver a casa de la frutería y vuelven a escribir música. Un presente en el que todo conspira hacia la bendición, aunque solo sea porque no es el pasado.

—Esperemos —dice Robbie.

—¿No deberías haberte ido ya al trabajo?

—Es el día del amianto. ¿Recuerdas?

En los últimos tiempos, Dan parece necesitar más de un recordatorio sobre lo que acontece en la vida de Robbie.

—Es verdad —dice Dan—. O sea, que esta mañana puedo tocarte esa canción.

—Lo estoy deseando.

Dan lo sabe. «Cierto, Robbie, lo estás deseando». La gente cree que no se entera. Él deja que lo piensen. Si lo aprecian, en parte, por esa especie de despistes de oso de circo, a él le da igual.

Y la verdad, si da la impresión de ser dulcemente iluso sobre sus posibilidades, si Robbie e Isabel le siguen la corriente, también le da igual. Dan se guarda sus expectativas razonables para sí.

Lo que no saben Isabel ni Robbie es que, cuando compones una canción, hay momentos en que el velo de lo normal cae y eres, por un instante, un ser sobrenatural, impregnado de música que se eleva hacia la multitud. Conectas, te entregas, eres la manifestación viva y sudorosa de la música misma, el público lo nota con tanta agudeza como tú. Siempre, casi siempre, te fijas en una chica. No tiene por qué ser guapa. Es el amor de la vida de alguien (tienes la esperanza de que lo sea) y, mientras duran esos segundos, es el amor de la tuya, cantas para ella y ella canta para ti; al levantar los brazos y mover las caderas te adora, o, más bien, adora a un ser que eres tú y la canción combinados, capaz de tocarle en todas partes. Es la más breve de las historias de amor, a veces consumada (perdón, Isabel), pero siempre que ocurría, cada vez que Dan tenía suerte, descubría que esa historia alcanzaba su clímax cuando Dan tocaba un do agudo, lo mantenía y se lo enviaba describiendo una espiral. Después de eso, ¿cómo no iba a parecerle al menos un poco decepcionante cualquier cosa carnal?

Daba igual que esas conexiones extáticas ocurriesen en algún club de mala muerte, o en un sitio incluso peor (Dan ha tocado en un restaurante mexicano de Cleveland). No hacía falta que fuese en el Madison Square Garden para conseguir esa pura gloria que se manifestaba solo de vez en cuando, pero que, de todos modos, era casi un espasmo sagrado, una entrega y una pérdida desgarradoramente públicas, y sí, podía ocurrir en un restaurante mexicano en Ohio, y no, casi nadie lo ha sentido nunca.

Lo que Robbie e Isabel no pueden entender es que Dan quiere otro de esos momentos, puede que dos o tres. Solo quiere eso. Ahora canta baladas, ya no lleva dentro las piezas más rockeras, pero puede conjurar la magia con la misma seguridad con odas a la belleza si son lo bastante feroces y profundas. Piensa en Joni Mitchell, piensa en Neil Young. Dan también puede hacer que la sala se estremezca con esas canciones, puede meterse bajo la piel ajena, puede convocar el brillo de su espíritu. Es lo único que quiere. Un poco más. Un poco. Es lo único que quiere.

—Tengo que llevar a Nathan al colegio —le dice a Robbie.

—¿Quieres que lo lleve yo?

—No, tú quédate con Violet, ¿vale?

—Encantado.

De momento la guardería de Violet solo abre por las tardes, mientras buscan a alguien que sustituya a Gretta, que parecía maja hasta anteayer, cuando les dijo a los niños que siguiesen preparando los huevos de Pascua, se fue de la clase y no volvió.

A veces da la impresión de que el final de la civilización empieza no por arriba, no entre políticos ilusos y directores de grandes corporaciones, no entre terroristas y contaminadores, sino por abajo, entre quienes cuidan a los niños, entre quienes no están seguros de haber comprobado si las paredes son tóxicas, o que nadie vaya a entrar en una clase con ropa improvisada de camuflaje, una máscara de Halloween y un arma semiautomática.

—Nathan, ve preparándote —dice Dan.

—Violet, vamos a quedarnos solos un rato —añade Robbie.

Violet levanta los brazos y grita:

—¡Hurra!

Robbie empieza a detectar cierta falsedad en ella. ¿De verdad puede alegrarse tanto de pasar una hora a solas con Robbie, a quien ve todos los días? ¿A qué edad comienzan los niños a darse cuenta de que, a veces, se espera de ellos que sean una parodia de unos

niños?

¿O será solo que, al igual que Robbie, nota cierta inquietud en el ambiente entre Isabel y Dan? ¿Tiene Violet la esperanza de que el entusiasmo de una niña pequeña, si lo expresa con la suficiente frecuencia, ahogue cualquier murmullo ominoso, aunque ininteligible, que haya oído, unas veces debajo de las sábanas y otras a través de las paredes?

Una mujer que llora en el metro siempre es una desconocida. Para los demás y, muy probablemente, también para sí misma. Isabel ha visto a mujeres así. Siempre le ha extrañado que hayan dejado que las cosas llegaran tan lejos.

Le encanta el metro. Le encanta su mundo nocturno y ruidoso de veinticuatro horas del día; los otros pasajeros sirven para recordarte que no eres, ni mucho menos, un ejemplar típico de la especie humana, al menos no cuando, apretados entre señores trajeados, van un chico tatuado con un yorkshire terrier que asoma de la mochila, una mujer judía ortodoxa flanqueada por sus dos hijos gemelos con *peyots*, y un hombre con pajarita que lee *La copa dorada* con ostentosa dignidad, como la sombra de un profesor condenado a viajar en la línea 4, leyendo las últimas obras de James, hasta que Dios decrete que por fin ha llegado a su parada. Es una de las partes favoritas del día de Isabel, ese no-lugar abarrotado, cacofónico y traqueteante entre su casa y el trabajo que no forma parte ni de un sitio ni del otro, un mundo de transición donde, durante breves intervalos, es solo una ciudadana del propio metro.

Nota que ha empezado a llorar cuando el hombre que está de pie a su lado se aparta todo lo que le permite la gente. No se había dado cuenta.

Intenta ser discreta. Busca a tientas en el bolso el paquete de clínex y no lo encuentra. Nota que el hombre (con el pelo gris acero

rapado al estilo militar y un corte del afeitado en la barbilla) intenta apartarse de ella, al igual que los demás (un hombre indio con un traje de color azul intenso, el chico del yorkshire terrier), ya sea por respeto hacia la angustia de Isabel, ya sea porque desconfían de su cordura o por ambas cosas.

Isabel también ha hecho eso alguna vez. Como la mayoría de la gente. Haces cuanto puedes para que los trastornados no reparen en ti, porque pueden estar esperando para increpar a la primera persona que los mire a los ojos. Sabe también que ni su impecable maquillaje ni su bolso (mintió a Dan sobre su precio, los hombres no tienen ni idea de lo importante que puede ser un bolso) la excluyen sin más de las filas de gente potencialmente amenazante.

No está segura de por qué le pasa. Tiene que ver con la deriva, con la sensación de que la fuerza gravitacional no es tan fuerte como antes, con que Robbie se va a ir de la casa y con la determinación de Dan de resucitar una carrera que nunca existió, como saben todos menos él. Tiene que ver con sus intentos cada vez menos eficaces de parecer una madre. Violet sabe que finge, ¿cómo es posible que solo se dé cuenta la niña, que tiene cinco años?

Y eso que la quieren y la cuidan. Su marido se levanta temprano para preparar el desayuno de los niños.

Es lo que ella quería. Quería casarse. Quería tener hijos. Quería la casa en Brooklyn, se negó a angustiarse por los plazos de la hipoteca.

También quería el trabajo. Se le daba bien. Se esforzó. Destacó sobre los demás. Al parecer, lo difícil es seguir queriéndolo, el trabajo, el matrimonio, la maternidad y el bolso carísimo. Lo difícil es aprender a no despreciarse a sí misma por su claustrofobia y su decepción.

No es nada profundo. Son los problemas de una mujer blanca.

Ni siquiera ahora mira hacia atrás y se dice: «Fue una equivocación» o «¿En qué estaría yo pensando?». Su hermano y ella

estaban enamorados de su marido, lo cual tenía sentido: ¿y si se hubiese casado con alguien que no le gustara a Robbie? Ella quiso ser madre, aún quiere, aunque tal vez no todo el tiempo, no todas las mañanas y todas las noches. No tenía motivos para esperar que su trabajo se interrumpiera en algún momento. Pensaba que seguiría asignando historias a los fotógrafos más brillantes visitándolos en sus estudios, viendo qué excentricidades habían tramado sobre cosas tan poco excéntricas como «Los mejores bares de barrio de Nueva York» y «Apartamentos de multimillonarios». Daba por sentado que siempre podría decirles: «No te preocupes, la revista las publicará... harán lo que yo les diga».

Todo tenía sentido. Lo había tenido todo el tiempo. Todo había tenido sentido hasta que internet empujó al periodismo impreso hacia la lista de especies protegidas y siguió empujándolo hacia la extinción. Tuvo sentido hasta que dejó de querer a Dan (fue más una erosión que una catástrofe amorosa, solo el ruido sordo y constante de lo cotidiano), hasta que los niños dejaron de ser manejables e infinitamente afectuosos y sin complicaciones. Tuvo sentido hasta que Robbie se fue a vivir a la otra punta de la ciudad. No le faltaban razones para creer que dispondría de otro apartamento más grande, incluso de una serie de apartamentos más grandes, una variación urbana de lo que hacen los amish, que construyen nuevas alas y segundas plantas a medida que se acumulan los matrimonios y los nacimientos, cuando Robbie se enamorara por fin, cuando Robbie y Oliver o alguna otra persona (alguien más listo que Oliver, por favor, alguien más capaz de usar la ironía) tuviesen sus propios hijos y formaran un pelotón, como las chicas de *Mujercitas*, más seguros de sí mismos, menos temibles por su fragilidad y sus necesidades.

Hasta hace poco, le parecía razonable esperar más, porque había más. Ahora es como la mujer del cuento de hadas que pide más y más deseos al pez mágico, hasta que el pez se cansa de ella y se lo

quita todo.

No está segura de por qué ha dejado de ser la figura central de su propia historia y se ha convertido en la hermana amargada y codiciosa, en su propia gemela oscura, la que lo ha tenido todo y aun así sigue quejándose: «No es suficiente».

A pesar de todo ello, no había imaginado que se echaría a llorar en el metro.

Baja la mirada. Es mejor bajar la mirada para librar a los otros de la amenaza del contacto visual. Ve la puntera de sus zapatos, que, para su alivio, no están rozando los zapatos de cordobán del hombre con el corte de pelo militar, que sufre por estar más cerca de ella de lo que le gustaría, pero no quiere llamar la atención empujando a la gente para alejarse.

Cuando el tren se detiene en la calle Veintitrés nota un golpecito en el hombro. Es una mujer de unos sesenta años, con el pelo negro teñido y gafas de aviador, que se ha levantado y le ofrece su asiento a Isabel.

En un mundo paralelo, Isabel cogería la mano de la mujer entre las suyas y le diría: «Mamá, no te había reconocido». En un mundo paralelo, se consolarían la una a la otra, compartirían una risa irónica, se maravillarían de que la gente no estuviese llorando en el metro a todas horas.

En este mundo, en esta ciudad, Isabel asiente agradecida y acepta el puesto vacío, se instala entre una mujer con el ceño fruncido que juega al *Candy Crush* en su móvil y un hombre mayor abrazado a una bolsa que parece llena de ropa sucia.

A Isabel le avergüenza su tristeza. Le avergüenza avergonzarse de su tristeza, ella, que tiene amor y dinero. Intenta buscar con discreción un clínex en el bolso, sin hurgar frenéticamente en él. Medita sobre la posibilidad de que la desdicha decadente pueda, a su manera, ser peor que la auténtica y legítima desesperación. Lo cual, como sabe, es una pregunta decadente.

Después de acompañar a Dan y a Nathan a la puerta principal, entre un aluvión de adioses y besos lanzados por Violet, la cría dice:

—¿Qué hacemos?

—No sé.

Antes de que llegaran Violet y Nathan, Robbie no había imaginado que los niños pudieran tener tal falta de ideas sobre qué hacer. Aunque sorprenda, es posible preocuparse por eso con un niño, y en concreto con Violet, como si estuvieses dando una fiesta en la que algo no sale bien.

—¿Quieres construir algo con los bloques? —dice.

—A lo mejor.

—No quieres.

—No, no, podemos construir algo con los bloques.

Parece debatirse con un factor atenuante, algo que haga que los bloques estén bien para ser un juguete, pero indefendible por algún motivo.

—Vayamos a tu habitación a escoger algo —propone Robbie.

Violet, que por lo general siempre está dispuesta a ir a cualquier sitio, también a su habitación, se queda con los pies (lleva zapatillas de ballet, Robbie todavía no ha sacado a relucir la cuestión del calzado) clavados sobre los tablones del suelo.

—¿Cuándo te vas? —pregunta la niña.

—Ahora. Contigo. A tu cuarto.

—No, quiero decir que cuándo te vas.

¿De dónde ha salido esta pregunta? ¿No han convenido Robbie, Isabel y Dan no decírselo a los niños hasta que Robbie haya encontrado un apartamento, un sitio que puedan visitar el día que Robbie firme el contrato? Al fin y al cabo, ni Violet ni Nathan recuerdan una época en la que Robbie no viviera en el piso de arriba.

Violet debe de haber oído algo. Intenta ocultarle algo a un niño y comprobarás que su vida depende de escuchar y de saber.

No obstante, Violet a veces parece saber cosas que es imposible que sepa. Como el día en que Robbie conoció a Adam («Hoy estás distinto, Robbie»), o cuando Robbie compró aquellos zapatos tan caros que luego devolvió arrepentido («Creo que deberías tener cosas más bonitas»).

Como dice Isabel: «Dios mío, espero que no tenga poderes paranormales».

—Solo voy a tu cuarto —dice Robbie—. Ahora. Contigo.

—Pero volverás.

—Cariño, si alguna vez me voy a alguna parte, siempre volveré.

Ella asiente, nada convencida, con la cabeza. ¿Acaso es un error ocultarle a Violet y a Nathan, aunque sea solo por un tiempo, que Robbie va a mudarse a otro apartamento? ¿Se sentirán traicionados cuando se enteren de que les han ocultado un secreto? Una vez más, como siempre, la pregunta fundamental: ¿los estás protegiendo o estás sembrando la semilla de lo que luego será una vida de desconfianza?

Suena el interfono.

—¿Quién crees que es? —dice Violet.

Su tono revela alarma y emoción.

—Veámoslo —dice Robbie—. ¿Quién es?

—Hola, soy yo. —La voz suena con un leve ruido de estática de fondo.

—¿Quién?

—Chess. Soy Chess.

Robbie, consciente de la irritación de Chess por no haber reconocido su «Hola, soy yo» al instante, le abre la puerta de abajo. En el minuto que tarda en subir las escaleras (oye las pisadas de las botas a través de la puerta), Robbie le dice a Violet:

—¿A ver si sabes quién es?

—Es Chess —responde Violet con impaciencia.

Otro cambio reciente: la dificultad de entender cuándo quiere Violet y cuándo no que la traten como una niña más pequeña de lo que es en realidad.

Luego Chess, con Odin en brazos, aparece en la puerta.

—Hola, Chess —dice Robbie.

Ahí está ella. Ahí está su rotundidad, su pelo rapado y su enjambre de tatuajes. Ahí está a las nueve de la mañana, con Odin en brazos, que con cinco meses de edad murmura contento junto a su pecho.

Por un instante, parece que el mundo es un chorreo de niños cada vez más pequeños, que a Nathan, con diez años, ya lo han hecho salir apresuradamente del escenario para dejar sitio a sus sustitutos, y que pronto vaya a llegar la hora de Violet.

—¡Hola, Chess!, ¡hola, Odin! ¡Buenos días! —grita Violet, encantada.

—Buenos días, panda —dice Chess. Su voz aflautada resulta incongruente emanando de una persona de su porte; de su rostro ancho y sonrosado, con los ojos hundidos y la boca pequeña y firme.

—¿Queréis tortitas? —dice Violet.

No está claro de dónde piensa Violet que podrían sacar de pronto las tortitas.

—No, gracias. Estoy bien —responde Chess. Luego, dirigiéndose a Robbie, añade—: Siento venir así. He intentado llamar.

Robbie siente una punzada de culpa. ¿Acaso no deberían los

adultos que cuidan de niños pequeños tener encendido el teléfono a todas horas?

—Déjame adivinar —dice.

—¿Está Dan?

—Enseguida vuelve. Pasa.

—No puedo quedarme.

—Lo sé.

Robbie extiende los brazos hacia Odin. Chess le pasa al bebé con cuidado, agradecida. A Robbie aún le asombra ese paquete tan pequeño y lleno de vida. Sabe que Odin también es una criatura caprichosa con una serie de necesidades aterradoras y a veces incomprensibles. Y sin embargo, al coger a Odin, a este plácido Odin, de manos de Chess es como si le pasaran una antorcha que, en alguna otra civilización, pudieran perpetuar los adultos con solo pasarse un bebé unos a otros, por el calor y la esperanza que conlleva.

Chess, liberada de Odin, se adentra por el vestíbulo. Sería demasiado grosero, diga lo que diga el reloj, dejar a Odin como una bolsa de la compra y marcharse.

—Tengo café —dice Robbie—. Lo de las tortitas sería más complicado.

—Ya llego tarde. Te prometo que no seguiré haciendo esto.

—No nos importa.

—Garth y yo vamos a tener que hablar —dice.

Robbie asiente con la cabeza. Es innegable que tiene que hablar con Garth.

—Debería estar de vuelta a las tres —dice Chess—. Hoy solo tengo una clase, y las horas de despacho.

—No hay prisa.

—Gracias. Adiós, Violet.

—Adiós, Chess. —Violet le lanza un exagerado beso, como si estuviese en un desfile.

Cuando las pisadas de Chess se van alejando por las escaleras, Violet dice:

—Tengo juguetes para Odin.

—Genial. ¿Por qué no vas a buscarlos?

—Enseguida vuelvo.

—Estupendo.

Otra novedad: la preocupación de Violet de que si se ausenta demasiado tiempo de una habitación o un acontecimiento, el mundo se olvidará de ella.

¿Cómo es posible que una niña de cinco años ya esté desarrollando un atisbo de melancolía mortal, el temor a su propia desaparición?

Robbie mira el rostro de Odin. Odin le devuelve una mirada escrutadora. Mira a Robbie no con muda perplejidad sino con curiosidad y un reconocimiento dubitativo, como si hubiese visto a Robbie en alguna parte pero no recordara dónde.

La acera de delante del colegio está abarrotada de niños y padres. A Dan le da igual, está decidido a que le dé igual, que Nathan haya ido las dos últimas manzanas varios pasos por delante de él.

Tenía que pasar. Lo que ocurre es que Dan no esperaba que fuese tan pronto. Nathan ha desarrollado ya otra manera de andar, con una zancada más grande, con mayor seguridad. Desfila a buen paso, con la mochila colgada del hombro izquierdo, con su sudadera con capucha, sus vaqueros y sus Nike plateadas.

Está bien. Es lo que debe ser. Solo que está ocurriendo demasiado pronto.

Enfrente: la piedra caliza nacarada de la escuela, su impávida dignidad estilo Beaux Arts, sus arcos y columnatas.

Enfrente también: Chad y Harrison, los colegas de Nathan, esperándolo con su recién adquirida indiferencia grosera. Ahora es un mundo de chicos, los afectos están implícitos, pero ya no se demuestran. Chad y Harrison esperan a Nathan. Es prueba suficiente de su afecto.

Dan preferiría sentir más simpatía por Chad y Harrison, quienes, con diez años, se las arreglan para que parezca que han estado pasándose un cigarrillo una vez los han dejado allí sus madres, que se muestran amistosas entre ellas pero solo correctas con Dan: las madres que trabajan, de manera inespecífica «en las finanzas», forman parte de esa cohorte de neoyorquinas que lo mismo podrían ser burguesas holandesas del siglo XIX, y no se dejan encandilar por

el pelo de Dan ni por su camiseta de los Ramones; al parecer, no les sugiere una despreocupación bohemia sino la desesperación de la mediana edad.

Al menos esta mañana han dejado a los chicos en el colegio y ya se han ido. Al menos se ahorrarán los intentos de conversar. Las relaciones con los padres y madres de los amigos de tus hijos pueden ser como las de los duques y duquesas rivales, obligados a tratarse con educación solo porque pertenecen a la misma casa gobernante.

Chad y Harrison también llevan vaqueros, sudaderas con capucha y deportivas plateadas. Nathan aprieta el paso, deseoso de alcanzarlos, abriéndose camino entre los demás chicos, que en su mayoría todavía parecen niños: las dos niñas chillonas de rosa, el pelirrojo que lleva con exquisita precaución un pez dorado en una pecera de cristal, mientras su madre —que tiene la decencia de ir desaliñada, de vestir un abrigo de tweed de hombre— anima a su hijo a ser incluso más cuidadoso con la pecera, a recordar por favor que llevarlo al colegio es una gran responsabilidad y que ella no quería.

Chad y Harrison hacen caso omiso de los demás, de las niñas ruidosas y del niño con el pez. Hacen un gesto con la cabeza en dirección a Nathan. Dan preferiría no reparar en que Chad y Harrison son, en esencia, una pareja, y Nathan es solo el tercero; que Chad y Harrison han llegado antes a las primeras insinuaciones de la minúscula virilidad; que Nathan los imita pero ellos no lo imitan a él. A Nathan le falta la complicidad taciturna y espabilada, son sus primeros intentos de moverse como un tipo duro. Nathan es más bueno que sus amigos, menos precozmente cínico, lo cual es positivo, y lo será para él a largo plazo, aunque le entorpezca ahora, aunque para Nathan sea lo único que importa ahora.

Dan sabe también que la popularidad de Nathan ha caído porque de pronto lo adora insistentemente una niña llamada Samantha, una

figura periférica, sin pretensiones y solitaria, cuyo cariño por Nathan lo condena también a él. Si Nathan emitiera un campo de fuerza mayor, una chica así jamás se habría atrevido a eso. Lo disminuye solo con haberse enamorado de él.

—Hasta luego, chaval —dice Dan.

—Hasta luego —murmura Nathan.

A Dan le gustaría preguntarle: «¿Tienes la más remota idea? ¿Piensas, aunque sea de pasada, en lo mucho que se ha hecho por ti, aparte de lo que recibiste al nacer: blanco, sano y listo? Pura suerte. ¿Entiendes que solo el 0,0001 por ciento de los niños de diez años recibe algo de eso, por no decir todo?».

Dan nunca le hará esa pregunta. Es una especie de logro que Nathan lo sobrelleve sin que lo frene la gratitud o la culpa. Es parte de lo que un padre puede dar a un hijo. Dan espera, solo puede esperar, que sea cierto. Acaricia la idea de que Nathan vea un día el cuadro completo, cuando esté menos ocupado en formar parte de él, lo cual para Nathan es una ocupación a tiempo completo, en la que no es que tenga mucho éxito. Le estorba más su padre que su suerte o sus fracasos. Y en cuanto su padre lo libera, se va con sus amigos, a embarcarse otro día más lejos de su vida de vergüenza y pesar, de su sentido de su propia precariedad, de la niñez misma, lejos de todo, lejos.

Sentado en el sofá, Robbie sostiene a Odin, con Violet apretada a su lado susurrándole:

—Hola, Odin, hola, soy Violet, te quiero.

Sujetando a Odin con la parte superior de sus brazos, Robbie se las arregla, con torpeza, para enviar la tercera publicación de Wolfe en su iPad:

> Imagen: Una taza de porcelana blanca humeando en la encimera de la cocina al lado de la correa roja mordisqueada de Arlette, que cuelga por el borde de la mesa. Debajo, fuera de campo, estaría Arlette mirando el extremo de la correa y gimoteando de impaciencia.
>
> El piso de Wolfe y Lyla es una amalgama de tres lugares: el loft en el que vive el perro (MommaGirlBronx), un piso decadente con techos de uralita y trozos de empapelado viejo todavía pegado a las paredes (MattPhotoGuy), y un sitio en el East Village, amueblado meticulosamente con muebles modernos de mediados de siglo (Bibi&Julie). Robbie los ha escogido con tan buen juicio que parecen habitaciones diferentes del mismo piso.
>
> > Pie de foto: ¡Ha llegado el momento de que Arlette salga a perseguir a las palomas!

Robbie la envía. Y un instante después...

¡Uy!, Wolfe está al norte del estado con Lyla. De excursión en coche por un paisaje otoñal que milagrosamente existe en abril.

Robbie no acostumbra a ser tan descuidado. La culpa la tiene Cristóbal Colón. La culpa la tiene un apartamento que aún no ha visto pero que casi seguro que será oscuro y olerá a moho o estará dividido en habitaciones surrealmente minúsculas o invadido por el ruido continuo de las bocinas de coche y los aparatos de radio o todo al mismo tiempo, por no hablar de las vistas al río que resultarán ser una franja del Hudson visible desde la ventana de la cocina si te subes a un taburete...

... un apartamento que aún no ha visto y que está al menos a una hora de aquí pero que puede que Robbie alquile de todos modos, si es medianamente pasable, porque empieza a temerse que su búsqueda de piso se esté volviendo absurda. Ya ha visto más de una docena, y aunque Isabel y Dan lamenten que tenga que marcharse, es probable —cómo no va a serlo— que empiecen a albergar sus dudas. ¿No estará exagerando Robbie la miseria y la tristeza que puede permitirse un maestro de sexto de primaria? ¿No estará retrasando su partida hablándoles de unas perspectivas domésticas que es imposible que sean tan malas?

La publicación de Wolfe —la taza de café sobre la encimera de la cocina, a pesar de su incongruencia temporal— consigue dieciséis «Me gusta». La gente da por sentado que las publicaciones de Wolfe no son estrictamente cronológicas. Al fin y al cabo, Instagram existe fuera del continuo espacio-tiempo. Puede ser el momento «de salir a perseguir a las palomas» y también de dar un paseo en coche por Vermont (o New Hampshire) con la idea de comprar una casa de campo enviada en otra estación y otra época.

Isabel debería estar ya en la oficina. Va de camino. Solo está tardando un poco más en llegar desde Grand Central.

Hasta esta mañana, nunca había cruzado sin prisa el vestíbulo de Grand Central. Siempre ha tenido prisa —por llegar al trabajo, por volver a casa—, y mientras camina despacio entre los demás viajeros repara en que, con la excepción de los estudiantes mochileros y los turistas despistados, Grand Central cuenta con que estés de paso para atender algún asunto urgente en alguna parte.

Nada te anima a demorarte. No hay bancos, no hay sala de espera. Grand Central implica, con su augusta enormidad y su inexplicable silencio (la gente, supone Isabel, tiene demasiada prisa para hacer ruido), que solo hay movimiento, que en tu destino puede que haya descanso y paz, pero que aquí, en este monumento al tránsito, más vale que te muevas.

Isabel se detiene al pie del panel de salidas.

09.45 Dobbs Ferry
10.01 Manitou
10.11 Cold Spring

¿Y si fuese el tipo de persona que puede subirse a un tren con destino a un lugar desconocido, que puede desaparecer como ese hombre mítico que sale a por un paquete de cigarrillos y nunca se vuelve a tener noticias de él? Piensa en cómo sería ser capaz de abandonar todo lo que le ha sido dado, todos sus dones; ser

indiferente y despreocupada; abandonar a todo el mundo y subirse a un tren. Alguien que pudiese desprenderse de una vida como quien se deshace de un abrigo viejo, capaz de abrirse camino hacia otra vida sin tener que sufrir reproches: como si experimentara una especie de reencarnación que permite a las personas (tiene que haber personas así) alquilar un piso en una ciudad pequeña en el Hudson, trabajar de camarera en un bar de carretera, llevar una etiqueta con el nombre que ha escogido. Pearl, o Jasmine, o Naomi.

De vuelta en casa, Dan está en el sofá tocándole su nueva canción a Robbie. Robbie, con Odin en el regazo, hace un esfuerzo por escucharle. Pero se avecina tormenta: Odin está en esa condición atenta y temblorosamente consciente que precede a un ataque de llanto, como si intuyera alguna amenaza que a los demás les pasa inadvertida. Violet, cansada del rechazo de Odin a dejarse seducir por ella o por las tres muñecas (incluso por el inquietante bebé hiperrealista del que todo el mundo está deseando que se canse), la rana de ojos saltones o la guirnalda de flores de papel, está en el suelo construyendo con cuidado una torre con los anticuados bloques de madera que Robbie le compró la semana pasada.

Es difícil saber qué regalos le gustarán a Violet y cuáles aceptará con educación y dejará en su cuarto para no volver a tocarlos. Robbie ha empezado a elegir juguetes que no son tan obstinadamente de niña. No quiere seguir regalándole alas de plumas y zapatillas de bailarina, aunque sabe que a ella le gustaría, por muchas que tenga ya. Robbie ha decidido arriesgarse a acertar o fallar. Squeakee, el perro globo, y el castillo de Lego fueron fracasos. Estos bloques anticuados, sin embargo, parecen haberse convertido en un clásico al instante. ¿Cómo pueden los deseos de otra persona, incluso de cinco años, ser tan opacos e impredecibles?

Dan termina la canción, que en su mayor parte Robbie no ha conseguido escuchar. Ha estado pendiente de si Odin se arrancaba a llorar y de si la torre de bloques de Violet se venía abajo.

Dan mira expectante a Robbie. Por un momento es fácil ver a Dan cuando era un crío, esperando nervioso un halago, temiéndose lo contrario. Robbie conoce de sobra la racanería de la madre de Dan con sus hijos y sus logros.

—Preciosa —dice Robbie.

—¿Demasiado preciosa?

—No. Es emotiva. Los sentimientos sinceros no son demasiado preciosos.

Robbie hace saltar a Odin sobre la rodilla. Odin murmura de placer. El ataque de llanto se ha contenido, de momento.

—Tal vez sea demasiado sentimental —dice Dan.

La madre de Dan le inspiró un hambre de crítica. Es la única reacción en la que puede confiar. Entonces ¿cómo es posible que Garth, que tiene tres años menos, creciera convencido de que las críticas no son más que ignorancia ajena o halagos disimulados? ¿Acaso acordaron calladamente repartirse el daño?

—A lo mejor lo del jardín —dice Robbie. Hay, cree recordar, un par de versos en los que compara a una mujer con un jardín.

—Lo sabía. Es un tópico, ¿no?

—No exactamente. Más bien un poco abstracto. Tal vez podrías dejar solo lo de la mujer, sin compararla con nada.

Dan esboza una especie de sonrisa, ahora que ha recibido su dosis de leve reprimenda.

—Por algo siempre te toco antes mis canciones —comenta.

¿Es Robbie, en esencia, una encarnación de la madre de Dan pero más intuitiva para el usuario? Es probable. ¿Le molesta? Es difícil de decir.

—Mirad lo alta que está ya mi torre —dice Violet.

—Sigue —le dice Robbie.

—Puede que se caiga.

—Ese es el riesgo cuando sueñas a lo grande.

—Es lo que hago. Soñar a lo grande.

—Muy bien.

—Pero no quiero que se caiga.

—Si se cae, puedes volver a hacerla.

Nota por su gesto sombrío que esa no era la respuesta que quería oír. Pero ¿cuál habría sido la respuesta acertada?

—¿Y qué me dices de lo de «distancia» y «abundancia»?

—¿Qué pasa?

—¿No parece forzado?

Odin vuelve a inquietarse. Lo de dar saltos sobre la rodilla ha pasado de ser algo que le gusta a ser algo que le irrita. Robbie se lo pone contra el pecho, lo abraza, pero tampoco es eso lo que en verdad quiere Odin.

—Eh, chico —susurra Robbie—. ¿Estás cansado? ¿Quieres dormir un poco?

—Me gusta «abundancia». Creo que lo otro lo he puesto ahí para que rime.

—A lo mejor no hace falta que rime.

—Sí, pero quiero dos palabras que suenen como dos gemelos separados al nacer.

—¿Cómo se te ocurre algo semejante?

—¿Qué tal «no nos dimos importancia» en vez de «pusimos distancia»?

—Prueba a ver.

Dan vuelve a empezar la canción. Odin gimotea, inquieto, contra el pecho de Robbie. Violet pone otro bloque en lo alto de la torre y dice:

—Espero de verdad que no se caiga.

El suelo está cubierto de juguetes. La muñeca bebé está bocabajo, una simulación inquietantemente real de la mortalidad infantil.

—Espero espero espero que no se caiga —dice Violet con un sonsonete mientras Dan empieza otra vez la canción. Podrían estar haciendo un dúo.

Esta vez, Robbie escucha con atención mientras Dan canta.

Creíamos ser amantes inmortales,
habíamos leído a Byron y a Keats...

Resulta familiar —¿cuántos hombres han cantado lamentos sobre un amor perdido?—, pero ¿qué tiene de malo? Dan demuestra tener agallas al dar por sentado que sus oyentes, todavía inexistentes, sabrán quiénes son Byron y Keats o que les dará igual no saberlo.

¿Estarán esos potenciales oyentes deseando oír baladas de un padre cuarentón con el pelo rubio decolorado y cada vez más ralo?

Dan no se lo plantea. Necesita que lo desanimen a dosis razonables. Necesita que su optimismo de fondo continúe intacto. No es ajeno a los desafíos, las frustraciones y las dudas, pero sostiene que sus esfuerzos pueden encauzarse mediante el trabajo duro y persistente. Dan, que desprecia la religión, no es consciente de hasta qué punto subyace en él su herencia protestante. Si lo hubiesen educado como católico, igual que a Robbie y a Isabel, esperaría la inspiración rogando. Este Dan se limita a empezar de nuevo la canción. «Importancia» en lugar de «distancia».

Canta los dos versos siguientes:

Pensamos que los finales eran para los demás...

Bien, sin forzar la rima...

... Éramos la bella y no la bestia...

Eso no está tan claro.

Antes de que Dan pase a los dos versos siguientes, Garth abre la puerta principal. Coincidiendo con la palabra «bestia». Se queda sonriendo en la puerta, como si hubiese pillado a Dan y a Robbie en

un acto conspiratorio.

El atractivo de Garth es innegable. Su rostro fino y esculpido, sus mechones de pelo rubio desteñido, su cuerpo nervudo e inquieto.

Finalmente, Odin empieza a berrear y la torre de bloques de Violet se desmorona. Lo cual hace que Violet también empiece a llorar.

Solo Dan mantiene la calma y saluda a Garth.

Garth entra.

—Llego cinco minutos tarde —dice.

—Cuando eres padre, cinco minutos se pueden hacer largos.

—Hola, Garth —dice Robbie.

Garth aparca su versión de tipo intimidante. Es una especie de talento. Dicho lo cual, el Garth más crudo, la bestia, puede hacer que lo maten algún día. Garth, cuando se pone agresivo, es de esas personas que acaban con un cuchillo clavado en una discusión en un bar, o cuyo vecino chiflado acaba pegándole un tiro por no bajar la música. Robbie espera que Garth consiga sobrevivir.

—Hola, Robbie. Lo siento, chicos. Gracias por echar un cable.

—No hay de qué —le dice Dan—. Para eso estamos.

Violet deja de llorar. Ha sido solo un hipido, una muestra de sus propias desdichas, por si alguien las pasaba por alto.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Garth.

—Se me han caído los bloques.

—Qué putada. Volvamos a ponerlos.

—Vale.

¿No debería un padre, incluso un semipadre como Garth, atender antes a su propio hijo, que llora? ¿Ve a Robbie como una especie de niñera fiable e imperturbable?

Garth se arrodilla en el suelo con Violet, coloca dos de los bloques más grandes.

—Necesitamos una base sólida —dice.

—Sí.

Robbie reflexiona, no por primera vez, sobre la adoración que siente Violet por Garth. Tal vez sea porque Garth no la quiere demasiado. Puede que para ella eso sea más digno. Robbie acuna a Odin, cuyas lágrimas no cesan.

—Me parece que este crío necesita dormir —dice Robbie.

Garth, de rodillas al lado de Violet y sus bloques, alarga los brazos para coger a Odin. Robbie siente el impulso de no dárselo. Pero al final se contenta con decir: «Ten cuidado», mientras le pasa a Odin, un bulto ruidoso, a Garth.

—Haré lo que pueda —dice Garth. Coge a Odin en brazos—. Vamos, muchacho, no pasa nada, todo va bien.

Odin emite los últimos gemidos de su infelicidad, se acomoda en el hueco del brazo de Garth. Con la mano libre, Garth deja otro bloque al lado de los dos primeros.

—Odin está contento de que hayas venido —dice Violet.

—Menos mal que alguien se alegra. Creo que nos harán falta cuatro bloques para la base. ¿Tú qué crees?

—Yo también lo creo.

¿Cómo es posible que Garth, tan inútil, irresponsable, narcisista, pueda obrar esta magia? ¿Qué le pasa a la gente? Incluso a los bebés. ¿Qué les pasa a los bebés?

—Chess no está contenta —dice Dan.

—¿Qué tal si me dejas en paz?

—Lo pensaré.

Dan y Garth. Supervivientes del matrimonio sin vida de sus padres, de la dignidad mojigata de la madre y del deseo del padre de buscar menos dignidad en cualquier otra parte.

—Esta es una base muy sólida —dice Violet.

—Muy bien —asiente Garth—. Empecemos con las paredes.

—Tienes que arreglar las cosas con Chess —insiste Dan.

—Creía que ibas a pensarte lo de dejarme en paz.

—Solo digo lo que es evidente.

—Lo haré. Arreglaré las cosas. Con Chess.

—Si nos necesitas, aquí estamos —dice Robbie.

¿Cuándo se convirtió en el que pone paz en casa? ¿Cuándo perdió su oportunidad de ser volátil y delicado? Él tiene esas cualidades. Espera tenerlas.

—Eres muy amable —responde Garth—. Pero me las arreglo a mi torpe manera.

—No quería decir que...

—Bueno, el mini-hombre y yo nos vamos a vivir más aventuras.

—Tenemos que acabar la torre —dice Violet.

—Lo siento, mamacita. Te quedas al mando. Luego pasaré a ver cómo te ha ido.

—¿Por qué no vamos todos al parque un rato? —dice Dan.

—Claro. Hagamos una fiesta.

—Tengo que ir al trabajo. Los del amianto prometieron acabar al mediodía.

—¿Hay amianto? —pregunta Garth.

—No. Tienen que asegurarse, aunque todos sabemos que no lo hay.

Garth, que rara vez pide más detalles de los necesarios, concluye:

—Vale, entonces somos cuatro.

—Podemos ir a ver a los perros del parque para perros —dice Violet.

—Pues claro que sí.

—Papá, ¿cuándo podremos tener nuestro perro?

—Pronto —le dice Dan—. Muy pronto.

—Una schnoodle.

—Lo sé.

—Yo le daré de comer y la sacaré de paseo todos los días.

—También lo sé. Vamos. Coge tu chaqueta.

—No quiero llevar la chaqueta.

—Coge la chaqueta. Fuera hace frío.

—Tendré calor.

—Coge la chaqueta. Si tienes calor, puedes quitártela.

Violet se levanta y, obediente, va al armario a buscar la chaqueta. Es fácil olvidar lo mucho que les gusta a los niños que les digan lo que tienen que hacer. Robbie habría dicho: «Vale, olvídate de la chaqueta», y habría fingido estar de acuerdo con Violet cuando, una vez en el parque, hubiese insistido en que no tenía frío.

Garth, con Odin en brazos, le dice a Robbie:

—Oye, un hombre con un trabajo no puede irse así como así al parque, ¿verdad?

—Eso es.

Robbie no hace más que preguntarse por qué no odia más a Garth. No es fácil ser Garth. No es fácil ser nadie. Pero, en ocasiones, parece un poco más fácil ser Garth que ser Robbie.

Si eres Garth, vives en un apartamento de renta controlada en la calle Diez Este. Vas en tu Ducati a tu estudio en el Bronx y trabajas en las esculturas fetichistas —trozos de madera, escayola y alquitrán, todas con el nombre de una obra de Shakespeare— que la gente, alguna gente, admira pero que casi nadie quiere comprar. Eres más listo de lo que aparentas, y no haces más que decir «tío» y «hermano» en público pero acabas de terminar un tótem hecho de creosota, trozos de espejo y garras de oso y lo has titulado *Cimbelino*. Tienes suerte, bastante a menudo, en Tinder, o en los bares o pasando el rato en un banco del parque. No te importa haber dejado de ser joven. Sabes que todavía tienes tiempo. Cuando estés dispuesto, habrá una mujer atractiva, aunque algo cansada, que habrá vivido sus propias aventuras y estará encantada de comprometerse contigo.

Robbie podría odiar más a Garth si no estuviese un poco enamorado de él. O, para ser más exactos, si no estuviese enamorado de la garthidad de Garth, de su egoísmo, de su convicción de que, aunque sus buenas intenciones no siempre

gusten a los demás, nunca está equivocado del todo. Para Robbie es difícil separar estar enamorado de Garth de un deseo más insidioso de ser Garth, de ser tan despreocupado y desvergonzado.

Violet vuelve con su chaqueta, la Burberry de imitación que le compró Robbie.

—Vamos —dice, como si fuese ella quien los hubiese estado esperando.

—Sí, eso es, vamos —coincide Garth.

Robbie los acompaña a la puerta.

—¿Crees que estará el chihuahua? —pregunta Violet.

—Es posible —responde Dan—. Tendremos que esperar a ver.

—El chihuahua es mi favorito —le dice Violet a Robbie.

—Lo sé.

—Es...

—Albino —dice Robbie—. Lo sé, lo he visto.

—Creo que es una perrita.

—Es probable.

—¡Vamos! —exclama Violet, y sale corriendo por la puerta.

—Nos vamos al parque —dice Dan.

—Os vais al parque.

—Gracias —dice Dan.

—¿Por qué?

—Por escuchar mis canciones.

—Me encanta escuchar tus canciones.

—Y por...

Se hace un silencio. ¿Le habría gustado a Dan decir: «Gracias por saber que de verdad que tienes que irte»? ¿«Gracias por comprender tan bien nuestra habilidad para arreglárnoslas solos»?

No. Sea lo que sea lo que Dan quiere agradecer a Robbie, no sería eso. Sería más bien algo tipo: «Gracias por ser mi hermano-amigo», que, en el fondo, sin que lo sepa el propio Dan, sería la gratitud con Robbie por ser alguien que entiende la situación: su extensión y sus

limitaciones.

—Espero que encuentres el chihuahua —dice Robbie.

—Sí, esperemos. —Dan asiente con la cabeza.

Duda antes de inclinarse y besar a Robbie en los labios. La duda es rara, el beso no. Llevan años besándose deprisa pero con ternura.

Esta vez, no obstante, Dan hace una pausa, como si el beso, el beso de esta mañana, no fuese el acostumbrado beso cariñoso.

No es que tenga nada de erótico. Nunca lo hay, nunca lo ha habido. Dan debe de haber hecho una pausa porque, esta mañana, el beso es la variación doméstica del beso de Judas. Es la manera que tiene Dan de decirle a Robbie: «Lo sentiré cuando te vayas».

Robbie y Dan saben que se han convertido en la pareja central. Isabel es, cada vez más, un sueño que están teniendo. Ambos lo saben. La unión de Robbie y Dan es la que prospera, son quienes cuidan el uno del otro, quienes crían a los niños juntos, quienes se reparten las tareas, quienes quieren saber si el otro está bien, relativamente hablando.

—¿Venís? —grita desde el pasillo Violet.

—Espero que encontréis una manada de chihuahuas albinos —le dice Robbie a Dan.

—Eres el mejor —replica Dan.

Luego Dan, Garth, Odin y Violet se marchan en busca de un chihuahua blanco o, si el perro no está allí, de otro que sea el nuevo favorito de Violet. El apartamento, con Robbie como único ocupante, se instala casi imperceptiblemente en su perpetuidad silenciosa, la cualidad que no se verá afectada cuando esta gente se marche y otros ocupen su lugar. Pero, de momento, Robbie está aquí, solo. Esperándole arriba hay una docena de redacciones sobre Cristóbal Colón que tienen que estar corregidas para cuando los del amianto terminen su trabajo.

Hoy toca *La casa de la alegría*.

—¿Te parece que Lily tiene más opciones? —le pregunta Chess a Marta Grig, la estudiante de segundo año que siempre se sienta en la silla justo a la izquierda de Chess, desafiando la convención general de que en un seminario nadie se sitúa a menos de tres o más asientos del profesor.

—Bueno, sí, puede escoger entre casarse con alguien a quien no quiere o vivir como una solterona en una mierda de apartamento. Supongo que eso entraría en la categoría general de «opciones» —dice Marta.

Marta, con el pelo azul como el mar, la cara pálida y triste como una sirena, sonríe seductora a Chess: «Vamos, dime que no estás de acuerdo, es lo que quiero».

—¿No crees que, al añadir a Selden, Wharton deja elegir a Lily? —pregunta Chess.

Repara en que el profesor de la clase anterior ha borrado a medias las palabras «teada + montaña = epi».

—Aparentemente, sí —responde Marta—. Sin embargo, Lily quiere ser alguien importante. Quiere ser visible. Para eso necesita dinero. ¿Crees que casarse con Selden es de verdad una opción para ella?

Marta es una joven de diecinueve años que utiliza frases completas, que dice «aparentemente» y «sin embargo». Cree que ella y Chess son una especie de dúo cómico cuyas discusiones en tono

educado solo sirven para recalcar su desprecio mutuo.

—¿No te parece que la debilidad de Lily por los vestidos elegantes afecta a su capacidad de decisión? —pregunta Chess.

—¿No crees que los vestidos elegantes son un símbolo de poder?

—Pues claro que sí. Pero a ella le da igual alternar en sociedad. Desprecia a casi toda esa gente. A ella solo le importan los vestidos y las rosaledas. En lugar de eso podría haber escogido el amor.

Marta guarda silencio. ¿No es sentimentaloide, y vulgar, dar a entender que el amor está por encima de todo? ¿No es el consuelo barato de las noveluchas y las películas de serie B?

Mientras Marta considera su contraataque, Chess continúa:

—Creo que la verdadera tragedia de Lily es su banalidad. Se deja convencer con facilidad. No soporta perderse fiestas a las que en realidad no quiere asistir. Desea cosas que no necesita. Por eso espera demasiado a que lleguen el amor y el dinero en forma de hombre. Y por eso pierde su oportunidad de casarse con Selden.

Marta, recuperada, dice:

—Ella vive en un mundo donde «sórdido» equivale a «don nadie». Si se casara con Selden, sería una don nadie. ¿Crees que eso es una oportunidad para ella?

—Para él sí sería alguien.

—Pero sería una don nadie para sí misma. ¿Quién puede esperar que escoja eso?

Buena jugada, Marta. Lily Bart es una víctima del capitalismo. La profesora es vulgar y sentimentaloide.

Lo que no sabes, Marta, es que fuera de clase la profesora es una madre agobiada, alguien que tal vez se precipitara un poco al escoger a un donante de esperma. Alguien con un vaporizador y tres ejemplares de *Buenas noches, luna*, y un ropero con prendas sucias que se pone y una y otra vez cuando no está dando clase.

—¿Habéis leído el Vivian Gornick? —pregunta Chess a la clase.

El silencio que sigue significa que si alguno lo ha leído no quiere

admitirlo delante del resto. Valoran más su reputación de canallas —¿por qué iban a admitir que han hecho la tarea si los demás no la han hecho?— que cómo pueda valorarlos Chess.

Pero ¿por qué iba a ser de otro modo? Ni Chess ni Lily Bart pueden ofrecer sexo, drogas, invitaciones para los clubes del centro ni una amistad para toda la vida. Antes Chess era menos tolerante. Parece haberse librado un poco de su seriedad de profesora, de su capacidad de reproche. No tiene la sensación de echarlo mucho de menos.

—Bueno —dice—, ya volveremos a Gornick. Dejémoslo así: cuando Lily se ve obligada a rendirse, la domina un frío y rotundo remordimiento. Ha contemplado su futuro y le repele. Y, de pronto, el amor sentimental se convierte en parte del pasado.

La respuesta es otro silencio inquieto. La clase termina en menos de veinte minutos. Los alumnos ya están pensando en recoger.

—Stefano, ¿qué opinas tú? —pregunta Chess.

Por lo general, no suele preguntar a los alumnos que no levantan la mano. Pero está enfadada y desanimada, y aún quedan veinte minutos para marcharse.

Stefano, que estaba mirando el móvil a escondidas (¿de verdad cree que Chess no se da cuenta?), responde:

—Creo que los blancos están jodidos.

Sigue una risa elogiosa. Eso no se puede negar.

—De eso no hay duda —dice Chess—. Pero esta semana estamos liados con una novela sobre blancos.

—Espero que pasemos pronto a otra cosa —dice Alanna, que suele optar por un silencio reprobador antes que expresar una opinión.

—Lo haremos. Si os leéis los libros del programa.

Otra mala jugada. El profesor nunca debería avergonzar a sus alumnos.

Marta interviene:

—Y, sin embargo, conviene conocer la tradición literaria blanca, aunque en su mayor parte sea una mierda.

Está en una realidad alternativa, donde Chess y Marta son iguales, son amigas a las que les gusta discutir alegremente. Van juntas de copas, charlan durante horas de literatura y de política, con el respeto competitivo y estimulante de los atletas que están en el mismo equipo.

—Lo que estamos viendo aquí, en *La casa de la alegría*, es antisemitismo y misoginia, pero también es, más o menos, el fin del relato matrimonial.

Al menos ha atraído un momento la atención de los alumnos, por muy breve que sea. Sus alumnos tienden a interesarse por el final de las cosas, sobre todo el de aquellas que no deberían haber existido.

—Wharton no lo sabe, pero, al otro lado del Atlántico, Joyce está trabajando ya en *Ulises*. Que la destruirá por completo —dice.

—¿Cree que Wharton fue destruida por completo? —pregunta Alanna.

Otra mala jugada de Chess. A Wharton, al compararla de pronto con Joyce —con su desprecio engreído, su corazón helado—, le han perdonado su ansia de riqueza, sus prejuicios y todas sus debilidades. Tu madre puede parecer boba e ingenua hasta que oyes girar la llave de tu padre en la puerta principal.

—No —dice Chess—. De hecho, esta semana la estamos leyendo. Lo que quiero decir es que llegan los modernistas. Llegan los escritores que no solo crearán una narrativa que no pone la trama matrimonial en el centro, sino que evocarán la libertad de las mujeres dentro del matrimonio. Pensad en *La señora Dalloway*.

—No estoy muy segura de que haya mucha libertad dentro de nada —dice Marta.

—Los modernistas eran todos ricos, ¿no? —añade Stefano.

—Sí —dice Chess—. Ojalá no lo hubiesen sido.

Le gustaría apoyar la cabeza en la mesa. Le gustaría decir: «Tened

piedad». Le gustaría decir: «Antes era suficiente con ser una lesbiana que había escrito sobre su infancia en Dakota del Sur, donde la maltrataron los hombres». Le gustaría decir: «No creía que ser vieja, lo que vosotros entendéis por vieja, tendría tanta importancia».

El teléfono le vibra en el bolsillo de los vaqueros. Es Garth, para disculparse. Nadie más tiene este número.

Once minutos más de clase. Chess admite en silencio que preferiría discutir con sus alumnos antes que decirle a Garth que ha llegado tarde, otra vez. Al menos sus alumnos se irán al final del trimestre. Además, Marta tiene algo más que decir sobre el fin del relato matrimonial. Y ella también debería. Luego llegará el momento en que Chess los castigue por no haberse leído el artículo de Gornick, de lamentar (sutilmente) su falta de curiosidad y (mucho más eficaz) de insinuar que tal vez haya un examen sobre los puntos de vista de Gornick al principio de la clase siguiente.

Pero antes tiene que cerrar la discusión con Marta. Esto es lo que no le dirá: «Puede que algún día te sorprendas de lo difícil que es desmontar el relato del matrimonio. No tienes ni idea, aún no, de lo insistente que puede ser ese cabrón».

Aunque Robbie aún no está haciendo las maletas, ha empezado a ordenar las cosas más pequeñas, las que descansan detrás de un libro en el estante o al fondo de un cajón que no abre casi nunca. Robbie, veterano de numerosas mudanzas, ha aprendido que antes de que el proceso del traslado comience de verdad, antes de que el sofá, las mesas y la cama se carguen en un camión de TaskRabbit, un apartamento, cualquier apartamento, por pequeño que sea, parece estar hecho de los objetos incontables, a menudo sin trascendencia, que durante la mayor parte de su existencia eterna e inanimada se limitan a ir de un sitio a otro. Se adquirieron por algún motivo válido, pero durante un tiempo han existido con el único propósito del tránsito. Solo se cogen y se examinan cuando están a punto de trasladarse a otro lugar.

Entre dichos objetos están los más corrientes, aunque algo desconcertantes: tres cajas de clips, media docena de cuadernos de notas en blanco, suficientes clavos y tornillos para construir una casa. Aunque no necesites tantos clips ni cuadernos de notas, siguen siendo útiles y pueden empaquetarse sin sensación de pérdida o lástima. Al menos nunca te quedarás sin clips (lo que no garantiza que no vayas a olvidarte y compres una cuarta caja dentro de un año o dos); puedes empezar a anotar cosas —ideas, sueños, detalles (el anciano con el disfraz de Batman que pasa en bicicleta, el cartel escrito a mano en el puesto que dice: CARAMELOS MASTICABLES DISPONIBLES BAJO PEDIDO)—, como llevas queriendo hacer desde hace

años, una crónica de lo que significa caer en el olvido. Objetos como esos siguen conservando su propósito futuro. Te acompañarán a tu próximo destino.

No obstante, los hay más puñeteros. Son los que siempre están ahí, y hay que ordenarlos. Son los que deben de estar en alguna parte, y luego los que has olvidado por completo. Cuando Robbie se dispone a empaquetar las cosas, cuando abre las cajas y los cajones que exhalan su aliento de 2003 o 2011, le preocupa que esos pequeños recuerdos, si se los mostrasen a un desconocido, no representen a ninguna persona en concreto. Se pregunta si no sería útil, si no hoy en el futuro, hacer una lista.

Inventario

1. Una fotografía extraviada.
La fotografía, dondequiera que esté, muestra a Robbie y a un chico llamado Zach, en el segundo año de universidad, de pie a la sombra de un arco del campus con unas flores talladas en la piedra caliza enroscándose sobre su cabeza. Zach —despeinado, nervudo, muy pecoso— sonríe como un loco, rodea con sus brazos los hombros de Robbie y tiene la pierna izquierda alrededor de la cintura de Robbie (podría ser un árbol por el que Zach estuviese trepando), mientras Robbie, que se ha quitado ocho kilos desde el instituto y ha adquirido una barba de color ruano, está erguido y con los hombros rectos, practicando la sonrisa de colegial inglés que, eso espera, transmite una cordialidad reservada (tal vez fuese demasiado amistoso y entusiasta en el instituto). La foto se tomó en el momento culminante de su romance con Zach, cuando ambos eran el primer novio del otro, iban de la mano por todo el campus, se besaban en el tren de la línea A y a quien no le gustara que se fuese a la mierda. Cuando a veces bromeaban

sobre su «fase gay universitaria», a Robbie le parecía totalmente falsa porque ambos se tomaban el pelo con eso. Pensó, entonces, que lo de las bromas era una manifestación menos incriminatoria de miedos y deseos más profundos.

Luego Robbie tardó un tiempo —bastante— en comprender que solo él había estado enamorado; que Zach no le estaba tomando el pelo cuando, al final del tercer año, le dijo: «Tío, yo te quiero, pero lo mío no son los tíos. No es por ti, la experiencia que he tenido contigo ha sido genial».

Robbie estaba convencido de que lo suyo había sido un ensayo, como dos jóvenes enamorados, a modo de preludio de un futuro juntos: un apartamento en el East Village, noches de caer en la cama, empapados de sudor por el baile, con ganas de más sexo, y más. Y Robbie creyó que, después de su nada prometedora adolescencia (el chico gordito, demasiado solícito, el decepcionante hermano pequeño de su hermana localmente famosa), había tenido la recompensa, en la universidad, de un amor temprano en forma de un chico vigoroso y voraz que interpretaba sus propias canciones de anhelo y esperanza a la guitarra acústica, que ganaba torneos de frisbi, que antes de liarse con Robbie estuvo saliendo nada menos que con Donna Clarke.

Durante varios años después de graduarse, a Robbie le llegaron retazos de noticias. Zach se había casado con una bailarina canadiense, Zach se había ido a vivir a Ámsterdam, Zach estaba en la ciudad pero no le había llamado.

Esos años fueron la primera vivencia que Robbie tuvo de sí mismo como un simple recuerdo: una figura que había entrado y salido de la fase gay de alguien, que era recordada con cariño pero (esto parecía imposible, después de todo lo que habían dicho y hecho) no llorada, relegada, una historia del colorido pasado de Zach.

Robbie echa en falta esa foto concreta más que ninguna de las otras que guarda en un álbum azul de piel de imitación. Esa foto desaparecida es una prueba indiscutible. Algo pasó. Intercambiaron votos, aunque fuese sin decirlo. Por razones misteriosas (tal vez porque Robbie no consigue dar con ella), esta foto está impregnada del halo que rodea el momento en que se tomó: el polvo que Zach y él habían echado menos de una hora antes, en la habitación de la facultad de Robbie, cuando Robbie se puso debajo por primera vez; Berta, la chica ruidosa y corpulenta que hizo la foto («Sois como los putos Tristán e Isolda, no sé si los conocéis»); la peli de esa noche, *Psycho Beach Party*, y el polvo que Zach y él echaron después de la peli en un callejón a pocas calles del cine, rápido y furtivo, de pie, lo cual pareció, en aquel momento, haber curado para siempre a Robbie de su propia carga de obediencia nerviosa, aunque después volvió, más pronto de lo que esperaba.

Robbie está convencido de que la foto aparecerá. No puede haberla tirado. Lo más probable es que esté entre las páginas de un libro. Robbie siempre ha usado lo primero que pilla como marcapáginas. Una vez encontró una caléndula disecada en *Anna Karenina*, y una factura de la compañía eléctrica de diez años de antigüedad en *La montaña mágica*. Un día abrirá un viejo libro que no haya leído desde la facultad y la foto caerá aleteando al suelo. Está seguro.

2. Las cartas de la facultad de Medicina.
Las cartas de aceptación de Duke, NYU, Cornell y Stanford y las de rechazo de Harvard, Yale y Michigan. Robbie las guarda en un sobre de papel marrón como si fueran... ¿qué exactamente? ¿Más pruebas? Robbie nunca mira esas cartas, ni las saca del sobre, ni siquiera cuando se muda, pero las ha guardado,

probablemente para cuando llegue el día en que nadie crea que prefirió dar clases a niños de sexto de primaria a estudiar medicina; o solo porque tirarlas, aunque no tengan ningún valor, podría generarle dudas sobre la elección que hizo, el futuro que descartó, no (o al menos eso cree la mayor parte de los días) por arrepentimiento, sino porque, que él sepa, a muy poca gente se le ponen las cosas tan claras: pasa por esa puerta o no pases. Supondrá una diferencia. Podría suponer una diferencia mucho mayor de lo que crees en ese momento.

3. Una bufanda de cachemira.
De un luminoso azul ahumado, un color que solo existe en Italia, regalo de Peter cuando volvió a toda prisa de su reunión en Ginebra para estar en el vigésimo quinto cumpleaños de Robbie. Debió de costarle una fortuna. Visto en retrospectiva, la bufanda le parece a Robbie el verdadero inicio del fin con Peter. Aunque formalmente bella, la bufanda no tenía nada de excéntrica, era digna a la manera de los objetos caros. Le pegaba tan poco que podría haberla comprado para otra persona, en cualquier caso no para Robbie, que llevaba vaqueros Carhartt, camisas de franela de una tienda de ropa de segunda mano y el abrigo viejo de su padre, que conservaba sutilmente el recuerdo del olor a sudor y a Old Spice.

La bufanda venía con buena intención. Peter no había cometido ningún crimen amoroso. Iba con prisa. Había dejado el congreso un día antes para asistir al cumpleaños de Robbie y probablemente escogió el regalo menos apropiado de los que ofrecía el aeropuerto de Ginebra.

Podría haber sido mejor si Peter le hubiese regalado la bufanda con una disculpa («Es lo mejor que he podido encontrar, chico, mañana iremos a buscar tu verdadero regalo de cumpleaños») en lugar de seguir con su propio farol («¿No

crees que tal vez ha llegado el momento de vestir como un adulto?»). Hasta entonces habían aceptado tácitamente los chistes hiperbólicos y en apariencia amargos sobre el hecho de que Peter fuese veinte años mayor («Nunca follé con Abraham Lincoln, y no es que él no quisiera». «¿Quieres bailar o te da miedo caerte y romperte la cadera?»). Esos comentarios no les molestaban. Concedían a la juventud de Robbie cierta ventaja, que era un activo de considerable valor, pero necesitaba reforzarse cuando Peter, sin decir nada, cogía la cuenta de la cena y pagaba los taxis.

Pero aquí está la bufanda absurdamente cara, regalada sin ironía, ya que (eso supone Robbie) Peter se sentía avergonzado porque se había despistado con el cumpleaños de Robbie o porque decía en serio lo de vestir como un adulto. Robbie no lo culpa. ¿Cuánto tiempo querría alguien que lo confundieran, camareros y recepcionistas, con el padre de Robbie? Robbie se puso la bufanda y la americana Lanvin de color grafito que Peter le regaló por Navidad, y que ayudó a que la bufanda no pareciese tan ridícula en él, pero no a que ya no se sintiera el niño petulante y desagradecido en el que parecía haberse convertido. Aunque no dejó a Peter hasta al cabo de un año, la bufanda fue, al parecer, el principio del fin.

Robbie la ha conservado, a pesar de todo, enrollada en el fondo de un cajón de la cómoda. Quiso a Peter, o creyó quererlo. Robbie aún se estremece al recordar la cansada aceptación de Peter, su propia sospecha de que un chico de veinticinco años acabaría dejándolo; la melancólica gratitud de Peter por esos pocos años buenos, frase que en boca de un hombre que aún no había cumplido los cuarenta y seis sonó espantosamente vieja. La bufanda se ha convertido en una especie de *memento mori*, en recuerdo de la todavía inquietante insinuación de que, a los cuarenta y seis, un hombre ha entrado

ya en la edad de la gratitud. Robbie también guarda la bufanda, de un modo más misterioso, porque podría convertirse, incluso ahora, en alguien que llevase sin complejos algo tan refinado, tan evidentemente caro, tan adulto.

4. Una tarjeta de embarque.
De Miami a La Guardia, el 20 de noviembre de 2010. Según sus cálculos, estaba sobrevolando Carolina del Norte o Virginia. El fallecimiento de su madre era de esperar.
Que fuese tan repentino, no.

Robbie no se culpa. Isabel tampoco llegó a tiempo. Cuando se lo propone, puede culpar a su padre, que podría haber llamado dos o tres horas antes —su padre estaba convencido de que su madre aún podía recuperarse, incluso cuando se sumió en su último sueño—, pero culpar a un hombre demasiado frágil y desolado no le sirve de mucho consuelo. Robbie prefiere culpar a su padre por su modestia, por su actitud monacal, por su rechazo a pelear con la madre de Robbie e Isabel incluso cuando se mostraba más tiránica, por ser tanto un tercer hijo como un marido y un padre. Robbie sí le reprocha que la cama de hospital de su madre ya estuviese vacía cuando llegaron Isabel y él (preparada para acoger a su siguiente ocupante), que le diera un apretón de manos y una palmadita en el hombro en vez del abrazo que le dio a Isabel, y el regalo póstumo de la pluma Montblanc de su madre que Robbie quería quedarse, quería conservarla, no sabe si se la dejó en un banco, una biblioteca o donde fuese, pero, a diferencia de la fotografía, está seguro de que la pluma de su madre ya no está en ningún sitio.

5. Todo.
No hay nada en la casa que Adam no tocase, de un modo u

otro.

6. Nada.
No hay nada en la casa que Oliver tocase, aunque la visitara muchos días y muchas noches. Pese a ello, ha desaparecido sin dejar rastro.

El parque sigue siendo invernal, la hierba está seca y los árboles pelados. En lo alto del montículo que tienen delante, visible entre los árboles sin hojas, se alza la torre del Monumento a los Mártires de los Barcos Prisión, bajo la cual (eso dice Google) yacen los huesos de incontables muertos de la guerra de Independencia.

Dan y Garth caminan uno al lado del otro por un sendero en suave pendiente, con Odin murmurando en el portabebés que Garth lleva en torno al pecho y Violet varios pasos por delante, haciendo giros y arabescos con fingido abandono, aunque en realidad espera que la feliciten por su elegancia y le aseguren que tiene futuro como bailarina, destinada a interpretar a princesas cantantes en los escenarios de Broadway. El perro corre a cierta distancia. Es imposible saber aún si el chihuahua blanco estará ahí con su dueño, un hombre grueso y barbudo que deja que Violet alabe a su perro, pero le recuerda que no lo acaricie porque, como él dice, es perro mordedor. Ni al hombre ni a Violet les hizo gracia que Garth dijese, la primera vez que se vieron: «No se preocupe, Violet también muerde».

—Creo que Chess y tú vais a tener que arreglar un par de cosas —dice Dan.

Garth acuna a Odin con cuidado en el portabebés y no mira a Dan.

—Han sido cinco minutos.

—La semana pasada ni siquiera te presentaste.

—Uf, eso fue hace más bien tres semanas.

—Aun así.

—Envié un mensaje. No fue que no me presentara sin más ni más.

—Chess y tú deberíais hablar. Es lo único que digo.

Un corredor, un hombre de mediana edad con gorro negro y camiseta negra de manga larga, pasa a la carrera y esquiva con esmero a Violet, que está haciendo una pirueta.

—¿Qué te parece si dejamos que yo me ocupe de esto por mi cuenta?

—Por supuesto.

—Chess y yo ya lo estamos hablando.

—No lo dudo —dice Dan.

Dan obtiene un amargo placer al hacer reproches a Garth. Regañar a Garth es como una herida pelada o una tortícolis que, con el tiempo, pasa de ser un leve dolor a convertirse en un compañero polémico pero fiable.

Dan y Garth fueron rebeldes en el instituto, guapos y despreocupados con sus botas de motorista y sus vaqueros rotos, su complicidad desgarbada, sus mechones de pelo sin lavar y su hastiada despreocupación compartida. Los hermanos Byrne. Si uno de ellos no te rompe el corazón lo hará el otro.

La paradoja a largo plazo: Garth es sin duda el ganador de su infantil competición de chicos malos, el que sigue sin atender a razones, el que no acepta responsabilidades, el que se percibe a sí mismo como una figura con pies de cabra tocando la flauta para un bebé sobre el que no tiene derechos legales; es Garth quien espera a que su arte se reconozca y sea venerado, aunque nadie influyente parece haberse pasado aún por la galería, mientras que Dan, que entonaba sus canciones en salas llenas de fans, que adquirió una serie de adicciones lo bastante respetables para pasar tres meses en rehabilitación, se ha rehecho. Dan ha creado su propio museo interior de las meteduras de pata de Garth, sus torpezas, su

exageración de sus propias dotes. La condena por conducir borracho, los créditos sin pagar, el matrimonio de siete años con esa chica turbulenta sin educación, la segunda condena por conducir borracho. Dan es el curador del museo y su único visitante.

La naturaleza de la competición ha cambiado. Dan es el chico guapo que se casó con la chica enérgica, no muy guapa, que no convencía a los demás, como dijo Garth: «Tío, puedo presentarte a un montón de tías que están buenísimas, si estás en horas bajas». Pero Dan es capaz de ver lo que era, y sigue siendo, invisible para Garth. Dan era, o es, el hermano que no quería pasarse la vida con una tía buenísima y vacua que con el tiempo ya no estaría tan buena, y su estela solo dejaría a una mujer incapaz de pensar, que solo podría expresar rabia o afecto, que aprendería a despreciar a Garth por su interés cada vez menor en ella hasta que llegase el momento del divorcio, que (al menos eso) Garth tuvo el sentido común de pedir más pronto que tarde. Dan conserva una envidia perversa y oculta por la furia salvaje que ella lanzó contra Garth, tanto más porque el incendio que causó no pasó de ennegrecer dos de las paredes y fundir el rostro beatífico del buda taiwanés de Garth, figura que hoy sigue en su apartamento con las manos juntas en oración y la cabeza convertida en un bulto carbonizado.

Isabel es una persona razonable. Isabel no está loca. Isabel es una mujer seria y reflexiva, que de vez en cuando sufre ataques de insatisfacción, pero nunca es santurrona, ni insidiosa, ni destructiva, ni, ya puestos, dada a ponerse vestidos de lentejuelas cortos y escotados para asistir a extrañas performances o inauguraciones artísticas que no requieren escotes ni lentejuelas. Dan no sabe exactamente cuándo comprendió que esperaba que Isabel se mostrara agradecida. Prefería no saber el tamaño de su propia vanidad, de la arrogancia que lo llevó a casarse con una mujer de la que pensó que se alegraría de sus ansias de casarse con ella. Él, que era una prometedora estrella del rock, a quien más de una vez una

fan le había pedido que le firmase el pecho desnudo. Él, que se había casado desafiante con una mujer notable, aunque con un físico nada espectacular.

Ha hecho cuanto ha podido por expiar sus culpas. Fue a rehabilitación, por la coca, la bebida y un par de medicamentos que nunca ha mencionado a nadie. Deshizo su grupo, dejó de componer música. Aceptó ocuparse un tiempo de la casa para que ella pudiese concentrarse en su carrera. Se convirtió, como mejor pudo, en una persona afable que nunca se quejaba y que le preparaba el biberón primero a Nathan y luego a Violet; que cambiaba pañales y ponía la lavadora; que tenía la cena preparada cuando Isabel llegaba por la noche, cansada y exhausta; el marido que preguntaba fielmente: «¿Qué tal el día?», y escuchaba mientras ella narraba sus pruebas y sus logros, hablaba de su jefe errático y nervioso, de los jóvenes y brillantes fotógrafos a los que había descubierto, de las envidias y las zancadillas de Janelle, Avery y los demás, que no entendían por qué a Isabel le daban los mejores encargos, a Isabel, que pronto ascendería porque tenía («Dan, solo puedo decirte esto a ti») más talento que ellos.

No está muy seguro de cuándo dejó de actuar como un hombre afable e inofensivo y se convirtió en un hombre afable e inofensivo. Es como si hubiera ocurrido con una gradación imperceptible.

Y ahora llega la sorpresa: Isabel aprecia al hombre en el que se ha transformado, pero no está tan interesada en él.

Así que ha llegado el momento de volver a escribir música. Es hora de volver a ser él mismo, aunque solo consiga tocar en clubes de mala muerte. Aunque lo contraten en un restaurante mexicano.

Por favor, que no sea un restaurante mexicano.

A los cuarenta no es demasiado tarde. Espera que no sea demasiado tarde.

Adam fue el tercero, entre Peter y Oliver. Adam fue el que dejó huellas, y la razón de que Robbie pensara (ahora se da cuenta) que podría ser una buena idea salir con Oliver.

Robbie coge otra redacción. Deirdre Matthias, la chica que se sienta en primera fila y levanta la mano en respuesta a todas las preguntas de Robbie («Yo, yo lo sé»). La primera línea de la redacción de Deirdre: «Como princesa, sabía que estaba destinada a casarme con la persona que se alzaba orgullosa en la proa del barco».

En lo alto de la página, Robbie escribe con un rotulador rojo de punta de fieltro: «¡Le deseo mucha suerte! 10».

Antes de coger la siguiente redacción piensa, no puede evitarlo, en una noche de hace varios años en que él fue una princesa disfrazada de hombre, destinada, o eso creyó entonces, a casarse con la persona que iba en la proa del barco.

Fue en abril, aquí, en este apartamento. Robbie y Adam estaban tumbados en la cama. Habían follado. Los dos habían pasado por el proceso que ellos llamaban «abajo-nicación». Ambos se ponían arriba cuando se conocieron. Fue raro hasta que Robbie, y luego Adam, descubrieron que su deseo era lo bastante fuerte para empujarlos (primero a Robbie, luego a Adam) a ser, como se dice en Grindr, más versátiles.

Esa noche de abril, Adam estaba ya dormido, con la cara apoyada en la axila de Robbie. Entre las virtudes de Adam: le gustaban todos

los fluidos corporales de Robbie, los dulces y los amargos, también el sudor de la axila. La apreciación era mutua.

Dicho lo cual, Robbie siempre recorría el cuerpo de Adam en busca de lo que él consideraba el olor primigenio de Adam, el que podría embotellarse en un frasquito de cristal con la etiqueta «Adam». Que Robbie supiera, Adam no se lanzaba a una búsqueda parecida de la esencia de Robbie. Adam era un espectador del cuerpo de Robbie, no un explorador. Lo aceptaba como era. No intentaba desentrañar la... robbi-dad de Robbie.

Lo cual no estaba mal. Cada hombre es distinto. Probablemente no estuviese mal.

Robbie, en la cama con Adam dormido, pudo contemplarlo, cosa que no le estaba permitida cuando Adam estaba despierto. Una cualidad inesperada de Adam: le mortificaba su propia belleza. Le preocupaba no ser quien aparentaba ser, que el que habitaba en el interior de aquel cuerpo tuviese que decepcionar por fuerza.

Robbie nunca había imaginado que alguien con el aspecto de Adam pudiese albergar ningún tipo de ambigüedad. Al observarlos en la distancia —los hombres perfectos a los que veía corriendo por el parque de Washington Square, bailando en un club o haciendo cola a la puerta de un Starbucks— le parecían completos en sí mismos, atractivos sin esfuerzo, miembros de una aristocracia biológica, que podían ser amables y corteses pero que siempre hablaban a los demás desde su propio mundo paralelo más pródigo. Robbie intentaba no enredarse demasiado en especulaciones sobre el apego de Adam a la belleza menos ortodoxa de Robbie. ¿Sería un refugio para Adam? ¿Le ofrecía Robbie una liberación de la obligación de ser implacablemente atractivo todo el tiempo?

No lo pienses demasiado, ¿vale?

Porque ahí estaba Adam, somnoliento, totalmente disponible para su contemplación. Ahí estaban su mechón de pelo rubio, el apóstrofe patricio de su nariz, sus labios gruesos y exuberantes.

Robbie sintió el estremecimiento del amor, por el alma inquieta y sencilla de Adam, por su devoción por el violonchelo que montaba guardia toda la noche en un rincón del dormitorio de Robbie, como un progenitor de paciencia infinita.

Robbie le tocó el pelo a Adam con suavidad, para no despertarlo. El pelo de Adam era áspero pero fino, un halo de oro oscuro que enviaba zarcillos más claros sobre la frente. Robbie pensó en el sueño incognoscible que se estaba abriendo paso hasta la imaginación de Adam justo en ese instante.

¿Era un indicio de amor querer escuchar los sueños de otra persona? Por lo visto, sí.

O sea, que era amor. Por fin había llegado. ¿Cómo pudo Robbie haber albergado miedo a no encontrarlo nunca? Había visto la expresión en la cara de Dan e Isabel la noche en que convencieron a Adam para que les tocase una de las *Suites para violonchelo* de Bach. Había sido testigo de su propia felicidad, y eso se sumó a la suya, se la devolvió a Robbie, ampliada, la hizo indeciblemente real.

Hasta finales de julio, Adam no le habló a Robbie, balbuciendo entre lágrimas, del joven violinista al que había conocido. Desde esa noche de abril, Robbie se sentiría increíblemente afortunado durante otros tres meses.

Descubre, casi dos años después, mientras hace las maletas, que no tiene nada de Adam para llevarse.

Tiene que dejar de empaquetar cosas y terminar de corregir las redacciones sobre Colón. Le quedan menos de dos horas.

Sonia Thomas sigue en lo alto del montón. «Pensamos que el hombre del gran barco nos traía magia». Robbie escribe al principio de la página: «¡A todo el mundo le gusta la magia! 10». Se come un Cheeto.

El siguiente es Sam Schneider, que ya posee un humor irónico, un

niño cuyo atractivo será más elocuente cuando esté en la universidad, actuando ante un público más sofisticado. Su frase inicial: «¡Otro timo! Está claro que no aprendimos la lección cuando vendimos la isla por un puñado de cuentas».

La cronología falla en casi dos siglos. Robbie tendría que comentar eso con Sam. Lo hará. En su momento. No obstante, escribe al principio de la página: «¡La peor operación inmobiliaria de la historia! 10».

A por la siguiente redacción. Se come otro Cheeto.

Es inadmisible prestar tan poca atención a los críos. También es cada vez más difícil hacer lo contrario.

Es hora de pensar en buscar otro trabajo, igual que es hora de encontrar otro sitio donde vivir. En estas habitaciones del desván ha vivido mucha gente y se ha ido, desde las criadas irlandesas, pasando por quienquiera que las pintara de color pardo anaranjado, hasta quienquiera que pensara que tal vez hacía falta una claraboya. Ahora es el turno de Robbie. Cajas de cartón, todavía vacías, se amontonan contra la pared detrás del canapé de la sala de estar-comedor-cocina, pero es lo único que ha conseguido hacer Robbie por el momento. Es como si no pudiese empezar a empaquetar las cosas hasta saber adónde va a ir.

«Vistas al río». Ya veremos.

No debería ser un soltero de treinta y siete años buscando un apartamento semiasequible. No debería esperar que «vistas al río» sea, al menos, una franja del Hudson reluciendo entre los inevitables edificios del otro lado de la calle. A ese precio, lo más probable es que no sea nada mejor que eso.

De todos modos, tal vez lo alquile si no es demasiado horrible. Está bastante familiarizado con lo que se ofrece dentro de ese rango de precios, y no puede retrasar la decisión por más tiempo. Podría alquilar el apartamento, despedirse en el trabajo y… hacer otra cosa. Buscar otro trabajo. Buscar otro novio.

Es hora de abandonar una vida de expectativas razonables. Es hora de ser más interesante para sí mismo. Es hora de encontrar a su propio Wolfe, en cualquier forma que adopte. Robbie ha empezado a entender que, al inventarse a una persona y convocarla a diario, la ha imbuido de los aspectos rudimentarios de un alma, o, si «alma» no es la palabra indicada (por esas connotaciones católicas tan poco sexis), la ha convertido en un ser que va más allá de los detalles de Wolfe y su día a día. Algo que Robbie sospecha que podrá ver en casi cualquier hombre. No hacen falta belleza ni una profesión noble.

Dan tiene razón... es hora de volver a subir al caballo. O tal vez, para ser más exactos, es hora de encontrar un caballo que pueda imaginar cabalgando hasta el horizonte y más allá.

Derrick frunce el ceño al ver las fotografías expuestas en un extremo de la mesa: un tipo barbudo y desaliñado sonriendo como un loco, con unas gafas de montura metálica a lo Trotski, de pie al lado de una mujer asiática con una melena pelirroja y una camiseta azul marino de cuello redondo y que tiene una sonrisa benévola, aunque sorprendida. Entre los dos está su hija de dos años, que parece, en las cuatro fotografías, en tres sitios diferentes (la cocina, la sala de estar y el jardín de delante de la casa), nerviosa y complacida, como si le hubiesen dado algo —un juguete, un regalo— que normalmente no estuviese permitido.

Derrick, al ver las fotografías, dice:

—Creo que los ha sacado demasiado parecidos a cualquiera.

—Es que lo son —replica Amber.

Isabel mira agradecida a Amber. Al fin y al cabo, a Amber no le preocupa desatar un ataque indignado de autodefensa por parte de Derrick, puesto que ya está buscando otro trabajo. Isabel aún no se lo ha dicho a Derrick.

Derrick asiente con la cabeza para dar a entender que ha oído a Amber, pero no la mira. Es lo que hace siempre que recibe una opinión que le desagrada, actuar como si una voz irritante e incorpórea hubiese hablado misteriosamente desde alguna parte en el interior de su cabeza.

—Ya sé que son como cualquiera —dice sin dejar de mirar las imágenes—. No quiero que parezcan bichos raros. ¿Es que he dado

esa impresión?

—No, qué va. —Esta vez quien ha hablado es Emilia, que ya ha encontrado otro trabajo. Es su última semana aquí. Desde que sabe que se va, se ha vuelto más amable con Derrick y con todo el mundo.

—Solo he querido decir... —Derrick se interrumpe. Su rostro es simétrico en la forma y el gesto. Muchos lo consideran atractivo, con la curva aristocrática de la nariz y la barbilla delicadamente partida. Hace años, Isabel pensó en él para Robbie, hasta que Derrick y ella fueron a tomar unas copas al Indochine y Derrick le dijo lo que le dijo a la camarera—. Solo he querido decir —prosigue — que es un relato sobre variaciones, no sobre copias perfectas. Se trata de extender los límites de las familias. ¿Tiene sentido?

—Sí, totalmente —responde Emilia.

—¿En cuánta variación estás pensando? —añade Amber sin disimular su sarcasmo.

Amber y Emilia encarnan, a su manera, dos ejemplos de las estrategias de despedida de los niños, aunque a sus veinticuatro y veintisiete años sean ya adultas. Hay niños que quieren que se les recuerde con cariño. Otros se aseguran de que no podrán volver.

Para Isabel, un indicio de su propia edad es que, por un lado, Amber, Emilia y los demás chicos del departamento de fotografía son diferenciables —no es difícil distinguir entre una animadora deportiva de Long Island y una chica mexicana que tal vez nunca se recupere de su paso por Harvard—, pero, por el otro, ella solo los ve como «jóvenes», en conjunto. Solo puede verlos como seres que empiezan, camino de un futuro en el que serán... quién sabe qué, pero seguro que no serán editores de fotografía en una revista, ni siquiera trabajarán en una revista, pues pronto dejarán de existir.

Cuando Isabel empezó a trabajar aquí, hace unos doce años, ella también debió de darle la impresión a otros de ser alguien cuya juventud estaba por delante de sus demás cualidades. Alguien

temporal, que pasaba por este cedazo antes de embarcarse en la vida más auténtica que le esperaba.

Así que nadie contaba con que Isabel haya resultado ser permanente, a medida que la revista parece más y más temporal. Cuando la contrataron no se le ocurrió, ni como la más vaga de las premoniciones, que esta revista —este avatar del estilo y el diseño — declinaría como casi todas las demás, o que ella, avanzada una década en su propio futuro, seguiría aquí, cualificada solo para hacer un trabajo que pronto dejará de serlo, demasiado bien pagada para no seguir presentándose allí hasta que ella y lo que quede de la plantilla lleguen una mañana y se encuentren cerrada la puerta del vestíbulo.

Es hora de que hable. Parece haber perdido la noción de sí misma. ¿Qué piensa ella, que al fin y al cabo es la editora jefe de fotografía, de la idea de «variación»?

—¿Por qué no le pido a Juan más opciones? —dice.

No es el nivel de resolución de problemas por el que le pagan lo que le pagan. No obstante, es la única respuesta a la pregunta y es ella quien la da.

Derrick asiente con la cabeza.

—Estaría bien ver todas las fotos que ha hecho Juan —dice.

—Hablaré con él.

Isabel sabe —y Derrick también, aunque a él no le preocupa tanto esa posibilidad— que Juan se negará a enseñarles todo. Juan ya les ha enviado lo que ha elegido. Isabel podrá, como mucho, engatusarlo para que le deje ver media docena más de las escogidas, entre las que puede que haya —habrá— algunas lo bastante excéntricas para satisfacer el deseo de Derrick de encontrar a dos padres trans que parezcan un poco distintos, y al mismo tiempo no muy distintos, de los demás.

Lo primero será conseguir más imágenes de Juan, una petición que hace un año él habría rechazado sin más. Cada vez tiene menos

encargos, como todo el mundo. Lo segundo será la batalla de Isabel con Derrick sobre si usar una o dos de las fotos menos estilosas, las que se ha guardado Juan. Juan siempre prefiere el glamour, que es por lo que Isabel lo escogió para esta historia, pero Derrick la ha pillado. Es probable que esta gente, esa pareja que vive desafiante en un barrio de New Jersey y ha aceptado dejarse fotografiar por una revista, acabará pareciendo un poco distinta de los demás, porque se busca que sea menos atractiva que la mayoría de la gente cuya foto se publica en las revistas.

Isabel está segura de que cuando aceptaron hacerse las fotos, hablaron de qué ponerse, de si él debía o no recortarse la barba, porque les alegraba la idea de ser como cualquier otro. Y, tal vez les sorprenda descubrirlo, es justo lo que la revista no quiere.

En otra época, Isabel habría discutido con Derrick solo por tener que pedirle más fotos a Juan. Y, suponiendo que las envíe, también habría discutido el derecho de esa peculiar familia a salir tan guapa como quiera. Pero aún no son las diez y ya ha imaginado ver un búho, ya ha llorado en el metro. Derrick ya se ha ido al otro extremo de la mesa a considerar con el ceño fruncido las fotos de Astoria.

Mientras Dan y Garth pasean por el sendero del parque, Garth acuna al bebé (con un poco de brusquedad, ¿debería advertírselo Dan?) y le dice:

—¿Qué tal, minihombre?

Dan siente un escalofrío de desprecio mezclado con un doloroso afecto, como si fuesen dos nombres para la misma emoción. Caminando al lado de Garth por el frío parque salpicado de sol, Dan se ve brevemente acometido por una furia amorosa que sopla contra Garth y rebota contra él, una tormenta de emociones que los engloba a ambos. A Garth, el narcisista fracasado, pero también a Dan, el hermano más afortunado, el que ha aprendido a vivir de un modo razonable y ha encontrado consuelo en eso. Dan, cuya vida descansa sobre unos cimientos más sólidos que el optimismo y su propio atractivo. Dan no se sentirá justificado cuando las chispas de Garth empiecen a apagarse, cuando Chess revoque la paternidad limitada y la galería lo abandone y la gente empiece a decir: «Era muy atractivo». Dan servirá para pedirle dinero prestado y tener donde dormir, pero sabrá, siempre lo sabrá, que es a él a quien le corresponde amar y criticar a Garth, al hermano que acabó perdiéndose todo porque no podía evitar llegar cinco minutos tarde, que siempre tenía una excusa y no podía entender cómo o por qué eso daba lo mismo. Los dos andan en silencio mientras Violet señala el parque de los perros, que sigue estando lejos, todavía es solo una valla metálica que rodea a unos perros borrosos en movimiento,

mientras dice:

—Creo que ya he visto al perro blanco.

—¡Eh, que en el mundo hay muchos perros! —le espeta Garth, mientras Violet ejecuta una pirueta a lo estrella de Broadway en honor a Garth y él la insta a seguir.

Garth, el otro yo de Dan, el hermano irresponsable, el que siempre es un poco más guapo, el chico que se libraba casi de cualquier cosa a base de labia porque, en el fondo, ¿quién no estaba un poco enamorado de él? Sin embargo, a los treinta y ocho, Garth lleva practicando demasiado tiempo su arte de seducción para que no se le note. A Garth se le está acabando la suerte. A Garth ya solo lo quiere de verdad una persona. Dan es quien sufre, censura, culpa y defiende a Garth. Quien, enfadado e impotente, lo adora.

Derrick no está contento con las fotos de Astoria (el último barrio de moda), que, como dice Derrick, no parece muy a la moda en las fotos, con sus bares de comida para llevar, sus tiendas de descuento, sus hileras de casas cubiertas de tela asfáltica con un dibujo de ladrillos, aunque Jacob, el fotógrafo, haya atrapado a un chico en monopatín con el pelo como una medusa y la boca llena de dientes de oro y a una mujer joven con un vestido de Pucci con una bolsa de comida china para llevar.

Isabel no tiene más remedio que asentir en silencio y fingir preocupación. Sabía que Jacob buscaría los detalles más sutiles, igual que sabe lo que va a decir Derrick. Querrá que contrate a otro fotógrafo, alguien más perceptivo, ¿qué tal Andrea? Isabel le recordará que Andrea trabaja solo con película analógica y no tienen tiempo para eso. Derrick preguntará por Izzy, o por Roberto, e Isabel le recordará que a Izzy y a Roberto hay que avisarles con un mes de antelación, que están entre los pocos que no necesitan más trabajo estos días, y no van a dejarlo todo para pasarse un día haciendo fotos en Astoria. Derrick confiará en que lo hagan por él. Isabel se verá obligada a encontrar otra forma de recordarle a Derrick que el presupuesto ha recortado mucho su capacidad de chasquear los dedos y hacer que ocurran cosas. Entonces se revolverá contra ella. («Muy bien, ¿y dónde están los nuevos talentos deseosos de trabajar que se supone que debes encontrar?»). Ella hallará o no una manera de decirle, una vez más, que se pasa

todo el tiempo buscando nuevos talentos, pero, Derrick, no te imaginas cuántos nuevos talentos no se mueren de ganas de subir a un barco que se hunde, lo cual le provocará o rabia («Aún no estamos muertos, cariño») o victimismo («Este año cumplo cincuenta, cinco-cero»), o ambas cosas. Isabel hará lo que pueda por calmarlo. Le tiene afecto a Derrick, no le es indiferente, ni siquiera después del comentario que le hizo a la camarera. Lo respeta, hasta cierto punto. Ocupa esa zona estrecha y cambiante entre la cultura y la corrupción. Evoca una grandeza de viuda en el amplio rango de las cosas que desaprueba (los pícnics, cualquier rosa que no sea blanca, toda la nación francesa) y sus convicciones inapelables: Edward Hopper (sobrevalorado), las antigüedades japonesas (infravaloradas), lo sexi que es un collar de perlas en casi cualquiera. Al menos Derrick es un auténtico devoto del arte, la moda, los modales y el dinero.

Aun así, está agotando la capacidad de Isabel para generar en el trabajo eso que podría llamarse alegría, pero que debería concebirse más bien como borrar la tristeza. Cada vez es más fácil que Isabel —que amaba su trabajo hasta el día en que dejó de gustarle, así de brusco pareció ser— caiga en estados de angustia perezosa y de baja intensidad cuando está con Derrick, que se niega a aceptar un futuro en el que será una persona menos relevante. A medida que Derrick empieza a retroceder (¿cómo es posible que no se dé cuenta?), a renunciar no solo a su presupuesto ilimitado sino al mundo elevado y excesivo que lleva inventándose más de dos décadas, arrastra consigo la ferocidad profesional de Isabel, su compleja mezcla de competencia y oposición. Ella es quien descubre a fotógrafos jóvenes y marginales y quien se las arregla, de una manera u otra, para seducirlos y que le den su versión del aspecto vermeeriano y brillante de la revista, su glamour antiglamuroso («¿No te importaría disparar otro carrete con menos luz? Probemos a ver qué tal queda con tafetán gris y sin nada de

maquillaje»). Es ella quien libra las batallas para afirmar que este barrio que empieza a ponerse de moda está desplazando a demasiada gente o que esa línea de bolsos es tan cara que pasa la frontera de lo lujoso a lo grotesco («Derrick, no vamos a sacar esa historia. Punto»). Pero a medida que el dinero desaparece, a medida que el trabajo de Isabel se transforma poco a poco en algo que requiere más paciencia que combatividad, a medida que Derrick se convierte en una especie en peligro de extinción, Isabel muchos días tiene que resistir las ganas de acurrucarse debajo de su mesa y echarse una siesta.

Está a punto de hablar con Derrick de las fotos de Astoria que ya tienen, de convencerlo de que no hay tiempo ni dinero para hacer fotos nuevas y de si no es un poco evidente publicar fotos del único restaurante bueno y de la tienda de segunda mano, que probablemente habrán desaparecido dentro de seis meses. Consolará a Derrick de su rabia o su aceptación amarga, ojalá sea rabia, que es menos conmovedora que los lamentos petulantes a los que es más dado cada vez. Pero antes de lanzar su matraca —antes de cuidarlo, antes de ayudarlo a pasar por esto— vuelve a pensar en los trenes, en el panel de salidas de Grand Central, en las mujeres que lo abandonan todo, todas las cargas y las expectativas, todas las esperanzas...

DOBBS FERRY
MANITOU
COLD SPRING

Jewel, o Marcia, o Antoinette.

El chihuahua blanco no está en el parque para perros.

Apenas hay perros: un desaliñado mestizo gris que va y viene, va y viene, en busca de la pelota roja que le lanza distraída su dueña mientras habla enfadada por el móvil; un schnauzer miniatura que se queda muy quieto, confundido, como si supiese que se espera algo de él pero no llegase a entender qué; y un viejo dachshund acurrucado a resguardo de un banco, que ignora los gritos de un niño que quiere que se levante y eche a correr.

—El blanco no está —dice Violet.

—A lo mejor es que viene por las tardes —dice Dan—. Casi nunca venimos por la mañana.

—Pero parece que hay otras opciones —apunta Garth.

Violet no está interesada en otras opciones. Solo le gusta el perrito blanco.

Dan le pregunta a la mujer que lanza la pelota al perro desaliñado gris si deja que su hija le lance la pelota. La mujer se la da a Dan sin dejar de discutir por teléfono. Dan la oye decir: «Si llamas a eso coleccionable...», y se aparta enseguida, no vaya a sospechar que alberga algún motivo oculto («¡Eh, que tengo una hija de cinco años!»), pero cuando Dan le ofrece la pelota a Violet, la niña la rechaza. El perro gris, un animal feo y desagradecido, ladra, salta y se arrastra —«Tira la pelota, tira la pelota»— hasta que Dan le lanza la pelota él mismo. El perro corre tras ella mientras Garth se instala con Odin en un banco vacío que hay un poco más lejos. Mientras

Garth le susurra a Odin y Dan le lanza la pelota al perro una vez y otra vez, Violet va a la cerca que rodea el parque para perros y se queda allí observando el parque, con sus senderos sinuosos, sus postes como barras de regaliz, sus frágiles arbustos invernales. El perro blanco debe de estar a punto de llegar. Si espera lo suficiente, Violet sabe que aparecerá tirando de la correa. Sabe que cuando lo vea será como una mancha de luz en la ancha pendiente parda del parque irá saltando hacia ella.

Robbie pasa a la siguiente redacción. Roger Ross. Esta será casi incomprensible. Robbie deja la redacción en la mesa y coge el teléfono.

> Imagen: Un puesto de venta al aire libre en una granja que podría estar en Vermont. Con una anciana muy seria de pie detrás de gran cantidad de narcisos y jacintos en cubos de plástico blanco.
>
> Wolfe y Lyla han viajado más al norte. A lo mejor compran esa casa. A lo mejor no. A lo mejor la casa no vuelve a salir en Instagram. A lo mejor fue un impulso pasajero, ya olvidado. Los seguidores de Wolfe no exigen coherencia narrativa, como tampoco insisten en la persistencia de la memoria.
>
> > Pie de foto: Ya han salido las flores. ¿Quién lo diría? Creo que vamos a comprarlas todas, llenaremos el coche. Creo que vamos a seguir el viaje.

A lo mejor Wolfe y Lyla llegan a Canadá. A lo mejor abandonan su vida, que es rica y plena, pero sin embargo...

¿Qué tal Montreal, donde Robbie nunca ha estado pero siempre ha imaginado vívidamente: una ciudad de resplandecientes palacios de hielo, donde la gente va patinando al trabajo sobre ríos helados,

donde los enamorados se abrazan unos a otros en habitaciones iluminadas con velas, bajo montañas de colchas y edredones, donde la sombra de Leonard Cohen perdura delante de la iglesia de Nuestra Señora del Puerto, canturreando *Suzanne* en voz baja para sus adentros. ¿Quién no querría llenar el coche de jacintos y narcisos y seguir viaje hasta Montreal?

5 de abril de 2020,
por la tarde

Wolfe_hombre

Imagen: Un puerto tan desmesuradamente azul que sugiere una brillante serenidad no comprometida por la presencia de seres humanos, aunque hay un velero, un prístino triángulo blanco a media distancia, y el dedo de un faro tan a lo lejos que parece flotar en el horizonte. El barco y el faro, junto con el agua y el cielo, podrían pertenecer a un más allá que imita las obras terrenales de los mortales (barcos, faros), pero que también nos ha preparado una encarnación enrarecida de lo que conocíamos en la tierra, de lo que sabíamos que era la tierra, una inmensidad pensada para inspirar tanto consuelo como temor, como si ambas cosas fuesen variaciones de una única respuesta humana.

> Pie de foto: Islandia. Incluso pasados unos meses sigue pareciendo algo que nos ha sido concedido, como si nos reconociera, y no un sitio donde estamos de vacaciones.

Isabel, sentada en las escaleras, espera no estar mirando con fijeza la foto de su teléfono con una expresión que alguien, en el caso de que la estuviese observando, pudiera calificar de una visceralidad aterradora. Espera no haberse convertido en una persona muy visceral, aunque puede ser difícil saberlo, igual que se

ha vuelto difícil saber tantas otras cosas.

Es, ¿por qué negarlo?, muy visceral con Robbie y Wolfe. Hace cuanto puede para ocultárselo a Dan y a los chicos. Solo mira Instagram cuando está a solas en las escaleras.

Aunque sabe que no es así, no puede evitar tener la convicción de que Robbie la ha dejado por Wolfe y que Wolfe también la ha dejado por Robbie.

Su visceralidad aterra un poco porque hay al menos un poco de delirio en ella. Cuando está (más) centrada sabe que no la han abandonado ni dejado de lado. Pero la sensación sigue ahí. Robbie ha reclamado a Wolfe, Robbie ha huido con Wolfe a Islandia (a Islandia) y la ha dejado para que se ocupe de... de todo lo que pasa aquí.

Isabel, cuando está centrada, se recuerda a sí misma que Robbie (y Wolfe) llevan atrapados en Islandia casi cuatro meses, en un viaje que en teoría iba a durar seis semanas. No la han abandonado. Es solo que ahora no se puede atravesar el Atlántico, que los vuelos se quedan en tierra hasta nuevo aviso, que los separan dos mil setecientas millas de agua.

Sin embargo, cada vez pasa más tiempo con el teléfono en las escaleras. No hay ningún otro sitio en el piso donde estar a solas. A veces una habitación queda vacía, pero no transcurre mucho tiempo antes de que Violet llegue con quejas y preguntas, o Dan le pregunte si puede escuchar la letra de otra canción nueva, o Nathan baje para informarla de sus éxitos en *League of Legends*.

Pero ni siquiera aquí se libra de interrupciones, de la necesidad de su familia de que escuche con paciente interés los agravios, las victorias o las canciones, además de la necesidad de estar cerca de alguien que sabe mejor que nadie qué hacer y qué no hacer para estar a salvo, que sabe con certeza que todo saldrá bien.

No está segura de qué significa estar a salvo, y aún está menos segura de que todo vaya a salir bien. No obstante, es lo que les dice.

Si no lo hace ella, nadie lo hará.

Robbie lo haría. Pero Robbie está en Islandia.

Isabel se imagina a los futuros residentes del apartamento pasando por su lado en las escaleras según entran y salen, en un mundo en el que entrar y salir vuelve a ser normal. Es importante pensar que entrar y salir volverá a ser natural, que los habitantes del futuro bajarán a comprar un par de cosas a la tienda.

En el futuro, suponiendo que haya alguno, los nuevos inquilinos podrían suponer que a la mujer de las escaleras la han tratado mal. ¿Acaso las mujeres espectrales de los relatos no están condenadas a menudo a vagar eternamente, desposeídas, porque las han engañado y abandonado? Y la verdad, ¿por qué no iba a engañarla Robbie con Wolfe, si ella se comió su pastel la noche antes de su segundo cumpleaños? Y también lo culpó de aplastar un lápiz de cera (de color aguamarina) en la alfombra cuando él tenía cinco años, lo sometió a una dieta constante de desinformación —sobre las maneras de atraer la mala suerte (pisar una hormiga, ver un gato blanco después de oscurecer), sobre el fantasma del garaje, sobre la familia que vivía en secreto en la sala de las calderas— que pudo (espera que eso también sean solo imaginaciones suyas) contribuir a crear al chico excéntrico que creció hasta convertirse en el chico desconcertado de instituto con un solo amigo, un chico (no recuerda su nombre) que hablaba, siempre que podía, en pareados; el Robbie que acabó convirtiéndose en un adulto que le pertenecía más a ella que a ninguno de sus novios; el Robbie que rechazó entrar en la facultad de Medicina e hizo voto de pobreza como maestro de primaria; Robbie, el hombre-niño de treinta y ocho años que aún seguiría viviendo en el piso de arriba si pudiese; el soltero que Isabel (es preciso admitirlo) siempre ha querido que sea...

... hasta que llegó el día, no lo bastante dramático para poder llamarlo «el día», pero fuera cuando fuese, el momento después de

que Robbie se mudó al apartamento de Washington Heights (Isabel le insistió en que siguiera buscando; fue él quien se precipitó), el día o la semana o el mes en que supo que no podía continuar dando clase a niños de sexto, que no podía seguir teniendo la paciencia compasiva que le pedían. El propio Robbie no estaba seguro (o si lo estaba, no se lo dijo a Isabel) de cuándo exactamente decidió dejar su trabajo y viajar con su parte de la preherencia, la útil, aunque no muy cuantiosa, suma que su padre decidió darles mientras sigue con vida, un gesto que, viniendo de su padre (que regala botellitas de champú de los hoteles, que guarda pilas viejas convencido de que se regenerarán), debe significar que está deseando ver cómo malgastan sus hijos su legado o que no les ha hablado aún de alguna nueva y funesta advertencia del doctor Meer.

Pero, sea cual sea el motivo, ahí está la herencia de Isabel y Robbie, legada antes de su muerte. Isabel puso su parte en el fondo para la universidad de los niños. Robbie utilizó la suya para marcharse del apartamento de Washington Heights, dejar su empleo y volver a enviar solicitudes a las facultades de Medicina, como si hubiese habido un error en su rechazo y estuviese retomando el contacto, quince años después. Utilizó su parte para ir a Islandia en lo que en teoría iba a ser un viaje de seis semanas porque, como él dijo, sería muy raro estar en paro, esperando las respuestas de las universidades, y seguir viviendo en aquel apartamento, con su dormitorio, su ventana y su franjita del Hudson, un rielar apenas visible en los días más luminosos.

Robbie era esta persona y se convirtió en esa otra. Inesperadamente, se transformó en alguien que quería pasar tiempo en, como él mismo dijo, un silencio deshabitado, un lugar donde el agua y las estrellas tuviesen más importancia que en Nueva York.

Resulta que el que se subió al tren fue Robbie.

A Isabel le gustaría alegrarse más por él. Preferiría no preguntarse si, una vez que se vio obligado a dejar el apartamento de arriba, no

se vería empujado a una serie de abandonos cada vez más largos: de Washington Heights (es verdad que ella le animó a seguir buscando) a Islandia y, muy pronto, a una facultad de Medicina en Boston, Baltimore o Seattle.

Isabel no soporta su propia sospecha de que Robbie la está abandonando poco a poco, de que cuando Dan y ella le pidieron que se buscase otro sitio en el que vivir, él empezó a decirles en un subtexto casi indescifrable: «Claro, sin problemas, me iré lejos, muy lejos».

No le gusta sentirse abandonada a su propia vida, aquí en el apartamento. No le gusta sentirse estafada, dejada atrás...

Y aún más a medida que Dan retrocede, renuncia a su buen humor doméstico y se vuelve más febril desde el punto de vista emocional, más reservado. A medida que Isabel tiene que tranquilizar, escuchar, actuar como si no tuviese miedo.

Como dirán los futuros propietarios cuando se la encuentren en la escalera: «No deja de mirar el teléfono, pobrecilla; vete a saber si sabrá que hace tiempo que se quedó sin batería, que está mirando una pantalla apagada».

Robbie está en el umbral de la cabaña, con la puerta abierta. Es su sitio favorito. Con un pie en el suelo no pierde el sentido de la orientación, la escala doméstica, cuando pone el otro pie al borde de la inmensidad: el valle que desciende en pendiente entre pináculos, vértices y agujas de roca, sin árboles, pero cubierto de hierba por todas partes, una alfombra sin costuras que se extiende sin interrupción hasta las cimas escarpadas y se adentra en sus valles y grietas, como si algún dios del norte hubiese movido una mano titánica y hubiese dicho tan solo: «Verde». Aquí es difícil no pensar en los dioses. El paisaje posee algo de convocado, surgido del mar como otras islas, pero, a diferencia de otras islas, aún conserva el elemento subacuático, que continúa en silencio, sigue extendiéndose hasta lo que parecen ser unas profundidades oceánicas sin límite. La cabaña alquilada no tiene porche ni pórtico. Solo un umbral de piedra picada de viruela, de casi treinta centímetros de alto, contra el que la puerta cierra como la caja fuerte de un banco y con el que Robbie casi ha aprendido a no tropezar. La piedra podría ser una barrera contra la hierba ubicua, porque si la dejaran, se colaría sin ruido en la casa y empezaría a cubrir todas sus superficies: el techo, las paredes, los muebles, la vajilla y las cazuelas, todo. Da la impresión de que a nadie que construya aquí una casa se le olvida erigir una barrera entre la casa y la montaña a la que se aferra, para que el verde no pueda ganar unos centímetros y conquistar la casa entera.

Solo hay una puerta y dos ventanas pequeñas. Las ventanas están ahí porque, por lo visto, una casa necesita algún tipo de ventana, así que hay dos, a la misma distancia y a ambos lados de la puerta, poco mayores que un tablero de ajedrez, con gruesas contraventanas y cortinas de un material marrón que parece una arpillera fina; no, es más suave que la arpillera, y tiene un brillo de terciopelo sintético que debe de ser un guiño a cierto tipo del refinamiento, aunque las cortinas sean tan opacas como el cartón y más o menos del mismo color.

Todo está pensado para aislar la cabaña en invierno —imagina los inviernos aquí—, pero sentado medio dentro medio fuera, a horcajadas sobre la piedra de la entrada, Robbie sospecha que la solidez de la cabaña tiene que ver también con las propias montañas, haga el tiempo que haga; con la convicción de que algún *animus* sopla desde el valle y aúlla (a menudo en silencio) sobre el paisaje; una entidad sin más intención ni motivo que su propia fuerza, que, pese a no ser malvada, aplastaría cualquier obra humana que no estuviese protegida contra ella; y quienes construyeron la cabaña sabían cuánto tendría que soportar, aparte de las tormentas de hielo.

O tal vez sea algo no más misterioso que el tiempo y el viento. Desde que llegó, Robbie se ha vuelto propenso a las fantasías, las premoniciones, como si viese sombras vagas en el margen de su campo visual.

No ayuda estar fuera del radar. Sin publicaciones, ni llamadas, ni mensajes de texto, ni correos electrónicos mientras siga en la montaña. Es solitario, y también liberador. No tiene que rendir cuentas a nadie, solo a Wolfe, que ha salido a dar un paseo. Robbie se ha sentido cansado en los últimos tiempos, más propenso a las siestas que a las excursiones, pero es bueno saber que Wolfe está ahí fuera, en esa belleza tan verde y severa.

Robbie se despide con un gesto de la cabeza del paisaje, entra y

cierra la gruesa puerta de madera.

De: Isabel Walker
Para: Robert Walker
Asunto: Re: hoy

Hola, Robbie:
La última vez que tuve noticias tuyas ibas de camino a un glaciar en Islandia. Es bueno saber que sigue habiendo glaciares en Islandia.

El Hospital de Zapatos de enfrente lleva cerrado casi tres semanas. El mapache mecánico está parado con el martillo levantado. He llegado a la conclusión de que es un mapache y no un zorro, aunque sé cuánto te gusta la teoría de que es un zorro.

Se oyen sirenas a diario, ahora mismo estoy oyendo una. Casi no se ve a nadie por la calle. Los hospitales están abarrotados, no saben qué van a hacer con el número cada vez mayor y mayor y mayor de gente que enferma. Las morgues están llenas.

Todavía no ha llegado ninguna carta de las facultades de Medicina, pero es un poco pronto, ¿no?

Se me hace difícil llevar la cuenta de los días. Con el nuevo arreglo no llego a separar los fines de semana de los días laborables, mi trabajo se ha convertido en una especie de membrana que cubre todas las horas que paso despierta, lo cual no está tan mal, quiero decir que aún tengo un empleo y eso me impide preguntarme si un pacto de asesinato/suicidio es necesariamente tan mala idea. ☺

Felicidades por publicar fotos hechas por ti y no robadas a otras personas (adiós a tu vida criminal). Las fotos son ya un poco antiguas, pero aun así…

Estamos preocupados por Violet. Estamos preocupados por todo el mundo, pero Violet está haciendo cosas raras, incluso tratándose de

Violet. Cree que todas las letras del abecedario tienen su propia personalidad, y esto me parece muy dulce, aunque hay unas cuantas que cree que son malas. La M es buena, la LL es mala. Lo cual es raro, ¿no? Y está empeñada en que tengamos las ventanas cerradas a todas horas.

Ojalá pudiese hablar contigo. No puedo evitar desear que vuelvas a estar en el radar más pronto que tarde. El preocupómetro está alto estos días.

No te sorprenderá saber que Nathan sigue diciendo que la escuela le importa una mierda, igual que Dan y yo, o cualquiera menos sus amados Chad y Harrison. Lo cual, para ser sincera, parece una reacción razonablemente sana.

No sé por qué espero que Nathan sea gay. Aunque no es que tenga ningún motivo para pensarlo. ¿Tiene eso algo de malo? No quiero decir que no me importe que sea gay, sino que espero que lo sea.

Opción A: la mayoría de los hombres que conozco parecen ser gais, ¿por qué no iba a querer que mi hijo sea como la mayoría de los hombres que conozco?

Opción B: es un deseo censurable por mi parte no tener que compartirlo nunca con otra chica, lo cual significa que soy una madre terrible y que probablemente deberían meterme en la cárcel.

Cuando vuelvas a estar bajo el radar, rodea con un círculo la A o la B, ¿vale?

Como dice la señorita Edie: «Me preocupa que trabajes en una oficina, tengas hijos y celebres aniversarios de boda. El mundo de los heterosexuales es una vida monótona y aburrida». Apenas recuerdo un momento en el que tú y yo no citásemos a la señorita Edie. Era nuestra peli favorita de todos los tiempos, imagino que lo seguirá siendo.

A veces quiero ir al piso de arriba, abrir la puerta y decirle a Nathan que el mundo de los heterosexuales es una vida monótona y aburrida, y luego volver a cerrar la puerta. Pero eso me situaría sin duda en la opción B, ¿no crees?

El caso es que Nathan es el rey del piso de arriba. Sigue enfadado con nosotros por haber quitado la cerradura de la puerta, cortar el gas y subir cada poco rato a ver si está bien.

Es difícil saber qué hacer, qué decirle y demás a Nathan, o a Violet. O a cualquiera, pero sobre todo a los niños. Nathan odia las clases en línea, tengo que subir incluso más a menudo cuando hay clases, y por supuesto

me odia por subir tan a menudo.

Violet parece tomarlo como si fuera un programa de televisión, pero tiene la ventaja de estar en primero de primaria, con letras animadas y marionetas que se enseñan unas a otras cómo escribir y demás. En el caso de Nathan, las clases de sexto no son un programa de televisión que él ni nadie quiera ver. Está convencido de saberlo ya todo. No siempre tengo fuerzas para discutir con él de eso.

Intentamos que estén a salvo y al mismo tiempo no asustarlos demasiado. Ojalá pudiese hablar contigo.

Espero que los seguidores de Wolfe no se preocupen por él viéndolo en esa cabaña. Probablemente no. Soy yo la que me preocupo. Pero, bueno, cinco días en las montañas empiezan a parecer mucho tiempo, cuando se suponía que iban a ser solo dos.

Aquí no podemos estar más bajo el radar.

No quiero decir demasiado. No quiero entrometerme en tu serenidad de allí arriba. Dios sabe que la serenidad es difícil de conseguir en estos tiempos. Pero Dan y yo vamos a tener que pensar en algo. Para el futuro. Si es que lo hay. Estoy segura de que estar solos y juntos todo el tiempo es bueno para algunas parejas.

Lo único que podemos hacer Dan y yo es seguir así. Ir a la frutería es peligroso: imagina buscar ahora un sitio apartado donde vivir, además de que no podemos hacerles eso a los críos; si me apuras, ni a nosotros mismos.

Pienso que tú y yo podríamos irnos a vivir al campo. Puedo trabajar a distancia desde cualquier sitio, la facultad de Medicina será en línea, no paro de pensar en esa casa que Wolfe no compró el año pasado.

El mundo de los heterosexuales es una vida monótona y aburrida.

Ojalá pudiese hablar contigo. Ya lo he dicho, ¿no?

No pretendo, como ya he comentado, entrometerme en tu serenidad. Es solo que no quiero que te sorprendas demasiado cuando vuelvas a casa. Aunque no creo que vaya a ser una gran revelación para ti.

P. D. Dan tiene 230.000 seguidores. Es feliz.

Basta. Pronto te volveré a escribir.

Besos y abrazos

P. P. D. Otra sirena, esta suena muy muy cerca.

Garth vuelve a comprobar sus mensajes. Sigue sin saber nada de Chess.

Pues a centrarse en el trabajo. Ha estado esperando para dedicarse a *Hamlet*.

Esta vez es un tocado. Una especie de casco basado en los tocados de los guerreros masáis que se exponen en el Met. La versión de Garth, casi acabada, está cubierta de piel de cerdo y recubierta de alquitrán, llena de grietas en las que ha incrustado cristales rotos, circonitas y dientes. Ha encontrado a alguien en internet, un bicho raro que vende dientes humanos. Los ha colocado entre los cristales y los diamantes falsos.

Ha escrito con carboncillo en la pared de su estudio: «Todas las circunstancias me ayudan y alientan mi sorda venganza».

Qué coño, sí, el vengativo príncipe de Dinamarca.

Garth frota el alquitrán con un cepillo de cerdas de acero. Tiene que parecer desgastado. Tiene que parecer un objeto antiguo que Hamlet elegiría llevar cuando por fin decidiese que lo necesita.

Garth retrocede, lo observa con atención. Descarta ponerle en lo alto la punta de acero, la que ha aserrado de un viejo casco alemán que compró en un mercadillo. El tocado de Hamlet tiene que ser sólido, como un cráneo, sin nada a lo que un enemigo pueda asirse, ni siquiera un pincho. Este tocado es muy serio. Sus secretos apenas están ocultos en las grietas, como si estallasen a través de algún sustrato de sacrificios y ceremonias principescas. Diamantes y

dientes.

Es bueno. Expresa fuerza y es amenazador. Sus intenciones están bien ocultas. Aun así, Garth debe acallar la convicción de que le falta algo. Ha aprendido a no hacer caso del impulso de seguir trabajando, de añadir, de convertirlo en una encarnación más impactantemente viva de sí mismo. Una escultura siempre debería parecer inacabada. El trabajo rutinario está acabado. Se ofrece como objeto de veneración. Solo puede exhibirse en salas o galerías contemplando lo que considera su propia perfección.

Jesse se va a quedar horrorizado. Esta es la más fea hasta la fecha. Garth empezó con los romances —*Cimbelino, La tempestad*— y acaba de pasarse a las tragedias.

Verás cuando Jesse vea lo que Garth piensa hacer para *Macbeth*. Espera a que vea *El rey Lear*.

Es una de las pocas ventajas de trabajar con un marchante de poca monta: a Jesse le gusta regodearse en que sus artistas son demasiado *outré* para lo que él llama la «mafia del arte internacional». Es una suerte que la familia de Jesse hiciese una fortuna fabricando marcos para puertas correderas. En realidad, no necesita vender nada. Qué más da su cantinela de que defiende a «artistas que viven al borde de la catástrofe total», como él dice.

Jesse, si quieres catástrofes, yo te daré catástrofes.

El alquitrán necesita más trabajo, más corrosión, antes de cubrirlo de yeso. No ha sido fácil encontrar yeso viejo, lo bastante pasado para darle a todo una pátina de vaguedad amarillenta, de laca envejecida que al principio era para conservar pero con el tiempo ha prestado al objeto —el cuadro, la fruta de cera— una vida congelada en el país de los muertos.

Otra pasada con el cepillo, luego será el momento del yeso.

No obstante, antes de volver al trabajo, Garth le deja otro mensaje de voz a Chess: «Hola, Chess, ya sabes quién soy, sabes cuánto quiero veros a ti y al crío, pero me bastaría con saber que

estáis bien. Podrías enviarme un mensaje diciendo sí o no, si te ves capaz. Espera, no quiero parecer hostil, no lo soy. Solo... estoy pensando en vosotros. Bueno, eso era. Soy Garth, aunque ya lo sabes. Adiós».

Hay una canción dentro de la canción. No es bonita, no es solo bonita, aunque posee belleza igual que una ciruela contiene un hueso. Es la canción que no deja nada sin tratar. Es un lamento y un aria. Es ese viejo lema de los cereales Frosted y un himno al perfume que usaba tu madre cuando eras niño. Es un himno cantado por chicas con velas en un vaso de papel, es el grito del conejo cuando tu padre le cortó el cuello, es el susurro de tu mujer mientras sueña con alguien que no eres tú.

Dan no ha escrito esa canción. No puede escribirla, nadie puede, aunque otros han estado cerca. Al menos, más que Dan hasta el momento. Lo que tiene Dan es un ramillete de canción, con su progresión de acordes menores que llevan inesperadamente a una séptima disminuida en la palabra «conjuros».

Lo cual no está mal. Está bastante bien. Como está bien que se esfuerce en no recrearse en la idea de no ofrecer al mundo una docena de flores de invernadero, cuando había pensado ofrecerle un picahielos lo bastante afilado para perforar la piel de la cotidianeidad, para hacer agujeros en la ordenada sucesión de los días.

Una sorpresa: por lo visto, estaba más contento cuando anhelaba volver a escribir canciones que ahora que las está escribiendo, que ahora que tiene doscientos treinta mil seguidores en Instagram y en YouTube, y que ahora que ha pasado de la anticipación a una sensación de frustración que no le gusta llamar fracaso. Ahora que

puede medir la distancia entre sus ambiciones y lo que es capaz de hacer. Ahora que los desconocidos tuitean cosas sobre él...

WomanFriend 53sec
En pedazos acaba de romper los pedazos rotos de mi corazón
Danny no estoy segura de si te quiero o te odio pero no pares

MarcusMental 1m
La música de este tío es el PORNO DE LA TRISTEZA DanSoloShit se está forrando gracias a nuestra soledad encuentra tu propia felicidad

DominicDoReMí 2m
llorar y reír son la misma liberación

Zara.zaralynne 3m
Si no puedes manejar las emociones, siempre puedes cantarte feliz cumpleaños a ti mismo

TreyvonFreeMan 4m
¿Podría alguien decirme por qué a los blancos les encantan las canciones tristes?

WomanFriend 5m
Si no te gustan, no tienes por qué oírlas. ¿Lo sabías?

OingoOingoBoing 7m
BAILA NIÑO MUERTO BAILA

Violet no llama a la puerta, y no hay cerradura. Parece creer que Nathan y ella todavía comparten habitación, que la nueva vivienda de Nathan en el piso de arriba en realidad es una prolongación del antiguo sistema, que su derecho a entrar cuando quiera no ha cambiado.

Nathan está viendo *Escuela de Rock* cuando entra Violet. Hace como si no la viera ni la oyese. Se alegra de por lo menos no estar cascándosela, aunque si lo pillara se lo tendría merecido. Así aprendería a no irrumpir de ese modo.

Violet escudriña la habitación.

—Tienes las ventanas cerradas —dice.

—Sí.

—¿Has hecho los deberes?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Estás viendo esa peli otra vez?

—Sí.

Violet se instala en el sofá junto a Nathan con la principesca precisión que la caracteriza cuando se sienta, anda y habla. Dice, a propósito de Jack Black:

—Qué gordo es.

—¿No tienes nada más que hacer?

—Y también es muy feo. No habrás abierto la ventana, ¿verdad?

—Esa mierda no entra por la ventana.

—Sí.

—Es hora de que vuelvas abajo —replica él.

—Ya he terminado mis deberes.

—Pues vive tu vida.

—¿Por qué suda tanto?

—Es una estrella de rock. Como era papá.

—Papá no es gordo. Ni feo. ¿Por qué ves tanto esta película?

—Me gusta.

—¿No podemos ver otra cosa?

—No —dice él.

—Hueles mal.

Nathan se huele rápidamente las axilas. La razón de ducharse es... ¿cuál?

—Necesito que me dejes solo —dice.

—Cuando no estoy, abres la ventana. Lo noto.

Nathan contiene el impulso de sacarla a empujones por la puerta. Podría hacerlo. Casi no pesa. Y lo único que quiere es librarse de ella: de sus acusaciones, de su inagotable amor propio, de su desprecio por todo lo que no emana de ella, es decir, por todo, hasta por Jack Black.

Nathan desea que le ocurra algo espantoso. No es la primera vez que lo piensa. Se retracta enseguida —este no es el momento de desearle mala suerte a nadie, ni siquiera a Violet—, pero la idea ha cristalizado en su imaginación, aunque la haya disuelto un instante después.

Es importante no desearle mal a nadie. Es importante no desear que el peligro alcance a otras personas. Ni siquiera hay que pensarlo.

—No tienes por qué estar aquí, oliéndome —dice.

—No.

—Pues eso.

—No.

Violet se levanta del sofá.

—Me voy abajo —dice.

—Lo sé.

—Avísame si quieres ver alguna otra cosa.

—Vale.

Va hasta la puerta, se vuelve y dice:

—Estoy abajo.

—Bueno es saberlo.

Ella no responde. Se va sin más. Nathan sabe cómo se imagina a sí misma: el personaje regio que se despide de un niño impertinente.

Lo más raro: se alegra de que se haya ido, aunque preferiría que no se hubiese ido. Cuando está, y sube a incordiarle a menudo, hay... alguien. Mamá y papá también suben, a todas horas, pero ellos llaman a la puerta. Llegan a ser irritantes. Mamá, con su «Cariño, ¿estás bien?». Papá, con su «¿Qué pasa, tío, sigues al mando del fuerte?». Pero hay, es raro, un placer amargo y acre en la rabia que le inspira Violet.

En la pantalla del televisor, Jack Black toca la guitarra y contrae el rostro en un gesto de agonía extática. Jack Black es el único amigo de Nathan, ahora que no están Chad ni Harrison. Si Nathan se concentra en Jack Black, casi consigue no odiar a Violet, no echarla de menos, no pensar que si ella desapareciera no tendría que odiarla ni echarla de menos. Puede ser compasivo con sus padres. Puede —es más difícil con Violet, pero incluso con ella— mantener a raya su propio torbellino de furia, aburrimiento y nerviosismo de mil megavoltios que, si le diese rienda suelta, podría salir como un rugido que imagina igual que una sirena, pero más potente, más penetrante, un ruido tan poderoso y penetrante que podría echar abajo el edificio.

5 de abril de 2020

Queridos Nathan y Violet:

Voy a traeros a Islandia. Cuando seáis mayores y todo vuelva a la normalidad. Aquí solo hay hierba y estrellas. Hay un río que os llevará hasta el océano, lo único que hay que hacer es dejarse arrastrar por la corriente.

No recibiréis esta carta hasta pasado un tiempo. Donde estoy, en las montañas, no hay oficina de Correos. Hay hierba y ríos, pero ni tiendas ni oficinas de Correos ni nada por el estilo. Pero pronto la enviaré, cuando vuelva al mundo civilizado.

Cuando vuelva, Nathan, puedes ganarme a cualquier videojuego que elijas. Violet, tenemos que ir a comprar unos vestidos nuevos.

Solo quiero deciros cuánto os echo de menos. Quiero que sepáis que me acuerdo de vosotros todo el tiempo. Sé que en casa las cosas son difíciles, pero todo volverá a ser normal. Me acuerdo de cuando era normal. Me acuerdo de vosotros.

Besos,

ROBBIE

Para Chess, el tiempo se ha vuelto tan cándido en acontecimientos que parece adentrarse en una profundidad meditativa. Las ruedas giran sobre sus raíles. Despertarse, desayunar, jugar, almorzar, echar la siesta, dar clase mientras Odin duerme la siesta (con la esperanza de que no se despierte), jugar, cenar, dormir, repetir. Son la única compañía del otro, si Chess no incluye a sus alumnos, y sus alumnos no cuentan como compañía. Son caras del tamaño de fichas de póquer en una cuadrícula en la pantalla de su ordenador. Son más dóciles y discuten menos que antes. Aportan cierto aturdimiento a sus ordenadores, como si a todos les hubiesen golpeado con un martillo de goma justo antes de empezar la clase.

Los silencios son más largos y frecuentes. Chess se ve obligada a llenarlos con sus propias convicciones y opiniones, y eso puede ser agotador. Ha pasado años discutiendo con sus alumnos. Les lanza ideas a personas más jóvenes y se las devuelven, al menos los más atrevidos, y siempre hay suficientes para compensar a los más callados. La clase adquiere su propia inercia. En cambio, este semestre, en el que casi nadie contradice a Chess... apenas hay problemas, pero es menos divertido. Los alumnos, la mayoría, se conectan por Zoom desde sus dormitorios infantiles y eso le inspira compasión a Chess. Es importante preocuparse por los alumnos, pero no quererlos demasiado.

Este año, sin embargo, este semestre incorpóreo... han vuelto a las habitaciones de las que creían haber escapado para siempre.

Resulta que su infancia ejerce una fuerza gravitacional que ninguno de ellos había imaginado. Ahí está Agatha con un póster de Stevie Nicks al fondo (¿cómo es posible que Agatha, que tiene diecinueve años, sepa quién es o que le guste Stevie Nicks?). Ahí está Rafi con un acuario detrás en el que no parece haber ningún pez; es solo una caja de cristal llena de agua turbia y verdosa. Chess, por su parte, se ha instalado en su mesa con la estantería a su espalda. Ha quitado algunos libros que están en el campo visual. Los alumnos no tienen por qué saber que todavía tiene su ejemplar de *Winnie-the-Pooh* de cuando era niña, o, de una cosecha posterior, la trilogía de *El señor de los anillos*. Y tampoco hay motivo para que vean el resto de su piso, que, aunque repleto de las consabidas pilas y pilas de libros, también da fe de su indiferencia respecto al mobiliario: el sofá, las sillas y las mesitas auxiliares blancas de Ikea (el blanco estaba rebajado) o el futón en el suelo. Aunque Chess lleva viviendo casi cuatro años en este piso, no ha perdido el hábito de la temporalidad, la sensación de que ahora está aquí, pero que sería inútil instalarse puesto que tendrá que volver a marcharse. Se remonta a su infancia, cuando rezaba a diario a la figurita que tenía su madre de santa Teresa para que la rescatara, a cuando se fue de Dakota del Sur para ir a la universidad y desde allí a su absurdamente exigente trabajo en Montclair State, seguido de dos años de adjunta en Amherst, seguido de la inesperada invitación de Columbia, que puede convertirse en una plaza de titular pero que ella espera dejar antes de que tengan la oportunidad de negarle la titularidad. Es, siempre lo ha sido, una viajera, aunque Odin ha revocado su visado. No puede educarlo aquí, en este piso de un dormitorio con muebles baratos, y pronto será lo bastante mayor para darse cuenta del estado en que está la casa. La siguiente parada será, por definición, más permanente.

Está preparada. Espera estarlo.

Sus alumnos no tienen por qué conocer sus circunstancias

actuales, sobre todo cuando los ve tan impotentes en los cuartos de su infancia. Ahora reina una espantosa intimidad, a la vez que una distancia hueca e inabordable. Los alumnos se sienten humillados por sus propias posesiones. El año anterior, como figuras autónomas en el campus, se trataba de sus propias manifestaciones, jóvenes harapientos o principescos de países lejanos, tanto si habían crecido en casas rodantes como en villas de los barrios residenciales. Ahora son más vergonzosos, sonriendo desde las casas que han vuelto a atraparlos. Se muestran más terrenales, parecen menos interesantes, menos interesados. Si a veces Chess tiene la impresión de ser un programa de televisión barato que están obligados a ver, también es posible que se sienta menos despreciada y querida, menos entorpecida por los diversos enredos de la ira, la impaciencia y la reverencia que sentía por ellos cuando estaban juntos en el aula. Ahora se revelan como los niños que siempre han sido.

De esta manera incorpórea, Chess descubre que se preocupa por ellos con una vaga indiferencia. No son una verdadera preocupación. Le hablan (cuando le hablan) no solo desde su propio pasado sino desde sus vidas actuales. Nunca ha sido más evidente que Chess no importa, en un sentido profundo ni duradero, al menos no cuando ha oído a sus perros gimoteando para que los dejen pasar, a sus madres entrando en su cuarto con toallas limpias, una vida en la que Chess y toda Columbia no son más que interrupciones.

Y, además, a Chess solo le preocupa Odin. Odin, que con diecisiete meses se divierte con facilidad, cuyos mayores placeres son abrir y cerrar las puertas de los armarios de la cocina o esparcir los juguetes por el suelo para que Chess los recoja, cuando tiene la paciencia necesaria, para que él pueda volver a tirarlos. En particular, le gusta tirar el conejo de color azul chillón que le regaló Garth. Aunque Odin no puede saber que ese juguete se lo dio Garth, Chess se pregunta por qué ese objeto hecho con descuido, con los

ojos y la O roja de la boca cosidos de cualquier manera (gracias, Garth, por conocer los riesgos del atragantamiento), parece imponerse a todos los demás: el elefante de crochet con el chaleco verde, el carísimo oso de Steiff y el resto de juguetes por los que Odin expresa solo un interés moderado y cordial, como si fuesen invitados torpes y poco glamurosos a una fiesta.

No está mal encontrarse encerrados así, en una minúscula nación, dependiente de sí misma, cuya única población son una madre y su hijo. Se preocupa menos. Internet le ha asegurado que una dieta compuesta en su mayor parte de Cheetos y queso, la única comida que Odin considera comida, no le causará un daño permanente. En otra era, Chess se cansaría antes del inacabable juego de lanzar y recoger, de ver cómo abre y cierra los armarios de la cocina, del insaciable deseo de Odin de trepar al sofá, que no disminuye aunque no lo consiga; su nueva costumbre de señalar todo tipo de objetos, a lo que Chess responde «lámpara» o «silla» o «libro», y a veces, cuando no parece estar señalando nada concreto, «aire» o «aquí» o «nosotros». Así es como pasan los días en su mundo aislado. En cierto modo, ella tiene diecisiete meses, igual que Odin. Es capaz de compartir su afición a la repetición, que se asemeja a los cánticos de los monjes y las monjas, a sus oraciones recitadas de manera tan constante que su devoción se convierte en una función involuntaria del cuerpo, como la respiración o el latido del corazón.

Odin todavía tiene que repetir la mayoría de las palabras que Chess intenta enseñarle. Todavía tiene que pronunciar «lámpara» o «silla», por no hablar de «aire» o «aquí». Pero cuando va dando tumbos hasta la ventana (se cae constantemente, aunque, con tal de que no se golpee la cabeza, a ella no le preocupa; es otra cuenta del rosario: tira, abre, cae, vuelve a levantarte, tira, abre, cae), se asoma y dice «pájaro» (*parajo*) o «coche» (*cocho*), que son las únicas palabras que retiene y que no necesariamente implican ver un pájaro o un coche. Puede asomarse a la calle cuando no hay tráfico,

mirar el cielo cuando está vacío de pájaros y aun así invocar sus nombres. Vive en un reino donde lo fabuloso se entrecruza con lo real, donde las dos fuerzas continúan abriéndose paso en un mundo alucinatorio más ordenado pero menos improbable. No durará mucho. Pero por ahora el mundo sigue siendo una elaborada creación de Odin, con sus pájaros y sus coches, el aire vacío al que señala de vez en cuando, buscando (o eso le gusta pensar a Chess) una explicación no solo a las mesas y las lámparas, sino también al éter y el vacío. Si a veces llora de frustración o impaciencia o sencillamente porque la felicidad lo ha abandonado repentina e impredeciblemente, vuelve, siempre, a un estado de perplejidad. Odin puede quedarse un buen rato en la ventana, aferrado al alféizar con las dos manos, mirando con una expresión de éxtasis anonadado, como si escrutara un lugar ficticio e hipotético, un reino mítico que le han invitado a contemplar, pero que, a diferencia de las habitaciones y lo que contienen, nunca podrá tocar.

El teléfono de Chess vibra. Buzón de voz. Sabe muy bien quién llama.

Wolfe_hombre

Imagen: Una pendiente de un verde luminoso biseccionada por un sendero de tierra negra. El sendero asciende por la colina herbosa hasta otra pendiente más empinada y, por fin, cuando el sendero ya se desdibuja, hacia la base purpúrea de una montaña lejana. A lo lejos, a la izquierda, se distingue apenas la cinta de una cascada, una catarata que cae sobre una pared de roca. La cascada sería el objeto de la mayoría de las fotografías, pero en esta es un fenómeno incidental, como la insinuación de alguien que pasara por allí y fuese captado por alguien que toma una fotografía de otra persona. En lo único en lo que se fijó Robbie cuando hizo la foto fue en el mar de verdor y en la línea del sendero, que corta la colina con tanta precisión como el tajo de un cuchillo.

> Pie de foto: Después de una caminata de unos ocho kilómetros, solo nos queda esperar que hayamos hecho bien al confiar en la mujer que nos ha alquilado la cabaña. Lleva el pelo recogido en una larga trenza gris que a los dos nos parece un indicio de honradez. Nos salimos del radar un par de días, ya os contaremos a la vuelta.

Robbie lo publicó hace cinco días. Desde entonces no ha habido nada.

Sentada en las escaleras, Isabel se cronometra. Mirará la imagen diez segundos. La ha visto ya docenas de veces. Está haciendo lo posible para no ser una persona de una visceralidad aterradora.

Es hora de volver al apartamento. Como haría una persona relativamente normal.

Cuando entra en el salón, ve una nota en la mesita del café. La nota no estaba ahí hace media hora.

> Queridos papá y mamá por favor cerrad las ventanas. Por favor no os olvidéis. La de la cocina estaba abierta. Por favor no os olvidéis.
>
> Besos,
>
> VIOLET

Dan sale del dormitorio con los ojos vidriosos. Ha estado componiendo.

—¿Has visto esto? —dice Isabel.

Dan mira la nota con el ceño fruncido. Está intentando recordar cómo tendría que reaccionar un padre preocupado.

—Deberíamos hablar con ella, ¿no?

—Sí, deberíamos hablar con ella. O tú deberías hablar con ella, tú podrías hablar con ella, ¿habrá algún momento en que la madre no sea quien dirija el espectáculo?

Si llega ese momento, no será pronto. ¿Qué sentido tiene entonces discutir sobre quién de los dos debería encargarse de esto? Sobre todo cuando, si la discusión acaba mal, Isabel y Dan solo podrán retirarse a los extremos opuestos del apartamento. Isabel podría volver a las escaleras, aunque ya ha gastado lo que sospecha que es su tiempo asignado en las escaleras antes de convertirse en objeto de la creciente preocupación de Dan, antes de que vuelva a empezar con la posibilidad de que ella tome alguna medicación.

—¿Y qué crees que conseguiremos hablando otra vez con ella?

—A lo mejor conseguimos convencerla por fin —responde Dan.

—O igual podríamos dejar las ventanas cerradas.

—Sí, bueno. Pero también es necesario ventilar un poco, ¿no?

—Sí. Pero ponte en el lugar de Violet. Imagina que estuvieses convencido de que se cuela por cualquier posible resquicio. ¿Lo imaginas?

—Sí. Claro. Pero no sé si es bueno dejar que tenga miedo de algo tan inofensivo como una ventana abierta.

—Tiene seis años. Esas cosas se pasan por sí solas.

—Gracias, doctora.

Gracias a ti, Dan. Gracias por decirme «Deberíamos hablar con ella» y por burlarte de mí cuando te respondo.

—Si quieres abrir las ventanas y hablar con ella, adelante —contesta Isabel.

—No hace falta tener tan mala leche.

—Si no quieres saber mi opinión, no preguntes.

Dan responde con uno de esos encogimientos de hombros con los que admite su derrota. Isabel lleva sometida a ese gesto desde que lo conoce. Significa que lo ha intentado y ha fracasado. Las fuerzas a las que se enfrenta son demasiado poderosas. Es fuerte y bien intencionado, pero sabe, lo sabe muy bien, cuándo ha llegado el momento de ceder.

—Me vuelvo a la habitación. Estoy trabajando en una canción nueva.

—Yo tengo más de cien correos electrónicos.

—No paran nunca, ¿eh?

—No.

Dan lanza un beso hacia donde ella está y regresa al dormitorio. Isabel observa su silueta mientras se aleja, esforzándose por sentir más afecto hacia él, lo cual, ha descubierto, es más fácil cuando se va de la sala, no tanto porque se va como porque en ese instante

comprende mejor que al dejarla entra en otra habitación donde volverá a estar a solas con su música y sus seguidores invisibles, la aislada habitabilidad en que pasa sus días. Es importante que empatice con él, que se abra camino entre el resentimiento, la lástima y, lo que es peor, la indiferencia que se agolpan y la agobian aquí, en este apartamento, del que, al parecer, no saldrá nunca.

Nathan Walker-Byrne
Hoy 12.45

Drugos podéis venir esta noche dsps de las once si podéis salir d vuestra ksa dejaré abierta la pta de la calle SILENCIO al subir a mi piso anoche fuisteis muy ruidosos Chad trae la baraja de tarot Harrison trae las gominolas si aún te kda alguna cerdo drogadicto pero volved OK me estoy acostumbrando a mi propio olor corporal así que venid con el vuestro juro que vuestros sobacos me olerán a rosas

Isabel debería ir a ver a los niños, a los dos, ya que Dan no quiere o no puede. Debería consolar a Violet, lo cual supondrá otro sermón de Violet para que Isabel sea más cuidadosa. Debería enzarzarse otra vez en la constante batalla con Nathan, el demoledor día a día entre ellos: Isabel, la emperatriz que exige que Nathan, su cautivo, lleve a cabo tareas sin sentido (los deberes, bañarse) hasta apresar no solo su cuerpo sino su espíritu, hasta que acepte pasar los días haciendo agujeros y volviendo a llenarlos.

Luego debería responder a esos correos electrónicos.

Vuelve a las escaleras. Saca el teléfono del bolsillo, pero se obliga a no mirar las publicaciones de Robbie en Instagram. En vez de eso escoge el *Réquiem* de Brahms. Sí, el *Réquiem* probablemente sea su propia versión de las ventanas cerradas de Violet, de los infinitos revisionados de *Escuela de Rock* de Nathan. Se da cuenta. Aún no ha perdido del todo el juicio. Aún.

Una madre también necesita algo. No se puede contar siempre con ella, al menos no cada minuto de cada día. Se pone los auriculares. Hasta el gesto resulta reconfortante: la comodidad de alta tecnología con que se ajustan, el profundo silencio que aportan incluso antes de que empiece a sonar Brahms. Le da al botón de reproducción, cierra los ojos mientras los instrumentos de cuerda se lanzan a los primeros compases, ese lento *crescendo* con su insinuación de una paciencia anticipatoria —«Calla, niño, la historia va a empezar»— al que pronto acompañará el coro, que, en ese

momento, casi podrían ser las voces de los instrumentos dotados no solo de sus quejosas dinámicas y reverberaciones, su vocabulario de acordes, sino también de un lenguaje humano tenue y solemne.

De: Chess Mullins
Para: Garth Byrne
Asunto: Re:

Garth:
He sido cruel. El silencio es lo peor. Lo sé.

He estado en una especie de nido con Odin, en lo que llamo una reclusión profunda. No he hablado con nadie más que con mis alumnos, que son ineludibles.

Pero, por lo demás, he estado a solas con Odin, y es como si no hubiese podido comunicarme con nadie más que él. Este email es mi primera respuesta a cualquier persona que no sea un bebé o un estudiante universitario angustiado.

Siento decirte que no creo que sea una buena idea que toques a Odin. Aunque hayas hecho la cuarentena. Por favor, no hagas gárgaras con lejía. Sé que es una broma. Pero aun así.

Espero que lo entiendas. No puedo dejar que nadie más que yo se le acerque.

No quiero parecer demasiado melodramática. Pero, si quieres, podrías venir, quedarte en la acera, y yo lo asomaré a la ventana. Tal vez sea alguna referencia a alguna obra de teatro griega, pero, si lo es, no tengo la manera de pensar en ello.

Ya me dirás. Aparte del horario de clases, tanto él como yo estamos disponibles casi a cualquier hora de cualquier día.

Chess

De: Garth Byrne
Para: Chess Mullins
Asunto: Re:

Gracias. Puedo estar ahí dentro de media hora. Te mandaré un mensaje cuando llegue a vuestro edificio. Gracias.

Violet está sentada expectante en su cama, al borde del colchón, con los pies en el suelo. Alguien vendrá y la consolará diciéndole que lo de dejar abierta la ventana de la cocina ha sido un descuido, que esa cosa probablemente no habrá entrado y que no volverán a dejar ninguna ventana abierta. Alguien, su madre o su padre, aparecerá y se lo dirá. Lo único que tiene que hacer es esperar.

Mientras espera, escribe una carta.

> Hola Robbie esta es una carta de Violet. Estoy aprendiendo ortografía en el colegio. Las letras se juntan y bailan. La M es la reina de las letras. Es la más guapa. Hay una letra mala que ni siquiera voy a escribir. La M es buena. La M es amari a. Me he puesto mi vestido amari o. Me gusta ponérmelo de día. Parezco una famosa todo el día. Mamá está enfadada por lo del vestido. Gracias por no enfadarte conmigo. Cuando vuelvas pareceré una famosa. Hasta pronto. Besos XXXXXX
>
> VIOLET

El coro ha pasado de los murmullos iniciales a uno de los interludios más fervorosos, de casi veinte minutos. La canción de cuna susurrada se ha convertido en un lamento extático, con una urgencia que se parece tanto a la meteorología como a la música, que tiene la inevitabilidad de la meteorología, enérgica pero no emotiva, no particularmente emotiva, más de una tormenta que se avecina que de lo puramente humano.

Es mejor que Isabel no sepa alemán. Lo prefiere así. Es libre de concebir una celebración de la mortalidad en sí misma, la muerte como un principio además de un final, la aparición de una gloria que desafía toda descripción, pero que, cuando se revela a sí misma, puede no ser el querubín o el serafín de la gloria a la que pedían a Isabel que aspirara de niña, la de las nubes pintadas y los niños alados en las paredes de Nuestra Señora de Fátima. Esta es una gloria distinta, una oscuridad luminosa e insondable o la rueda de una galaxia o un fuego que limpia mientras lo quema todo.

Escucha también otro tipo de música, cualquier cosa desde Beethoven hasta Radiohead, pero vuelve, siempre, a Brahms, que parece afectarle como una madre perdida y regresada; una madre que le canta sobre los terrores y los esplendores del mundo; que ha estado muy lejos y ha vuelto a casa, por fin, para contarle a su hija todo lo que ha aprendido.

El primero de los solistas está a punto de entonar su lamento particular. El coro y la orquesta continúan, pero ahora el cantante

se prepara para entonar las notas iniciales, la pérdida es inefablemente personal. La mortalidad le acontece a todo el mundo, pero aquí hay un hombre solo con una canción propia que cantar.

Isabel no debería estar escondiéndose así con Brahms. Está descuidando a sus hijos y su trabajo. Pronto se levantará y retomará sus obligaciones. Pero no puede dejar de escuchar el *Réquiem*, aún no, al menos no cuando el solista está a punto de empezar.

Islandia
5 de abril de 2020

1. Por las mañanas, cuando abres la ventana entra esta acometida de un olor que solo puedo llamar «verde», no es diferente de como huele el campo a todas horas, pero es más fuerte cuando se alza el sol, es como el olor del sol al despertar, y reparas más en sus componentes. A grandes rasgos: hierba húmeda, un toque de hierro que debe de provenir de las rocas y algo que imagino que será hielo viejo, una especie congelada de no-olor, una capa subyacente de frío. Aquí siempre hace frío, el frío es la verdadera condición, solo que en primavera y en verano se oculta bajo tierra, pero siempre está ahí y empuja los olores primaverales hacia la superficie, como si la vida vegetal patinara sobre el hielo por un tiempo. Por las mañanas es muy intenso.

2. El paisaje a principios de abril sigue siendo muy austero. Según el libro que compré en Reikiavik, cuando avance la estación tienen que brotar algunas flores con nombres como lupina, acedera de oveja y tomillo ártico, pero ahora todo es hierba y musgo, y solo se ve una florecilla blanca y resistente llamada té de montaña, con un círculo de pétalos blancos, parecida a esas florecillas danzantes que nos asustaban de niños en los dibujos animados. La guía dice, y cito literalmente: «En el folclore islandés se supone que la flor tiene el poder de atraer la riqueza, pero antes hay que robarle dinero a una viuda pobre cuando esté asistiendo a misa y enterrar el botín al pie de un lugar donde crezca la flor. La leyenda dice que esas ganancias ilícitas se duplicarán».

No hace falta decir que nos encanta este libro.

3. Wolfe estaba antes aquí, pero se ha ido. Creo que dijo que iba a hacer una excursión a pie. Es callado y quijotesco (puntos por utilizar

«quijotesco» en una frase). No vive exactamente en el tiempo. No me importa que sea imaginario, pero a veces olvido que lo es.

4. Hay algo sagrado aquí. Una cercanía a alguna cosa.

5. Hay un estante sobre la cama y un cráneo de zorro, muy limpio y blanqueado, clavado a la pared al lado del estante, como si los libros y el cráneo tuviesen algo que ver. La tía Zara tenía un crucifijo sobre la cama, pero que yo recuerde no tenía ningún libro. El crucifijo me fascinaba de niño, aquel hombrecito de madera casi desnudo con los brazos extendidos. El Cristo de la tía Zara era uno de esos cachas con abdominales y hombros musculosos, no de los flacuchos y esqueléticos. Zara era la persona más católica de la familia, pero le gustaban sus Salems y sus vodka stingers tanto como su Cristo musculoso y creía en los zapatos caros. La tía Zara está en un cielo que no se parece nada a Islandia, pero estoy seguro de que es el cielo indicado para ella, probablemente más parecido a Palm Springs.

Aquí acaba la entrada de hoy, escrita en un cuaderno fabricado por la Mead Company, en algún punto de la India, comprado en el Staples de Union Square y trasladado a un lugar donde, de no ser por esta cabaña, parecería que no lo ha pisado ser humano alguno.

Sigo siendo tuyo, sigo siendo mío, sigo vigilante y en gran medida inimaginable, Robert Q Walker

Garth Byrne
Hoy 14.10

Dios mío. Está hecho un HOMBRE. Es nuestro hombre. Apenas estoy a una manzana, pero tenía q escribirte ha sido INCREÍBLE verlo crecer tú tbn tenías buen aspecto aunque sé q no duermes bien tengo asumido que era un tipo que le saludaba desde la calle por un segundo he pensado que me reconocía pero eso es solo mi narcisismo he estado trabajando en la idea de q hay otras personas en el mundo MUCHAS GRACIAS espero q podamos repetir pronto besos

Isabel, en las escaleras, recibe un mensaje de texto de Dan justo cuando Brahms está alcanzando el *crescendo*.

Dan Byrne
Hoy 14.34
¿Todo bien ahí fuera?

Isabel Walker
Hoy 14.34
¿Dónde estás?

Hoy 14.34
Sala d estar

Hoy 14.35
¿Por qué me mandas mensajes?

Hoy 14.35
¿Pdo salir?

Hoy 14.35
Ya voy yo

Encuentra a Dan en lo que calcula que es la mitad exacta del sofá, como si lo hubiese medido. Es increíble. Sin embargo, tiene cierto aire de formalidad, como si esperase un tren en una estación abarrotada.

—¿Por qué me has mandado un mensaje de texto?

—Cuando estás ahí fuera procuro dejarte sola.

—¡Ajá!

—Así que te he mandado un mensaje.

—¿Qué pasa?

—Los niños están cada uno en su habitación.

—Es la hora del colegio. Aunque ni tú ni yo creemos que Nathan esté en el colegio, ¿es eso? Tengo que subir a ver...

—Cuando hemos visto la nota de Violet, hemos tenido una especie de pelea, ¿no? —dice Dan.

—No sé si lo llamaría una pelea.

—A lo mejor es eso. No hemos podido discutir de verdad. No podemos. Los niños nos oirían.

—¿Crees que nos hace falta discutir?

—He estado pensando en lo de esta mañana.

—No fue para tanto.

—Lo sentí como algo importante. Al menos para mí. Aunque no lo pareciera. Era como si estuviese... no sé. Alejándome. De ti, de los niños, de todo.

—Te pusiste hecho una furia cuando Nathan te llamó gilipollas. ¿Por qué no iba a afectarte eso también?

—Debería hablar con él.

—Ya he ido yo.

—Pero yo también debería ir. No sé por qué no lo he hecho aún.

—Si te preocupa interrumpirle mientras estudia...

—Esta mañana sentí... no sé. Miedo de él. ¿No te parece raro? De nuestro niño.

Dan se ha vuelto más lento con el tiempo. No está gordo, pero tampoco tiene su antigua gracia atlética. Ha adquirido una especie de pesadez, como si se moviera por su propia atmósfera de aire ligeramente más denso. Ella duda si ha llegado el momento de decirle que deje de decolorarse el pelo.

—Cuando Nathan me dijo eso... —continúa Dan.

—No hablaba en serio.

—Claro que sí. Igual que yo cuando llamaba gilipollas a mi padre.

—Pero el contexto...

—Me pidió que dejase de cantar. Yo seguí cantando. Yo me creía un tipo feliz con una canción en el corazón. Como una especie de *Que no pare la música*.

—Solo estabas cantando una de tus canciones.

—Sí, ya, mis canciones. No pasa nada si no te gustan.

—Ya te he dicho que sí me gustan. Una y otra vez.

—A lo mejor es la repetición lo que me desconcierta. ¿En qué piensa uno cuando alguien le responde que se lo ha dicho una y otra vez?

—Por favor, no empieces.

¿Cuándo se volvieron las derrotas y, lo que es peor, las victorias de Dan más insoportables que las suyas?

—En realidad las canciones no son para ti —dice—. Son para Robbie.

—Dan, estoy cansada —replica ella—. No me apetece hablar de esto.

—Lo digo en serio, son para Robbie.

—No estoy muy segura de entenderte.

—Es como si quisiera que Robbie supiese que no soy un pringado.

—Nadie piensa que lo seas.

—Nathan sí.

—Nathan tiene once años.

—Ojalá volviese Robbie.

—Volverá. Cuando pueda.

—Islandia.

—Islandia.

—Robbie no me resulta atractivo —dice Dan—, bueno no es que crea que no es atractivo, pero ya me entiendes. Sabe lo que siento por él. Lo que significa que puede escuchar las canciones y no pensar: «Esto trata de mí». Más allá del deseo hay una pureza, ¿entiendes?

—En serio, no sé dónde quieres ir a parar.

—Yo era... un chico guapo. Sé que es raro decirlo de mí mismo. Pero ¿cómo no ibas a casarte con un tipo de veintitantos años que era el mejor amigo de tu hermano?

—Eso no es verdad...

Se hace un silencio.

—¿Te apetece pollo o pescado para cenar? —pregunta Dan.

—Me da igual.

—Deberíamos comernos el pescado. Lleva tiempo en la nevera.

—Vale.

—¿Puedo contarte algo gracioso?

—Sí.

—Creo que mi padre comenzó a alejarse cuando mi madre empezó a preguntarle en el desayuno qué le apetecía para cenar. Imagínate. Siempre me ha dado tanto miedo convertirme en mi padre que olvidé tener cuidado con, ya sabes, lo otro.

Ella se sienta a su lado en el sofá. Podrían estar esperando el mismo tren. Le pasa un brazo sobre los hombros y cuando él no reacciona, lo retira.

—Cuando no estemos... así... —dice ella.

—No sé cuándo será eso.

—No durará siempre.

—Pero cuando cambie, no se notará mucho, ¿no?

—No lo sé.

—Pensaba que si volvía a ser músico, las cosas cambiarían.

—Dan, cariño...

—Te has esforzado mucho por enamorarte de mí.

Ella no tiene ni idea de qué responder a eso.

¿Alguna vez es demasiado tarde? Ninguno de los dos maltrata al perro (¿deberían comprar por fin un perro?) ni deja a los niños en el coche un día de calor. ¿Puede llegar a ser irreversible? Y de ser así, ¿cuándo? ¿Cómo sabes, cómo sabe nadie, cuándo pasas de «tenemos que trabajar esto» a «es demasiado tarde»? ¿Hay

(sospecha que debe haberlo) un interludio en el que estás tan aburrido, o decepcionado o acosado por los reproches, que es verdaderamente demasiado tarde? O, por ir más al grano, ¿llegamos al «es demasiado tarde» una y otra vez solo para volver al «tenemos que trabajar esto» antes de que llegue, una vez más, el «es demasiado tarde»?

—Deberíamos esperar —dice ella—. Deberíamos ser pacientes y esperar. ¿No crees?

—Sí, claro que sí. Creo que esta noche voy a hacer el pollo en lugar de la merluza.

—Como quieras.

—La merluza lleva demasiado tiempo en la nevera. Lo mejor sería tirarla.

—El pollo está bien.

—Sí. El pollo está bien.

Garth nunca quiso ser un hombre en una acera saludando con un gesto levemente desesperado («¡Eh, mira aquí!») a un niño en una ventana. Nunca quiso ser un hombre que saluda desesperado, alguien a quien el niño no reconoce.

Nunca quiso enamorarse de Chess.

¿Cuándo pasó? ¿Cómo pasó?

Garth baja a grandes pasos por Bergen Street. Odin está tan cambiado que Garth podría no haberlo reconocido si —¿cuándo lo admitirá Chess?— no se pareciera cada vez más a ella. Incluso en un crío tan pequeño, ahí está el rostro ancho y majestuoso de Chess, ahí están sus ojos grises. Ahí, en un niño que apenas sabe andar.

A Chess la ha encontrado más guapa. Parece una escultura de mármol blanco con esa expresión griega antigua que Garth solo acierta a llamar ferocidad serena. O tal vez sea porque llevaba mucho tiempo sin verla. Tal vez haya olvidado su belleza poco ortodoxa, los detalles en los que su rostro no es exactamente contemporáneo. No es difícil imaginarla en el crepúsculo durante la época de la cosecha, con una gavilla de trigo debajo de un brazo y un cordero debajo del otro.

No le ha sonreído mientras él saludaba desde la acera. Ha asentido con la cabeza. Ha sido menos de lo que esperaba, pero Chess nunca fue muy de sonreír. Opina (se lo dijo hace años, cuando vivían en aquel tugurio de Water Street) que es mejor si una mujer se abstiene de sonreír demasiado y de cualquier gesto que

implique un deseo de complacer.

Odin solo ha mirado a Garth sin comprender. ¿Por qué le estaban pidiendo que mirase a ese desconocido? Otra mujer, una madre diferente, habría cogido una mano de Odin para fingir que saludaba. Chess no es de esas madres.

5 de abril de 2020

Querida Isabel:

Veamos si todavía sé escribir. Veamos si la tinta de este bolígrafo no se agota, es el único que tengo. Olvidé meter un bolígrafo en la maleta. No pensé en escribir, en vez de enviar mensajes de texto, hasta que llegamos. Sí metí un par de zapatos incómodos y una camisa de fantasía para una fiesta europea a la que nadie me invita. Pero ningún bolígrafo.

Pero ¿sabes que venden bolígrafos Bic en todas partes? Hasta en Reikiavik.

Es divertido, ¿no crees?, que un objeto corriente resulte ser un objeto precioso. Si no hubiese comprado este bolígrafo en el aeropuerto no podría escribir nada, pues estoy a casi cincuenta kilómetros del lugar más cercano donde venden bolígrafos. No puedo evitar pensar en un futuro apocalíptico en el que nos acurrucamos todos juntos recordando que antes podíamos entrar en una tienda y comprar un bolígrafo, un encendedor o un rollo de papel higiénico.

No tengo ni idea de cuándo podré enviar esto, no será desde aquí. Seguro que te llamaré mucho antes de que lo recibas. Es como un mensaje en una botella, lanzado al océano para que lo arrastre hasta alguna orilla futura.

Pero quiero hablar contigo, aunque sea en una carta que tal vez no recibas hasta dentro de unas semanas. La tinta de los bolígrafos Bic no se agota, ¿verdad? Eso explicaría su popularidad global.

Basta de hablar del bolígrafo. ¿Por dónde empezar?

Estamos en las montañas. Para llegar aquí hay que subir a pie, no hay carretera, solo un sendero.

Es de una belleza casi ridícula. Esta casa con una sola habitación en mitad de un campo en la ladera de una montaña, que es impresionante incluso para como son las montañas. Oigo el rumor de la cascada cercana, que cae fluye, sí, desde el glaciar que hay en lo alto de la montaña. Desde una de las dos minúsculas ventanas —es notable que casi no haya ventanas a pesar de la vista— podemos ver la llanura que se extiende abajo. Las montañas están cubiertas de hierba, pero el llano, al ser volcánico, es de roca negra, con manchas de musgo verde neón y charcas termales del color de las piscinas por la noche. Ese color aguamarina tan intenso.

Vamos desnudos cuando hace suficiente calor, unas horas al mediodía. Añade «pasear desnuda por una montaña en Islandia» en tu lista de cosas para hacer. Bajo la categoría general «Ir a Islandia».

Me gustaría saber si ha llegado ya alguna de esas cartas de la facultad de Medicina. Sé que no tengo muchas probabilidades con mi, digamos, poco ortodoxo currículo, pero quiero pensar que dejan al menos algunas plazas para los poco ortodoxos, es decir, para la gente como yo. Y basta con que me admitan en una.

Estar tan lejos me ha ayudado a pensar mejor en mi nueva vida. Quiero una nueva vida para ti también, pero eso, sospecho, daría para otra carta. En cualquier caso, creo que podría sanar a la gente. Me gustaría intentarlo.

Y sabes que tengo esperanzas. ¿Por qué no tenerlas? Me encanta el nuevo futuro, suponiendo que sobrevivamos al presente. Y suponiendo que sobrevivamos al presente de un modo u otro, vamos a necesitar más médicos, más que nunca.

Tengo conmigo un ejemplar de *El molino del Floss*: «Habían entrado en un territorio agreste lleno de espinas y las puertas doradas de su infancia se cerraban tras ellos para siempre». ¿Cuánto nos gusta George Eliot?

¿Crees que de verdad es posible sobrevivir a nuestra infancia?

Besos,

ROBBIE

Cuando Garth termina su rutina de bailes y saludos y se marcha, Chess y Odin vuelven a su mundo privado. La presencia de Garth, por fugaz y remota que haya sido, ha resultado ser una incursión mayor de lo que ella esperaba.

Y ahora llega el mensaje de Garth: «Dios mío. Esta hecho un HOMBRE. Es nuestro hombre», etcétera.

Odin coge el conejo azul pero no lo lanza. Estira el brazo y lo sujeta, lo observa, como si fuese... no nuevo, pero como si acabara de comprender que es un gemelo idéntico al conejo que conoce.

Odin no puede relacionar al conejo con Garth. Es imposible.

Las clases empiezan en menos de una hora. Ha llegado el momento de preparar a Odin para su siesta, lo cual requiere un preludio de Ahora Vamos a Tranquilizarnos. Pero antes, Chess tiene que hacer una cosa.

De vuelta en el dormitorio —¿dónde va a ir si no?—, Dan está trabajando en una nueva canción. ¿Qué otra cosa puede hacer, ahora que lo de la cena está decidido?

Nunca pensamos en las maldiciones y los hechizos
No conocíamos todos los infiernos

No es buena. A empezar otra vez.

Nathan vuelve a poner *Escuela de Rock*. Ahí está Jack, quitándose la camisa en el escenario, lanzándose sobre una multitud que no le recoge, tendido bocabajo en el suelo. Mientras la ve, Nathan escribe un mensaje de texto:

> Nathan Walker-Byrne
> Hoy 15.00
>
> PD chicos voy a dirigiros a la victoria en *Legends* porque lo único que he hecho es jugar y cascármela ahora soy un VERDADERO DIOS en las dos cosas así que obedecedme cuando hable nos vemos está noche, pero CALLADITOS ¿OK? Aquí hay micrófonos ocultos.

Violet, en su dormitorio, se da cuenta de que nadie va a ir a consolarla. Se acerca al espejo con su vestido amarillo para

recordarse a sí misma lo guapa que es cuando se lo pone.

Su madre aparece detrás de ella, reflejada en el espejo.

—¿Has visto mi nota? —dice Violet, hablándole al reflejo de su madre.

—¡Ajá!

—Ten más cuidado, ¿vale?

—Cariño...

El rostro de su madre se ensombrece. Es una persona transparente. Violet es más misteriosa, domina mejor eso que hace poco ha aprendido a llamar «porte». Violet tiene práctica ya en aparentar estar tranquila y dominarse, como Sara en *La princesita*.

—Creo que mi favorito es el vestido azul —dice la madre de Violet.

—¿No te gusta este?

—Me gustan todos tus vestidos. Pero creo que el azul te queda muy bien.

—Este es mi favorito.

—Es muy bonito. Pero el amarillo puede ser... difícil de llevar.

La madre de Violet no siempre es coherente. Violet continúa hablando con el reflejo de su madre.

—Aún me vale —dice.

—No quería decir que sea difícil de poner. Quería decir... Da igual. Ponte el amarillo. Ponte lo que quieras.

—No te gusta este vestido —dice Violet.

—Me encanta. Me encanta todo lo que haces. Las ventanas están todas cerradas. Esta noche cenaremos pollo. No pescado.

—Vale.

—Y, de verdad, tienes razón en todo. No dejes que ni yo ni nadie te llevemos nunca la contraria. Sobre ninguna cosa.

Un segundo después, el reflejo de su madre desaparece. Violet está otra vez sola en el espejo. Quizá en el interior del espejo viva una madre diferente, casi idéntica a la verdadera pero mayor y más

enfadada. La madre del espejo puede ser el ser futuro yo de su madre, invisible cuando la miras directamente, pero revelada por la verdad del espejo. Cuando el reflejo de Violet da media vuelta, el espejo le devuelve a una niña muy guapa con un vestido que flota y brilla, un vestido del color de la luz del sol, un vestido que escogió para ella Robbie, que, cuando regrese, querrá vérselo puesto. Robbie no envidia a Violet, no quiere que dude de sí misma ni que se sienta menoscabada ni que cuestione su creciente conciencia de sí misma como alguien agraciado, con dotes y elegancia, la niña de un cuento sobre una niña como ella. Robbie volverá pronto y, cuando esté aquí, el mundo no solo tendrá más sentido, sino que estará más impregnado de bromas y esperanza, con la chispeante generosidad y el buen corazón que Robbie se llevó consigo cuando se fue.

De: Chess Mullins
Para: Garth Byrne
Asunto: Re:

Garth:
Me alegro de que hayas visto a Odin, y de que te conmoviera tanto verlo.

No obstante, tengo que decirte que me desconcierta la frase «nuestro hombre». No es nuestro hombre. Es un bebé. Es mi bebé. Tú no eres uno de sus padres. Lo soy yo.

Acordamos que Odin te conociera. Eso lo dejamos claro. Pero hasta ahí llegaba y llega todo. Tengo la impresión, por tu mensaje, de que has empezado a pensar en nosotros como una especie de pareja, y no lo somos. Quiero que Odin conozca al hombre cuyos genes lleva. Pero no quiero que se sienta confuso respecto a lo de tener un padre y una madre tradicionales.

Ha sido raro, más de lo que esperaba, estar en la ventana sujetando a Odin mientras tú sonreías y le saludabas desde la calle. Estoy segura de que tampoco ha sido fácil para ti, digas lo que digas en tu mensaje. Ha sido como si fuese algo levemente arquetípico, una mujer sosteniendo a un niño para que un hombre lo vea a través de una ventana.

Tenemos que reflexionar sobre nuestros límites. Tal vez sea mejor que te apartes por un tiempo. De Odin y de mí. No creo poder darte lo que pareces querer de mí. Lo siento. Espero que lo creas.

Chess

—¿Diga?

—Hola, papá.

—Isabel, hola. Cuánto tiempo.

—Te llame anteayer.

—¿Ah, sí? Los días son muy parecidos. Se pierde la noción del tiempo.

—A mí me pasa.

—¿Estás bien? ¿Están bien Dan y los niños?

—Sí. Relativamente. Quería asegurarme de que tú estás bien.

—Estoy bien, cariño. Me he hecho un huevo pasado por agua para comer.

—Suena bien.

—Tu madre nunca lo habría permitido. Huevos para comer. La caída de la civilización.

—He pensado mucho en mamá.

—Es una lástima que no podamos ir a verla. No sé qué quedará de las flores que le llevamos la última vez.

—Tulipanes. Eran tulipanes.

—Ahora solo quedarán los tallos.

—Papá.

—¿Sí, cariño?

—He pensado mucho en mamá.

—Yo también.

—No quiero decir que no piense en ella todo el tiempo. Pero me

he estado preguntando si crees que era feliz. Sé que es una pregunta un poco imposible.

—No le habría gustado lo de los tulipanes. Eso te lo garantizo. Un jarrón lleno de tallos.

—Fui muy dura con ella.

—Tienes carácter. Como tu madre. ¿Sabes que no quería casarse conmigo porque yo no era muy buen bailarín?

—Lo sé, me lo habías contado. Es gracioso. Pero últimamente he pensado en las discusiones que teníamos ella y yo.

—Ni era católico, ni sabía bailar. Dos cosas en mi contra.

—Sí. Y a pesar de todo se casó contigo. Es una historia genial.

—Soy un tipo muy decidido.

—Sí.

—Me apunté a clases en la academia de baile Arthur Murray. Y me convertí. No es que ser adventista del Séptimo Día me importase mucho, tanto da una cosa como la otra.

—¿Has ido a misa? Seguro que se puede asistir por Zoom.

—Cariño, lo de ir a misa era cosa de tu madre. Yo la acompañaba hasta que... ya sabes.

—Me alegro de que nuestra casa no estuviese llena de crucifijos, figuras de santos y cosas así.

—Tu madre no era de esas. Nuestra casa siempre tuvo un aspecto muy normal, ¿no crees?

—Sí. Muy normal.

—Lo que sí quería era que tu hermano y tú fueseis a misa. En realidad, mi alma inmortal le daba un poco igual. Le preocupabais mucho más Robbie y tú.

—Alguna vez discutimos por eso. Como por todo.

—Las madres y las hijas tienen sus diferencias.

—Pero siento que fui realmente espantosa. Le dije cosas horribles.

—Seguro que no se las tomó en serio.

—Pero no lo sabes.

—No recuerdo hablar de eso. Al irnos a la cama estábamos demasiado cansados. En aquel entonces trabajábamos mucho.

—Lo sé. Los dos trabajasteis mucho. Lo sé.

—Y piensas que ya lo hablarás después, cuando tengas tiempo.

—Intenté volver a casa.

—No se puede hacer gran cosa si estas tirado en un aeropuerto, ¿no?

—Robbie también.

—Venía de camino. Los dos veníais de camino. Nadie nos dijo que pudiera ser tan rápido. Deberían avisar de esas cosas.

—Supongo que en realidad no lo saben. Estoy casi segura de que eso sí lo dijeron. Que era difícil saberlo.

—¿Te acuerdas de aquel médico joven? Green, creo que se llamaba Green. O Rose. Algo así. ¿Puede ser que se llamase Green?

—Creo que se llamaba Greenblatt. Papá, no debería estar dándote la lata con estas cosas.

—No me estás dando la lata. Me gusta saber de ti.

—¿Necesitas alguna cosa?

—¿Yo? Qué va. Nina deja la compra en la puerta.

—¿Y lo desinfectas todo?

—Lo que me gustaría es cambiar las flores de tu madre.

—No hay ninguna floristería abierta.

—Pues al menos retirar los tallos. No me gusta un jarrón lleno de tallos viejos.

—Veré qué puedo hacer.

—Eres una buena chica. Robbie y tú sois buenos chicos. ¿Qué sabes de Robbie?

—Sigue en Islandia.

—Lo sé.

—Estoy un poco preocupada por él.

—Que yo sepa, Islandia no es un país peligroso.

—Todos los sitios lo parecen, ¿no crees?

—He oído que Islandia es bastante seguro. Me mantengo al día de las noticias.

—Lo sé.

—Islandia. Y nosotros que pensábamos que ir a Fort Lauderdale en verano era el no va más...

—Creo que puedo acercarme al cementerio y quitar las flores viejas.

—Te lo agradecería. Y tu madre también.

—Es raro. Yo quiero retirar algunas de las cosas que le dije a mamá hace años y tú quieres librarte de las flores viejas.

—Perdona, no te he oído. Ha pasado otra ambulancia. Esas sirenas meten mucho ruido.

—Te decía una cosa de mamá.

—Siempre dijo que yo era un tipo que se abrió paso bailando hasta su corazón.

—¿Dijo algo de mí? Ya me entiendes, al final. Siento volver a preguntártelo.

—Estaba medicada. El doctor Green dijo que era lo mejor.

—Para no tener dolores.

—Yo estuve allí. Y Zara también. Y aquella enfermera tan maja, he olvidado su nombre.

—Lavinia. La enfermera se llamaba Lavinia.

—Eso es, Lavinia. Una afroamericana. El joven doctor Green podría haber aprendido de ella cómo hablarle a los pacientes.

—Así que mamá no dijo nada. Estaba demasiado drogada.

—Se murió muy tranquila. Espero que el doctor Green no le diese una dosis demasiado alta, pero no queríamos que sufriera, ¿no?

—Puedo acercarme al cementerio y quitar las flores. Yo iré.

—Gracias. Pero ten cuidado.

—Lo tendré. Te llamo mañana.

—Gracias.

5 de abril de 2020

Querida Violet, dentro de quince años:

Nunca pensé que te escribiría una de estas cartas, una carta a tu ser futuro. En realidad, no soy de esas madres. En realidad, no soy de esas personas.

Pero resulta que te la escribo porque sospecho que nunca lo haré cuando los tiempos dejen de ser tan extraños.

Las cosas claras: no habrá revelaciones sobre una herencia secreta, bueno, ni sobre ningún secreto. No quiero que te imagines algo que no voy a darte.

Es esto.

Desde que estamos encerradas juntas, te he visto de modos en los que no te había visto y probablemente no volveré a verte. Porque hemos tenido, Dios lo sabe, mucho tiempo para estar a solas.

Hoy me has irritado ya dos veces. Y he sido fría contigo, he hecho esa cosa tan de madre: «Muy bien, haz lo que quieras, no me importa». Ese (créeme) es uno de los pocos métodos que tiene una madre para contraatacar.

Como madre, casi no hay con qué contraatacar a una niña de seis años. Usas lo que tienes porque tu hija no tiene compasión. A tu hija le traen sin cuidado tus sentimientos y puede odiarte y decírtelo, con todo lujo de detalles. Y así es como debe ser.

Dicho eso, ¿quién querría oírse decir que estás dejando entrar algo mortífero porque dejas abierta la ventana, para luego pasar a que has engordado tanto que tu hija ya no quiere mirarte? Probablemente tuvieses razón, no en lo de la ventana abierta, pero sí en lo de que estoy

engordando (puede que sean solo cuatro kilos), pero da igual. Puedes decirlo. Estás totalmente autorizada a decirlo. Estás totalmente autorizada a mirarme con odio mientras me dices que ya no quieres mirarme.

En realidad creo que son cinco kilos. He dejado de pesarme. Ya sé que no he sido muy elegante cuando me dijiste que no querías mirarme. La verdad es que yo tampoco quiero.

Así que el único contraataque de la madre vieja y gorda que no está muy entusiasmada con oír la verdad es decir: «Vale, muy bien. Pues se acabaron los mimos, se acabaron los cuentos a la hora de dormir, y supongo que, a partir de ahora, te comprarás tú tu ropa».

Mi madre me lo decía a mí. Todavía estoy recuperándome de la impresión de habértelo dicho yo a ti. Me gustaría pensar que no se lo dirás a tu propia hija SI decidieses tener una, cosa que NO TIENES POR QUÉ HACER, te digan lo que te digan.

Quiero estar segura de que no te equivocas en eso. Te quiero, probablemente más de lo que jamás pensé que podría querer a alguien, pero por favor no dejes que nadie te convenza de que has inventado historias sobre una madre que de pronto podía volverse fría y distante contigo. No las has inventado.

Una madre no es inocente. No puede serlo. Se le pide demasiado. No dejes que un terapeuta te convenza para reconocer tu propia responsabilidad.

Sé lo raro es que es decir cosas así. Pero más vale que lo sepas. Y supongo que también lo digo para que creas lo que te voy a decir a continuación.

Eres una persona extraordinaria.

Lo cual no es solo una muestra de sentimentalismo materno.

La mayoría de las madres creen que sus hijos son personas increíbles y singulares. La mayoría de las madres se equivocan. ¿Cuántas personas increíbles y singulares conoces, al margen de lo que piensen sus madres de ellos?

En tu caso es cierto. Lo de ser extraordinaria. La verdad es que podría habérseme pasado por alto si todo hubiese sido normal, si todo hubiese consistido en llegar al trabajo a tiempo, a la vez que te llevaba al colegio y organizaba citas para que jugaras con tus amigos, lo cual se complicó mucho después de que el tío Robbie se mudara a otra casa y que tu padre

empezase a trabajar en serio en su música. Además de intentar convencerte de que no te pusieses algunos modelitos ciertamente espantosos. Por favor, utiliza esa cosa de color amarillo canario con volantes como ejemplo de lo que NUNCA NUNCA deberías ponerte. No puedo creer que el tío Robbie te lo comprase: él tendría que saber mejor que nadie que los blancos nunca deberíamos vestirnos de amarillo.

Pero eso son las madres y las hijas en tiempos normales, ¿no? En cierto modo es como llevar un negocio juntas. Estamos en el negocio de hacerte crecer con los menores daños posibles, hacemos todo lo posible para que el negocio siga a flote. Ropa nueva que respete tu incipiente sentido del estilo, tres comidas al día y nada de esa porquería precocinada, aunque sea la que prefieres, el esfuerzo constante de ser firmes pero generosas, etc., etc., etc. Mientras mantienes un poco de tu autoestima. El negocio absorbe tanto tiempo y atención que no llegamos a conocernos en profundidad.

A menos que nos quedemos aisladas en el minúsculo planeta que es nuestra casa. Lo cual me ha dado ocasión de verte de modos que de otra manera no habría visto.

He visto lo paciente que eres con tu hermano y con tu padre. Bueno, con tu padre; nadie espera que una niña sea paciente con su hermano mayor. Pero ¿cuántas niñas de seis años encerradas en casa, cuando deberían estar saliendo al mundo, serían como tú? ¿Cuántas niñas de seis años en una situación como esta pensarían en los demás antes que en sí mismas?

Por ejemplo, esta mañana, cuando tu padre se echó a llorar después de que Nathan y él tuviesen esa discusión, fuiste con él y te quedaste a su lado, solo te quedaste ahí, como... ¿qué? Supongo que como su cómplice en un momento de desolación desquiciada. Supiste que un abrazo habría sido demasiado, que le habría humillado un poco. Así que fuiste y te quedaste a su lado. Supiste hacer eso.

No es que sea un gran ejemplo, pero no tengo muchos ejemplos... En fin, no es como si hubieses salvado de ahogarse a un bebé o nos hubieras rescatado de un incendio o algo por el estilo. Aunque no hace falta haber hecho nada de ello para ser una persona extraordinaria. Probablemente las madres estén atadas a una vida de disculpas. Pero ese también es un asunto para otro momento.

No soy la mejor madre del mundo, pero tengo mi parte de lo que

llamaré CONTROL DE ESTABILIDAD maternal, que parece venir incluido de serie. Soy consciente de tu, ¿cómo llamarlo?, humanidad precoz. De las profundidades de tu ser, si es que eso no te resulta demasiado cursi para soportarlo.

Tu padre solo puede concentrarse en su música y en hacer que las cosas sigan en marcha, día a día. Tu hermano vive arriba. Y yo, no sé, estoy aquí, pero es como si ya no fuese tan útil como antes para nadie, ni siquiera para ti. Supongo que en realidad no estoy del todo AQUÍ.

Espero que, cuando leas esto, seamos de esas madres e hijas que pueden hablar del chico con el que estés saliendo, de esas madres e hijas que salen juntas a comer, etc., pero tengo la sensación de que no lo vamos a ser. No me entiendas mal, me encantaría. Pero es mi sensación.

¿Te parece ridículo si te digo que una de mis mayores alegrías, hoy una de mis únicas alegrías, es conocerte? Solo conocerte.

P. D. Cuando leas esto, estoy segura de que Nathan y tu padre se llevarán de maravilla. Espero que cuando eso ocurra no sea demasiado doloroso para ti. Son cosas de padres e hijos. EN REALIDAD son cosas de padres e hijos cuando están encerrados juntos veinticuatro horas los siete días de la semana.

P. P. D. No lamento lo del vestido amarillo. Lo que lamento es haber sido tan mala con lo del vestido amarillo. Por lo visto tú y yo hemos discutido un poco últimamente, lo cual supongo que es de esperar entre una madre y una hija. Pero admito que no lamento mucho lo del vestido mismo. El amarillo, como ya te he dicho, no te favorece; en realidad el amarillo no favorece a casi nadie, pero es una de esas cosas que solo te dirá una madre.

Todos los demás colores te quedan genial. Créeme también en esto. Eres preciosa. Has traído contigo al mundo una especie de humanidad extraordinaria, y puedes estar segura de eso, siempre. Por favor, intenta que nadie te convenza de lo contrario.

Con cariño,

MAMÁ

Garth Byrne
Hoy 14.30
Sé que no somos una pareja lo sé pero sigo siendo el padre de Odin ok

Chess Mullins
Hoy 14.31
¿Cómo decirlo para que lo entiendas?

Hoy 14.31
Esfuérzate

Hoy 14.32
Te llamé porque somos amigos y pensé que respetarías los límites.
Es raro escribirlo en un mensaje de texto, ya lo sé

Hoy 14.32
Muy raro

Hoy 14.33
Deberíamos hablarlo. Y digo HABLARLO.

Hoy 14.33
¿A través de una ventana?

Hoy 14.33
No. Deberíamos esperar hasta que sea menos peligroso

Hoy 14.34
Para entonces podría estar muerto

Hoy 14.34
Eso es muy teatral

Hoy 14.34
Ahora mismo me siento teatral

Hoy 14.35

De acuerdo. Lo mejor que pueda, con las teclas de mi móvil.

Eres mi amigo. Eres un artista de talento

Hoy 14.35

Gracias

Hoy 14.35

Y tienes lo que llamo fuerza personal.

Estoy segura de que sabes lo que quiero decir

Hoy 14.36

Tb soy alto con rasgos simétricos es cosa del ADN

Hoy 14.36

No he sido tan fría

Hoy 14.36

Podría pasar x frialdad si lo miras entornando los ojos

Hoy 14.37

Esta es una manera demencial de tener esta conversación

Hoy 14.37

Te llamo

Hoy 14.37

¿Ahora?

—Hola, Garth.

—Lo has cogido.

—He estado a punto de no hacerlo.

—Es lo que he pensado al quinto timbrazo. ¿Qué decías de los hombres con fuerza personal y, ya me entiendes, un buen ADN?

—Decía que no he sido tan fría como pueda parecer.

—Pues suena un poco así, ¿no crees?

—No quiero un hombre en mi vida. Nunca he querido un hombre en mi vida.

—Pero...

—Lo sabes. No me gustaba la idea de un donante anónimo. Lo sabes. Lo hemos hablado.

—Confías mucho en que «lo hemos hablado».

—Siento que tengo alguna responsabilidad.

—Por lo que ocurre.

—Creo que te he metido en la vida de Odin más de lo que debería.

—Y, oye, he sido mucho más barato que una niñera.

—Y, oye, habíamos acordado que te conocería cuando creciera. Lo que pasa es que se nos ha ido un poco demasiado de las manos…

—El plan era más bien que fuese a por pañales de camino a casa.

—Por favor, no simplifiques más de la cuenta.

—Que cuidara de él los días que tenías clases. Cuando había clases.

—Dije que asumieses cierta responsabilidad. ¿Te sonó eso a que soy una bruja que te empujaría debajo de un autobús cuando ya no te necesitara?

—No quería decir eso.

—Lo sé. Sé que estás disgustado.

—Estoy muy disgustado.

—Lo sé.

—Nunca pensé que pudiera querer tanto a ese cabroncete. Espera un minuto. ¿Crees que es demasiado masculino llamarlo así? ¿Cabroncete?

—No. Yo también le llamo así.

—Entonces ¿eso que he oído es una risa?

—Mi reputación de mujer sin corazón y sin sentido del humor solo es real en parte.

—No debería decir lo que quiero decir.

—A lo mejor no deberías.

—Pero es que te veo en él, y luego lo veo a él en ti. Y me afecta. Me parte el corazón, aunque sea un poco. Lo siento.

—No tienes que disculparte.

—Creo que lo que intento decir… es que veo una especie de cualidad en ti que también veo en él.

—Tiene muchas cualidades, y por lo que he podido comprobar son propias.

—Vale. Lo que veo es esto: es difícil explicarlo, esta especie de gravedad que es invisible en él y en ti, pero yo la siento, la veo, y lo que siento y lo que veo en el niño es lo mismo que lo que siento y lo que veo en ti. Quiero decir que es nuestro. Debería dejar de hablar, ¿no?

—Desde luego.

—¿Pensarás en no dejarme fuera?

—Lo pensaré, sí.

—¿Puedo al menos volver y hacer otro bailecito en la acera para él?

—Lo pensaré.

—Genial, sí. Por favor, piénsalo.

Isabel baja las escaleras y sale a la calle. La luz de la tarde no calienta y parece coagularse en el aire más que emanar del cielo, como un brillo débil y permeable que no procediese del sol. No hay coches. No hay nadie en la acera. La calle, despoblada, bañada en esa luz que no procede de ninguna parte, podría ser una fotografía. En la acera de enfrente, el Hospital de Zapatos sigue cerrado, con el cartel apagado. El reflejo de la calle misma roza el escaparate. Detrás del cristal y de lo que refleja está el mapache (o tal vez sea un zorro), apenas visible, todavía alzando el martillo de zapatero, que nunca baja. A varias manzanas de distancia suena una sirena.

Pasa un minuto, y otro, antes de que Isabel se ponga en camino. Hay cuatro kilómetros hasta el cementerio.

Se ha embarcado en la más absurda de las misiones: retirar de la tumba de su madre una docena de tulipanes que llevan muertos mucho tiempo. Solo le importa a su padre, y si ella se limitara a decirle que lo ha hecho, él no podría comprobarlo.

Pero aun así va a hacerlo.

Duda de si se demorará en la tumba. Robbie y ella se opusieron al entierro; habrían preferido la cremación y esparcir las cenizas en el East River, pero su padre fue inflexible («No puedo quemarla y arrojarla al agua»). El de su padre fue, tenía que ser, el voto decisivo.

Luego vino la búsqueda de una parcela en el cementerio de Green-Wood, donde los terrenos de primera son limitados. Y la

compra del ataúd, de la lápida (granito, mármol, piedra natural), la discusión sobre la inscripción, que (de nuevo el voto de calidad) quedó en «Amada esposa y madre». Si su padre hubiese aceptado la cremación, Isabel y Robbie se habrían ahorrado sus propios chistes sobre la inscripción la noche de la ceremonia, después de tres martinis («No era tan mala»; no, espera, mejor: «Esto no quiere decir que ahora puedas tocarle las narices») y la vergüenza a la mañana siguiente. Lo cierto es que se pasaron bastante.

Aunque a su madre le da igual, un cementerio no es lugar para ella, una amada esposa y madre.

No obstante, Isabel irá hasta allí y quitará los tallos. No se demorará en la tumba, pero no le molesta la idea de pasear por el cementerio, entre los pináculos, pirámides y obeliscos, el ángel con la cara borrada (uno de sus favoritos) sentado con el regazo cubierto de rosas de piedra erosionada, el tipo de ángel en el que creería Isabel si creyese en los ángeles: entidades con forma humana, pero sin rasgos humanos identificables. A Isabel no le desagrada la idea de un paseo por el cementerio, una necrópolis con sus capillas y palacios, sus héroes y ángeles entre las lápidas sencillas, todas esas manifestaciones de las multitudes —tanto famosas como desconocidas— que, al menos, ya no tienen miedo a morir.

5 de abril de 2020

Querida Isabel:

Carta número dos. No te lo he contado todo en la primera carta de hoy, que, por cierto, está encima de la mesa esperando el día en que Wolfe y yo volvamos a la civilización y encontremos una oficina de Correos. También hay una carta dirigida a los críos, que escribí antes.

Creo que debería contártelo. No me encuentro muy bien. No tengo ganas de bajar. Y Wolfe se ha ido de excursión.

No estoy preocupado, no mucho.

Esta tos que tengo no ha ido a mejor precisamente, pero tampoco ha empeorado. Estoy bastante cansado, pero todas las personas enfermas y nerviosas lo están.

Habría sido una buena idea traer una paloma mensajera.

Hablando de pájaros, aquí hay un búho que no aparece en las guías. Son pequeños, no mucho más grandes que una paloma, y de color gris parduzco. De noche vuelan por todas partes. El cielo está lleno.

Las noches son increíbles. Hay un completo silencio y reina la oscuridad, o como mucho la Tierra está a oscuras pero el cielo resplandece con los satélites, las galaxias y las naves espaciales, por no hablar de todos esos búhos y otros animales alados que parecen murciélagos, pero no lo son, es difícil saber qué son. Podrían ser conejos voladores, pero tampoco son conejos.

Asusta un poco, no lo voy a negar. ¿Quién no tiene miedo a la noche? No sé cómo decirlo, pero las noches se sienten como esta gigantesca oscuridad iluminada a la que podría uno unirse, de la que podría formar parte.

Aquí se tiene la sensación de que no hace falta dejar fuera la noche. Dicho lo cual, no sé si es una buena idea dejarla entrar. En la habitación en la que estoy, la lámpara de queroseno es un poco chillona, pero eficaz y... ¿cómo explicarlo? ¿No hay una fábula sobre la casa y el bosque, y ambos lugares son peligrosos? Es probable que me lo esté inventando.

Me alegro de haber tenido el sentido común de meter en la maleta un ejemplar de *El molino del Floss*. Es incluso mejor de lo que recordaba. Por favor, añádelo a tu lista de cosas por hacer: «Volver a leer *El molino del Floss*».

De acuerdo, estoy nervioso. Tengo un poco de miedo. En la carta que he escrito a Nathan y a Violet por supuesto no digo nada de, ya me entiendes, de nada. Sé que tú y Dan sois geniales con ellos, pero es muy raro no estar allí mientras ocurre todo esto.

Quiero decir, ¿cuánto tiempo deberían estar sin la influencia orientadora y la elevación espiritual que solo puede darles su tío?

Es una broma. Evidentemente. Espero que sea evidente.

¿Recuerdas cuando tenía seis años y me mordió el perro de los Nauman? En realidad, la culpa no fue del perro; fui un poco bruto con él, ¿y cuánto se supone que puede tolerar un caniche enano sin ponerse nervioso? Pero desde entonces me dieron miedo los perros. Quiero hacer un chiste sobre mi trauma con los caniches enanos, pero no me sale. Por favor, Dios, mío, no me prives de mi sentido del humor. Además, no estoy seguro de cuándo fue, probablemente un año después; íbamos los dos camino de la escuela y nos cruzamos con un hombre que llevaba un perro con una correa (¿un sabueso?), y yo eché a correr en la dirección opuesta, pero tú me cogiste de la mano y le preguntaste al hombre si podía acariciar al perro, dijo que sí y pusiste mi mano asustada y temblorosa en la cabeza del animal. Me susurraste. No recuerdo qué me dijiste, debieron de ser palabras para tranquilizarme, pero yo lo recuerdo como si fuese música, como si me cantases; le acaricié la cabeza al perro y él movió la cola y todo fue bien y ya no volví a tener miedo a los perros (es una frase atropellada, no se la habría tolerado a mis alumnos de sexto, pero no se puede borrar la tinta y además es posible que no tenga la cabeza muy bien del todo

Es posible que no. Es difícil decirlo. Pero quiero que sepas que tengo un recuerdo muy vívido de ti cantándome aunque estuvieses hablándome mientras yo acariciaba la cabeza de un sabueso y ya no le tenía miedo a

los perros.

Quiero decirte que me acuerdo.

También quiero decirte esto.

Tengo miedo, no lo voy a negar. No imaginas lo enfermo que estoy. Pero también hay otra cosa. Quiero asegurarme de que lo sepas.

Creo que nunca he sido tan consciente de la gloria del mundo. Aquí arriba, donde vemos la misma vista todo el día, todos los días, y no se puede negar que es una vista increíble, pero no voy a intentar describírtela, no se me dan bien estas cosas. Hierba, glaciar, río cielo... ya sabes qué hacer con esa información.

A propósito, no son solo las noches. Aquí el cielo canta de día. Hay que escucharlo. No es una voz alegre, no exactamente alegre. ¿Recuerdas cuando éramos adolescentes, esa broma que teníamos de que no queríamos ir al cielo si para eso debíamos llevar túnicas blancas y estar volando alrededor de un cáliz todo el tiempo? ¿Y que pasar la eternidad en una ciudad de fuego parecía mucho más interesante? Tal vez fuiste tú quien dijo eso. Eras una chica mala. No hace falta decir que por eso te quiero.

En cualquier caso, cuando el cielo canta de día me recuerda más a un canto gregoriano, aunque no sea exactamente así. Es una especie de rumor musical, es profundo y diría que sonoro, pero tampoco es del todo correcto. Es reverente a su manera, pero no suplicante, es como si Dios cantara para sí mismo...

Digamos que el cielo aquí es de un azul de una intensidad increíble y que a veces canta, y que luego vuelve la noche y llegan las estrellas y los satélites.

Siento que estoy entendiendo todo mal. Y no estoy muy seguro de lo que veo y oigo en contraposición a esto.

Lo que intento decir es que aquí siento que el tiempo me atraviesa, atraviesa el mundo, de un modo que nunca había sentido. Siempre ha sido: suceso + suceso + suceso = a lo que sea. No me malinterpretes, ADORO los sucesos, me gusta ponerme un modelito nuevo y esperar a ver qué pasa, pero no me importa tener un periodo de tregua. El cielo canta y el río sigue fluyendo hacia una cascada que está más o menos a dos kilómetros de aquí, y eso es lo que pasa, eso es lo único que pasa. Todo lo que hago es contemplarlo y leer mi libro. Tengo una de esas ediciones nuevas en las que Tom y Maggie no tienen el accidente. Está el libro, la

hierba y el cielo. Y Wolfe. Justo cuando empiezas a pensar que tal vez vayas a estar solo el resto de tu vida.

El calendario de la pared susurra. Creo que el calendario susurra. O será el viento. El calendario, si es que susurra, dice cosas como «daga» y «klukkustund», que juro que oigo, pero no entiendo. No se puede pretender que un calendario en Islandia hablase inglés, ¿no?

Nunca me he sentido así, como si el tiempo mismo fuese el único acontecimiento, y estuviese aquí con él y no me hiciera feliz. No quiero decir que no me haga feliz, hace que la felicidad parezca dulce y pequeña, como un juguete. Esto es otra cosa, es una sensación cuyo nombre no conozco y tengo suficiente sentido común para no intentar inventar uno.

Estoy seguro de que me pondré mejor, dentro de un día o dos. Entretanto, es hora de echar un sueñecito.

P. D. Creo que veo a Wolfe llegar por el camino.

Abrazos y muchos besos,

ROBBIE

5 de abril de 2021,
por la noche

La oscuridad llega pronto a la casa del bosque. La casa, con un abeto noruego en la fachada sur y un roble rojo entre ella y la carretera, está envuelta en sombras dos o más horas al principio de la tarde, según la estación, mientras el cielo sigue iluminado en lo alto. A esas horas las luces de las ventanas brillan bajo un cielo que aún se desliza hacia la noche, el azul cambia a lavanda, luego a una penumbra, hasta que por fin la casa y el cielo habitan la misma oscuridad.

El cielo en este momento es un intrincado calado de brillantez que resplandece entre las ramas y las hojas del abeto y el roble. El suéter de algodón blanco que lleva Isabel emite su propia luz tenue cuando sale al porche delantero. Nathan, de pie a su lado, vestido de negro, es una sombra con forma de chico.

—¿Estás preparado para lo de mañana? —pregunta Isabel.

—Supongo.

—Habéis escogido un buen sitio. A él le habría gustado.

—¿Cómo sabemos qué le habría gustado?

—Lo conocía bastante bien.

Isabel repara en el esfuerzo de Nathan por seguir callado y contenido, por no quebrarse, aunque su respiración es un poco agitada. Ella sabe que no debe aludir a eso.

—Sí tú lo dices —responde Nathan.

—Se contagió en Islandia. Estaba a miles de kilómetros. Habría dado igual si se lo hubieses contagiado tú, pero no. No tuviste nada

que ver.

—Violet también podría haber muerto. O papá.

—Violet se curó. Tu padre se curó. Tu padre apenas tuvo síntomas.

—Robbie no se curó.

—Robbie tenía una afección cardiaca.

—Violet también.

—Es más grave si eres mayor —dice ella.

Nathan asiente con la cabeza, dispuesto a colaborar —siempre está dispuesto a colaborar—, pero nada convencido. Necesita oírlo una y otra vez. Isabel está dispuesta a decírselo una y otra vez. Le gustaría que las repeticiones tuviesen más efecto. Que tuviesen un efecto perceptible. Aun así, se lo dice una y otra vez.

—Fui yo quien lo trajo —dice él.

—No lo sabías.

—Sí lo sabía. Pensé que no pasaría nada.

—Y no ha pasado nada.

—A Robbie, sí.

—Robbie estaba a miles de kilómetros. Robbie tenía una afección cardiaca.

Nathan asiente otra vez con la cabeza, definitivamente nada convencido.

¿Necesita, por razones misteriosas que solo él conoce, seguir siendo culpable? ¿Qué puede hacer Isabel aparte de decirle, una y otra vez, que se libere de esa carga?

¿Qué niño cree a su madre cuando ella le dice que es inocente? La propia madre de Isabel afirmaba que Isabel era culpable de casi todo, lo cual era, sin duda, un error. Isabel envidia a otras madres, que seguro que son más capaces de hacer por sus hijos lo que sus madres hicieron por ellas.

Y así la historia sigue repitiéndose. Se reitera el consuelo. Isabel piensa en las cuentas de un rosario, en cómo se van contando entre

oraciones murmuradas: repetir, repetir, repetir.

—Voy a ver qué hacen Chess, Odin y Garth —dice Nathan.

—Buena idea.

—¿Vienes?

—Dentro de un minuto. Tú ve a rescatar a Odin de los adultos.

Le dedica un gesto ceñudo y virtuoso. No soporta que ella se las dé de lista. Se le permiten la seriedad, el afecto y la preocupación, siempre que sus preocupaciones sean peculiares y absurdas, más superstición que ciencia. Es importante que esté presente, que sea atenta, benévola, un poco ilusa y totalmente incapaz de ayudarlo.

Se da la vuelta y abre la puerta, proyectando un rectángulo de luz de la casa a los tablones del porche. Isabel, ahora sola, observa cómo el cielo comienza a ocultarse entre las ramas, pasa de su incandescencia de atardecer a un fastuoso resplandor rosado.

Isabel conoce al Nathan que existe y al Nathan en el que se está convirtiendo. El niño Nathan, el Nathan del año pasado, era, es, nervioso, deseoso de caer bien y dado a las mortificaciones exageradas. Pero este año ha traído, para Nathan, un anuncio temprano del final de la infancia. Los cambios están ocurriendo. Nathan y sus amigos huelen diferente. Sus bromas y sus chistes han pasado de ser conjuros de colegial a insultos, con un trasfondo de auténtica maldad. Y, de pronto, mucho depende de los accidentes de la biología. Harrison ha crecido casi ocho centímetros. A Chad le ha brotado una cosecha de pelillos rubios en el labio superior.

Nathan también ha crecido, pero sigue siendo regordete, sigue siendo infantil, todavía más tenor que barítono. El tiempo amenaza con dejarlo atrás. Vive temiendo el día en que Chad y Harrison lo hagan oficial: Nathan es alguien a quien conocían de antes. Chad y Harrison acabarán siendo irrelevantes (Isabel apenas recuerda a una chica llamada Marion, que fue una diosa en octavo), pero, por ahora, Chad y Harrison tienen el poder de decirle a Nathan: «Supéralo, tío, tú solo querías estar con nosotros, pero no lo sabías»,

una afirmación que aún no han hecho, pero que podrían hacer si Nathan se atreviese a pedírselo. Si Chad y Harrison lo abandonan, solo tendrá a sus padres y a su terapeuta para ocultarles todo.

Así que este Nathan, que aún espera sus propias transformaciones corporales, necesita habitar plena y convincentemente el otro Nathan en cuanto pueda. El nuevo Nathan, conjurado ya a medias, es taciturno, gruñón y solo afectuoso con los demás a regañadientes. El nuevo Nathan podría ser capaz de perdonarse a sí mismo, sin necesidad de que Isabel lo haga por él.

Entretanto, hace lo posible por hablarle a un híbrido de los dos. Ve un futuro en el que este Nathan revisado es, ha sido, el único Nathan, un futuro en el que va a visitar a su hijo adulto gruñón, afectuoso a regañadientes, y en el que Nathan y ella han acordado sin palabras que nunca, ni siquiera en la infancia, fue nervioso e impaciente, y nunca lo humillaron otros chicos.

Pero esta tarde, cuando falta poco para que esparzan las cenizas, conoce a un Nathan que ya no es el del pasado, pero aún no es el del futuro: el espectro viviente de su hijo, quintaesencia a la vez que entidad, sin cualidades más específicas que la rabia, el autorreproche y la vitalidad básica e imperecedera que Isabel le conoció *in utero*, el destello de sí mismo que lo haría reconocible para ella si muriese y se reencarnara. Lo reconocería, por muy alterada que estuviese su forma exterior.

Un camión pasa traqueteando, y arrastra los granates gemelos de las luces traseras mientras se aleja a trompicones por la carretera que se adentra en la negrura del bosque. Los últimos pájaros trinan en los árboles antes de sumirse en su silencio nocturno. Isabel observa, escucha, se esfuerza por oír al búho, aunque el búho lleva semanas callado. Aun así intenta escucharlo. Hace meses que ella vive allí, pero el lugar se niega a volverse familiar. Isabel se siente aún como un viajero que no sabe si su destino en la naturaleza no es lo que había imaginado o si ha ido a otro sitio: un lugar donde el

vecino más cercano deja puestos los adornos navideños todo el año, también un Santa Claus de plástico de tamaño natural que se enciende cada noche; donde la comadreja que vive debajo de la casa de Isabel le gruñe al salir (¿qué hace exactamente ahí?); donde los tallos marrones del huerto reseco, que piensa volver a plantar, vibran bajo el viento acuoso que sopla desde el lago.

Puede que sea el lugar equivocado. O puede que sea el lugar correcto y que sus expectativas estuviesen equivocadas. Es imposible decirlo.

En el salón, Chess está sentada con Odin en el viejo y exhausto sillón rosa con mechones de relleno asomando por las costuras, como si el sillón estuviese a punto de abandonar cualquier esfuerzo necesario para seguir siendo sillón. La madre de Nathan, aquí, en este lugar, solo compra cosas rotas y estropeadas, y afirma que son tesoros, inexplicablemente abandonados en mercadillos.

Garth se ha ido a alguna parte. Solo quedan Chess y Odin.

Odin, en el regazo de Chess, pone a Boo, su conejo de peluche, delante de la boca de Chess como si el conejo fuese un micrófono. Odin no va a ninguna parte sin el conejo. Desde el día, hace meses, que el peluche se extravió (Garth, otra vez llegaba tarde porque se le averió el coche, un Uber, una cita médica), Odin se ha convencido de que cierta prerrogativa del conejo ha desaparecido, de que ese objeto peludo de poliéster es una especie de zombi. La vitalidad del peluche sigue en posesión del chófer de Uber que lo devolvió, y Odin está entregado a un constante intento de convocar al alma del conejo para que regrese. Odin insiste en que otros le hablen a través del conejo, que traten al animal de peluche y al niño como si fuesen un único ser.

Chess está hablando con el conejo. Le habla con una angustia exagerada, aunque sus palabras son inaudibles. Nathan intenta imaginar qué se sentirá obligada a decir Chess, con tanto secretismo, a Odin y al conejo.

Ella alza la vista y dice:

—Hola, Nathan.

Desde que Nathan entró en el juego, Chess tiende a hablarle en un tono bajo y conspiratorio, parecido al que utiliza cuando le habla al conejo. Le habla a Nathan, le habla a él, igual que habla a la cara eternamente sorprendida del peluche.

Nathan asiente con la cabeza. No ha desarrollado ninguna voz para responderle cuando se dirige a él con la voz del conejo.

—Eh, Odin, mira quién ha venido —dice Chess.

Odin mira ansioso, aunque con incertidumbre, a Nathan, ¿aún sigue ese chico ahí? Odin aparta el conejo del rostro de Chess y lo extiende hacia Nathan.

—Gracias —dice Nathan, pero cuando alarga el brazo para cogerlo, Odin se lo aprieta contra el pecho y emite un murmullo de desagrado. El conejo era un saludo, no un regalo.

—Boo no gustaba tú —dice Odin.

Aún no ha aprendido a distinguir el pasado del presente, pero por lo general prefiere el pasado. Tal vez el presente sea demasiado brillante y ruidoso para él.

—Da igual. A mí tampoco me gusta mucho Boo.

Odin se ríe, como si Nathan le hubiese contado algo gracioso. Odin solo se ofende cuando Nathan no pretende ofenderle.

Chess le pregunta a Nathan:

—¿Todo bien?

Nathan duda, no comprende por qué todo el mundo necesita que diga que todo va bien.

—¿Dónde está Garth? —dice.

—Por ahí, no sé dónde anda. —Una pizca de tensión se cuela en la voz cómplice de Chess. Algo le pasa a Garth. Pero, por lo visto, esto también está bien—. Creo que ha ido a pasear.

Nathan entiende el deseo, por parte de todos, de salir a pasear, de estar en otro sitio que no sea este. El salón es una mezcla de cosas que tienen sentido —el cartel firmado por Patti Smith, la alfombra

con los rectángulos y los triángulos, el olor al jabón y al perfume de su madre— y cosas que no lo tienen: la chimenea de piedras irregulares, los tablones de pino del suelo lacados con un brillo de caramelo amarillo, la lámpara del techo de aspecto barato hecha con cristales de colores.

Lo que menos encaja es la caja que hay en el estante de piedra de encima de la chimenea, tan vulgar como los demás objetos de la sala. Es de madera, color chocolate oscuro, un poco más pequeña que una caja de zapatos. Al parecer se ha hecho un esfuerzo para que parezca lo más horrorosa posible. Reposa en el estante de la chimenea con la misma placidez que el cuenco en la mesa del café (donde hay un cuaderno de espiral, tres piñas de pino y dos barajas), igual que el jarrón rojo esmaltado comprado en la feria de artesanía del pueblo.

He aquí lo que le dice la caja a la habitación: «Todo objeto, por ordinario que sea, es un artefacto de los muertos».

—¿Estás bien por lo de mañana? —se interesa Chess.

—Sí. —No hay más repuesta a esa pregunta.

Si Nathan pudiera, le diría a Chess, o a alguien, que está bien por lo de mañana como idea, pero que no le parece bien el sitio que ha escogido Violet al lado del lago. Violet está convencida de ser una niña con poderes mágicos, capaz de ver cosas que son invisibles para los demás. Nathan aceptó que fuese allí no tanto porque le pareciese bien sino porque quería acabar de una vez con esa excursión, y con la idea de que Violet y él estuviesen a cargo de todo, cuando lo que quería era que lo llevasen donde fuera, le dijeran dónde ponerse y qué hacer.

No obstante, en aquel momento —cuando salieron a buscar el sitio, hace dos semanas, un gélido sábado, con jirones de nieve todavía blancos en las sombras— le había parecido bien, o no muy mal, a pesar de la rectitud de princesa guerrera de Violet («Aquí, este es su sitio») y la necesidad de su padre y su madre de que fuera

un instante preciso. Entonces le pareció un instante preciso: el azul abrasador del cielo a finales de marzo, el lago negro-azulado bajo delicadas manchas de hielo fino como el papel, la impresión general de un mundo en pausa, disponiéndose a despedirse del inverno, pero aferrándose aún, un poco más, a su luz clara y fría, a sus arbustos sin hojas con sus racimos de bayas rojas, en el que nada zumba aún, nada se agita. En una mañana así, en la última bocanada del invierno, el lugar escogido por Violet parecía acertado, correcto. Un punto de partida para lo que ya no está vivo. Pero esta tarde Nathan ha ido andando hasta el lugar y lo ha sorprendido en el acto de despertar: los duros nudos de las ramas a punto de estallar en verde, el lago deshelado, relumbrante y en calma. Aquí llegan las flores, aquí llegan los botes. Es un sitio bastante bonito, pero no es notable ni lejano. La gente paseará sobre la hierba para llegar al lago. Ahora es imposible pensar en él como un lugar consagrado.

Violet y su padre llegarán en cualquier momento. ¿Se atreverá Nathan a decir: «Creo que deberíamos buscar otro sitio»?

Violet se pondría furiosa. Habría que consolarla. Esparcir las cenizas se recordaría como una vivencia difícil para Violet. Muchas cosas resultan haber sido una vivencia difícil para Violet.

Aun así, Nathan la cuida, más por obligación que por devoción. Nathan ya no empieza las peleas. Se esfuerza por no humillarla ni burlarse de ella. Es, al fin y al cabo, la única persona que conoce el ambiente de extrañeza en el que vive Violet.

Está la extrañeza de esta casa —que de algún modo se ha convertido en la casa de su madre— y está el nuevo apartamento de Brooklyn, donde su padre ha conservado algunos de sus antiguos muebles —el lujoso sofá de terciopelo que han tenido siempre, el cubo de latón abollado donde guardan las revistas viejas, el baúl japonés con sus cajones secretos—, pero también ha permitido la entrada a la silla de madera penosamente moderna en la que nadie

se sienta nunca, los viejos cuadrados de cartón con hojas secas pegadas con celo (enmarcados, bajo un cristal, como si fuesen valiosos), la lámpara italiana larguirucha que no da nada de luz.

Nathan y Violet van de un hogar extraño a otro. Es difícil para los dos, no solo para Violet. ¿Se ha dado cuenta alguien?

Los faros del coche asoman tenues al otro lado de la ventana. Los neumáticos crujen sobre las agujas de pino.

—Ahí están —dice Chess.

—Ahí están.

Nathan comprende que su madre los estaba esperando en el porche, cuando él creía que estaba ahí por él, por él, que es su verdadero amor, el que le presta atención, el que respeta su intimidad como persona (no es una madre muy dada a los abrazos; a Nathan no le parece mal). Hoy ha cogido un tren por su cuenta. Violet sigue negándose a creer que los trenes sean seguros.

Nathan pensó que su madre había salido al porche con él porque ella sabe, sin necesidad de que nadie se lo diga, el modo en que el día de hoy, de ayer y de mañana lo vacían. Porque su madre sabe mejor que nadie que se le hace imposible volver a entrar en el paso ordenado del tiempo, que vive en una serie de minutos que llegan y se van pero no están conectados del todo unos con otros, de manera que un día es como una veloz progresión de fotografías de las que Nathan es el protagonista. Aquí está en una habitación con Chess, Odin y un conejo azul. Aquí está girándose para ver cómo se acercan los faros del coche de su padre. Ha sentido, ha esperado, que su madre lo sepa o pueda adivinarlo de formas que nadie más puede, ni siquiera la Doctora Señora Doctora, a quien pagan para saber el modo en que Nathan se ha vaciado, se ha convertido en fotografías de sí mismo. No tiene ninguna lengua para explicar eso. Solo puede esperar que alguien —si no su madre, alguna otra persona— lo averigüe. No tiene fe en la Doctora Señora Doctora, ni en su actitud «¿Podrías decirme algo más?»; la Doctora Señora

Doctora, que no le quiere y que se tiñe el pelo de negro intenso.

Su madre le quiere. Pero no le ha perdonado, aunque se esfuerce en actuar como si así fuese.

Dan apaga el motor y los faros. La casa parece más encantadora, menos desolada y deteriorada en la semioscuridad purpúrea. Podría ser una versión en tamaño real de una casa en una maqueta de ferrocarril en la que los seres humanos viven milagrosamente entre árboles de gomaespuma detrás de ventanas opacas, que son simples rectángulos de luz tintada de amarillo que brillan en la mesa del sótano de alguien.

—Ya estamos aquí —dice Dan.

Violet no le responde. No se apresura a salir del coche, ni siquiera cuando Isabel baja por las escaleras del porche para recibirlos. Isabel, sonriendo decidida, cruza la extensión de tierra cubierta de hojas que hay delante de la casa, pero Violet se queda con el cinturón de seguridad puesto, como si aún no hubiesen llegado a la casa.

—¿Tú crees que Robbie es un fantasma? —le pregunta a Dan.

Pregunta inesperada.

—Creo que su espíritu sigue aquí —responde Dan.

—No era eso lo que quería decir.

—Creo que Robbie siempre estará con nosotros.

Violet asiente con la cabeza, nada convencida. Está diferente desde que pasó la enfermedad, aunque a Dan le cuesta ser más concreto, incluso en su fuero interno. Ya no es posible pensar en Violet solo como una niña inocente, no después de que haya sobrevivido a su roce con la muerte misma; y tampoco después de

que llamase a sus padres porque había un desconocido de pie en su habitación; no después de que Dan entrara corriendo y encontrase a Violet mirando perpleja un rincón de la pared (el rincón en el que Júpiter aparece dos veces, gracias al que instaló mal el papel pintado); no después de que Dan la abrazara y la consolase y —sorpresa— contrajera él mismo la enfermedad.

Esa noche, después de llamarlos a gritos, pudo ver que la figura al pie de su cama era un hombre y un animal, un animal parecido a un perro, que tenía las orejas blancas y aterciopeladas como las del chihuahua blanco y la atención ávida de un perro, pero también era un hombre con brazos y hombros de hombre. El ser, al que era difícil distinguir en la semioscuridad de la habitación de Violet, era un desconocido y al mismo tiempo le resultó familiar. No daba miedo. Le pareció que decía «hierba y estrellas», pero en voz tan baja que lo mismo podía haber sido el zumbido del radiador que nadie podía ir a arreglar. Violet, de manera casi involuntaria, empezó a alargar el brazo hacia él, pero antes de que pudiese extender la mano, antes de que pudiera decir si el hombre-perro iba a levantar a su vez la mano o la zarpa, su padre entró corriendo en la habitación, la figura se disolvió, y solo quedó su padre, abrazándola y diciéndole que había tenido una pesadilla. Ella dejó que la abrazara. Su padre, una criatura que no era nada mágica, hacía lo que podía, y ella sabía que lo ayudaría si aceptaba ser una niña que había tenido una pesadilla.

Violet, recuperada, es ella y no es ella. No está malhumorada ni enfadada. No ha perdido sus costumbres y sus gestos. A lo mejor es solo que está creciendo. A lo mejor ha coincidido con la enfermedad. Por el motivo que sea, se está convirtiendo en alguien que sigue siendo efusiva y educada con los demás, que aún dice «Hola, ¿qué tal?» y «¿Cómo estás?» y «Adiós, hasta la vista» con más energía de la que requiere la ocasión, pero con un distanciamiento interior del que solo su padre (¿e Isabel?) se dan cuenta. Tiene

interioridad. Ha adquirido una cualidad oculta, como si se hubiese convertido en una Violet que actúa como siempre pero a la que le importa menos cómo se reciben sus actuaciones. Una Violet que sigue queriendo que la admiren, pero que sobrevivirá ilesa si no lo hacen. Una Violet que aprehende, por primera vez, su propio futuro, en el cual nadie de su presente, ni siquiera su padre y su madre, tendrán demasiada importancia.

Cuando Isabel se acerca al coche, Violet se desabrocha el cinturón de seguridad, abre la portezuela del acompañante y corre en dirección a su madre.

Gracias, Violet, por no volverte contra nosotros, no esta noche. Gracias por no negarte a bajar del coche como, por un minuto, pareció que ibas a hacer.

Violet no adoptará la costumbre de negarse a apearse hasta pasado un tiempo, y cuando lo haga —cuando se obstine en no quitarse el cinturón al llegar al dentista, a la actuación escolar y a la playa—, Dan estará preparado. Para entonces, sacar a Violet del coche se habrá incorporado a su ritual de colaboración y discusión.

Esta noche, no obstante, Violet corre hacia su madre, y la abraza con tal alegría infantil que Dan tiene la impresión (¿se habrá dado cuenta también Isabel?) de que Violet necesitaba un instante en el coche para recordar cómo debía actuar una persona como ella en un momento así.

—Hola, cariño —dice Isabel. Se inclina para aspirar el olor del pelo de Violet—. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Hemos visto dos ardillas y una mofeta muertas.

—Eso es horrible —dice Isabel.

No te lo tomes a la ligera. Cualquier muerte es importante.

—No ven venir a los coches —dice Violet.

Isabel lanza una mirada rápida y penetrante a Dan. «¿Cómo has dejado que se pusiera ese espantoso vestido que tiene desde los cinco años? Parece una loca en miniatura».

Dan responde con la sonrisa tímida y el encogimiento de hombros que a esas alturas espera que exprese no solo impotencia ante fuerzas devastadoras, sino cierta resignación francesa. «¿Quién no está indefenso? ¿No es mejor admitirlo? ¿No deberíamos sustituir las acusaciones por un reconocimiento más digno y hastiado de la vida? Nos queremos porque en realidad no podemos querernos a nosotros mismos, dependemos unos de otros porque no podemos depender de nosotros mismos. No podemos convencer a nuestras hijas de que no se pongan un vestido feo que ya no les vale, no podemos abrazar el mundo como lo hacíamos antes, no podemos impedir que la gente muera».

—Vamos dentro —dice Isabel—. Ya han llegado todos.

—¿Has visto al fantasma de Robbie?

Isabel se lo esperaba. Cree que se lo esperaba. Tiene, en cualquier caso, una sensación de *déjà vu* cuando Violet habla como si tal cosa de fantasmas y otros espíritus menos específicos e insiste (aún no ha dejado de hacerlo) en que las letras del abecedario son buenas o malvadas en diversos grados.

—Los fantasmas no existen.

—No digo un fantasma malo. Uno que dé miedo.

—Bueno, entonces sí. Su espíritu está aquí. Siempre estará donde estemos nosotros.

—Lo sé —dice Violet.

Es sorprendentemente fácil consolar a sus padres. Ayuda el hecho de que piensen que es tonta. Puede seguirles la corriente, si eso les conviene más.

Lleva el vestido amarillo, que todavía le queda bien. Cuando se lo probó en la tienda hizo una pirueta. La falda de gasa hizo una revolera. Robbie aplaudió. La vendedora sonrió. Fue —como comprenderá Violet, años después— la primera vez que reparó en su propia belleza, en que era un ser extraordinario, que daba vueltas bajo la luz de la tienda mientras los demás aplaudían y

sonreían.

La cabaña en la montaña en Islandia está vacía hasta que los nuevos inquilinos, una pareja de franceses, lleguen la semana que viene. Un único cuadrado de luz de luna yace sobre la mesa, con la esquina superior derecha cortada por una lata de café Five Elephant que dejó hace meses un mochilero alemán y una bandeja blanca en la que alguien puso un pedazo de musgo, que se ha vuelto frágil y amarillento. En una pared, han pasado las páginas de un calendario hasta abril de 2021. En otra cuelga un cuadro de la montaña —representada como un triángulo verde inclinado presidido por la mancha blanca de una nube—; está cerca de una de las dos ventanas y podrían haberlo puesto ahí para mostrar la disparidad entre el mundo real y los varios intentos humanos de prestarle homenaje. Han acercado con cuidado dos sillas a una mesa de pino cubierta con un mantel de flores, un estampado de margaritas de la década de 1960 reproducido en vinilo. En los fogones de butano hay un calentador de agua de aluminio, una sartén esmaltada y una olla de hierro forjado. Un ratón se escabulle por el suelo de piedra, se detiene con los bigotes temblorosos y, al no percibir nada de interés, vuelve a salir corriendo. En un perchero adosado a la pared cuelgan una chaqueta de ante sucia con flecos en las mangas, un cinturón de cuero marrón y una camiseta negra descolorida de los Ramones, con una imagen desdibujada de un águila sujetando entre las garras una rama con hojas y algo que podría ser una espada o un bate de béisbol. La cama está hecha con pulcritud; hay una manta

de lana de rayas plegada a los pies. De la pared de detrás de la cama cuelga un cráneo con las órbitas vacías y los dientes perfectos, al lado de un estante donde hay varios libros amarillentos*: La montaña mágica. Perdida. La sombra del miedo. El último duelo. El molino del Floss*.

Chess encuentra a Garth en el porche de atrás fumando un cigarrillo, que es donde suponía que estaría y lo que suponía que estaría haciendo. Creció entre hombres que se pasaban la tarde fumando, en la parte de atrás de la casa, mientras las mujeres limpiaban después de la cena, barrían y acostaban a los niños.

—Apaga eso, por favor —dice.

Garth, obediente, apaga el cigarrillo contra el suelo y exhala una última bocanada de humo. No se puede fumar si Odin está cerca.

—Lo siento —dice.

Visto desde atrás, sentado en el porche —con el pelo lacio y rubio entreverado de gris aquí y allá, la camisa de cuadros de franela (*vintage*, de alguna tienda del East Village, pero aun así) un poco subida dejando ver el comienzo de la raja del culo—, se revela de pronto, e inesperadamente, como un miembro más, por alejado que esté, del corrillo de hombres que se juntaban en esos patios las tardes de verano (todos ellos hermanos o primos o sobrinos o tíos; era como si todos los hombres de Dakota del Sur estuviesen emparentados, de una manera u otra) para quejarse del trabajo, las mujeres y los políticos que estaban arruinando el país. Los hombres que hacían piña y se reían hoscos de sus propios chistes.

—Tal vez sería mejor que dejases de fumar mientras estemos aquí, ¿no crees? —dice Chess.

—Sí, ha sido una emergencia menor, no volverá a pasar. ¿Dónde está Odin?

—No tengo ni idea.

—¿Qué?

—Es una broma. Un chiste malo. Está durmiendo. Se estaba poniendo gruñón.

—¿Cómo culparlo? —dice Garth.

Se pone en pie y se gira para mirar a Chess. En realidad, no es un primo ni un sobrino de aquellos hombres de los patios. O al menos solo está relacionado con ellos de una forma lejana. Se planta delante de Chess con su belleza ávida y esculpida, la encarnación avejentada del chico guapo que, en Skidmore, insistió en trabar amistad con ella, una chica que acababa de apearse del autobús de Dakota del Sur. Aquí, décadas después, le sonríe con timidez desde esa zona estrecha, rara vez vista, de auténtico descuido que hay detrás de la casa de Isabel. Aquí, sobre el tapiz de agujas de pino que separa la casa del bosque: un huerto reseco, rodeado por una cerca de alambre medio caída, dos bolsas de basura negra que vete a saber qué contienen, una silla coja. La silla se inclina muda bajo la luz vacilante (la única bombilla que cuelga encima de la puerta trasera está a punto de fundirse), respaldada por la pared de árboles que, con el parpadeo de la luz, crea una sensación de movimientos sutiles y furtivos.

Garth es tan asustadizo y voraz como un animal del bosque. Podría haber surgido de entre esos árboles.

—Lo siento —repite.

—No pasa nada.

—Quiero decir, por lo de...

—Sé lo que quieres decir.

—Es por estar aquí. Contigo y con Odin y, ya sabes, por todo. Pero no debería haberlo dicho.

—Tal vez sea mejor así.

—Supongo que pensaba en la muerte. Por razones evidentes, ya me entiendes.

—Esas dos hermanas gruñonas, el amor y la muerte.

—Ya sé que no sientes lo mismo —dice él.

—Si lo hiciese, probablemente serías tú.

—¿Crees que *probablemente* sería yo?

—Vamos.

—Es una broma. Un mal chiste. ¿Qué crees que debería hacer?

Lleva haciendo variaciones de esa pregunta desde que estaban en la facultad. ¿Qué crees que debo hacer con la escuela de arte? ¿Crees que debería dejar mi trabajo? ¿Y si rompiese con Kate, con Laura, con Rebecca?

—Creo que deberías pasar —responde Chess.

—No sé si funcionará.

—No es cosa mía.

—¿Te importa si enciendo otro cigarrillo?

—Por favor, no. Lo habíamos acordado. ¿Recuerdas que lo habíamos acordado?

Garth alza la vista hacia el cielo nocturno para no mirar a Chess. Ahí en la negrura están Cástor y Pólux, Betelgeuse, Sirio. ¿Aprendió Garth los nombres de las constelaciones para parecerle más interesante a Chess? Es posible. Ha perdido la cuenta de las cosas que ha hecho para parecerle más interesante a Chess.

—Sí, lo recuerdo —dice mientras mira al cielo.

Régulo, Arturo, la Cabellera de Berenice.

¿Cómo se ha convertido en este pobre gilipollas, obsesionado con la menos probable de las fijaciones románticas tras casi veinte años de camaradería compartida... de todas esas bromas privadas, confidencias y confesiones? ¿Cuándo, con exactitud, ocurrió el cambio? ¿A qué hora, desde el primer día en que le habló —la chica vaquera que entró tarde y haciendo ruido con sus botas de trabajo en la clase de literatura rusa, de boca y ojos rudos, sin disculparse —, cuando él, el joven Garth, que empezaba a descubrir que su glamour rebelde del instituto no funcionaba tan bien en la

universidad, vio su gesto desafiante y malhumorado y pensó: «Tendríamos que ser amigos»?

El cambio no ocurrió en la facultad. No ocurrió el año que vivieron juntos en el loft sin calefacción de Water Street, ni cuando ella le ayudó a dejar la cocaína y él la ayudó a salir de la depresión, ni después del verano en que ambos fueron detrás de la misma chica.

¿Cómo es posible que esté enamorado de ella? ¿Cómo pudo haber perdido su oportunidad? Pregunta que se complica aún más por el hecho de que nunca tuvo una oportunidad.

—No estás enamorado de mí —dice ella.

—Hazme caso. Tengo experiencia en no estar enamorado de la gente. He estado no enamorado de casi todo el mundo a lo largo de mi vida.

—No estás. Enamorado. De mí.

—Verás, creo que tengo más autoridad que tú respecto a mis sentimientos. Si no te importa que lo diga.

—Es evidente. Es lo que sientes por mí como madre, es por Odin...

—Creo que llevo enamorado de ti desde hace mucho tiempo. Es solo que... no me daba cuenta. He estado muy despistado. Desde que tenía quince años.

—Follándote a todas las mujeres de Nueva York. Desde que tenías quince años.

—No a todas. A un porcentaje muy pequeño, en realidad.

—Me han ofrecido un empleo en Berkeley —dice Chess.

—¡Ah!

—Es una buena oferta. Más dinero, menos clases.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Te lo estoy diciendo ahora. Me he enterado hace unos días.

—¿Qué vas a responder?

—Aún no lo he decidido.

—¿Y yo qué?

Es la eterna pregunta, ¿no? Por muy sumiso que sea y por mucho que la adore, por debajo siempre subyace la pregunta «¿Y yo qué?».

—Si acepto el trabajo, podrías mudarte a California con nosotros.

Por un momento están juntos en la noche, con sus leves rumores y el zumbido de los insectos. La luz vacilante sobre la puerta trasera tiene un halo de mosquitos.

—Si me mudase a California... —dice Garth.

—No lo he dicho en serio. No deberías mudarte a California.

—Pero lo has dicho.

—Rebobinar. Borrar.

—Tienes razón. No debería, sería raro. Pero ¿cuándo vería a Odin?

—Hay vuelos a California. A diario.

Chess no está segura de por qué tiene que ser cruel con él. Sin embargo, en ese momento necesita serlo.

—Entendido —dice—. Me voy a dar una vuelta con el coche.

—¿Te parece una buena idea?

—No es que vaya a estrellarme contra un árbol. Es solo que necesito estar... en otro sitio un rato.

—¿Garth?

—¿Sí?

—No me hagas esto.

—¿Esto es algo que te estoy haciendo yo a ti?

Bueno, pues ya tiene la respuesta: hace falta cierto grado de crueldad porque Garth, como la mayoría de los hombres, solo puede poner sus necesidades a sus pies, solo puede declararle su amor —esa alucinación novelesca, que empezaría a esfumarse en cuanto en ella le dijese que sí—, solo puede decir: «He aquí mi deseo, he aquí mi soledad, ¿qué vas a hacer al respecto?».

—Da igual —dice ella—. Vete a dar una vuelta.

—Sí. Luego nos vemos.

Cuando se va, Chess se queda de pie en el umbral. Aún no está preparada para volver dentro, todavía no. Sabe que para Garth, y para los demás, se ha convertido de facto en la mujer de Garth; que al permitir que Garth conociese a Odin, que tuviese voz y voto, ha dicho sí a una unión que parece un matrimonio, o que se parece lo bastante a un matrimonio para aceptarlo, alentarlo, sentimentalizarlo, porque el mundo quiere que las mujeres se casen con los hombres, el mundo lo prefiere así, aún lo hace, siempre lo ha hecho. Es uno de los relatos preferidos. «Antes iba con mujeres hasta que llegó ese tío», hasta que confesó que los hombres son, después de todo, fascinantes y necesarios, que no están ni obsesionados consigo mismos ni tan enamorados de sus propios sentimientos que, como todo el mundo, confunden esos sentimientos con el amor.

Sería más fácil si ella fuese más inocente. Sería más fácil si estuviese más segura de las líneas que separan la lástima del deseo, y el deseo de la rabia. No quiere a los hombres. No quiere a Garth. Y, sin embargo, algo se agita en su interior, una inquietud que no es amor pero tampoco es nada, y que tal vez, a su manera, no del todo, tampoco deja de ser amor.

Hay que preparar la cena. Isabel tiene pollos, patatas y lo necesario para preparar una ensalada. Compró los pollos a un granjero que hay dos pueblos más allá y las lechugas —escarola, rúcula y frisée —, en el mercado local. Se perdió en los detalles, en cuestiones de integridad y frescura, pero ahora que tiene todo aquí, ahora que los pollos, tres de ellos, están en la enorme bandeja de horno, ahora que las patatas están peladas y la lechuga está en el refrigerador, todo le parece un esfuerzo inútil, y se ve a sí misma como una persona ridícula, alguien que cree que los pollos criados en granjas y las lechugas locales tienen su importancia, cuando nadie repararía, y a nadie le importaría, si lo hubiera comprado todo en el Stop & Shop.

Ha precalentado el horno. Es hora de meter los pollos, pero se queda mirándolos en la bandeja, la piel de gallina, las alas puestas discretamente debajo de las pechugas. Las alas son más largas y escamosas que las de los pollos de supermercado, que, como todo el mundo sabe, están mutados de maneras en las que más vale no pensar, también los «orgánicos». Estos pollos con las alas más largas y las pechugas más pequeñas, con el cálamo de pluma que Isabel ha tenido que arrancar de uno de los muslos, dan más la impresión de haber estado vivos alguna vez. Dan más la impresión de haberse visto arrastrados a un caos de ruido y plumas, decapitados y desplumados. Dan fe, en su silencio blanco y azulado, de la matanza y la quietud posterior. Parece demasiado teatral considerarlos bebés

de extraterrestre. Pero parecen bebés de extraterrestre, aunque sea demasiado teatral.

La propia Isabel no es lo bastante teatral: es taciturna, un poco más fría de la cuenta, alguien que compra en el mercado local con la esperanza de convertirse de manera convincente en una de esas personas que compran en los mercados locales, una de esas personas que se sienten como en casa entre mujeres y hombres que llevan su propia bolsa (a ella siempre se le olvida), que son joviales, satisfechos de sí mismos y no reparan en que forman parte de los nuevos ricos rurales, híbridos entre granjeros y financieros, que hablan con tanta autoridad de los primeros brotes de helecho como de valores netos y ganancias de capital.

La caja está en la repisa del salón. Isabel está en la cocina. Es hora de empezar a preparar la cena.

Saca del bolsillo el teléfono de Robbie, escoge otra de sus fotografías. Isabel es Wolfe ahora. No se siente culpable, ella, que se siente culpable por casi todo. Robbie habría querido, igual que Isabel, que Wolfe siguiera con vida.

No le hace falta explicar en Instagram cómo se conocieron Robbie y Wolfe, aunque se ha contado a sí misma que fue en una fiesta a la que unos amigos llevaron a Robbie, que fue a regañadientes, y le prometieron que podía marcharse cuando tomase una copa y conociera a una persona. Robbie, obediente, se sirvió un poco de vodka barato en un vaso de plástico rojo y empezó a hablar con Wolfe, solo porque Wolfe era quien estaba más cerca del bar improvisado. Si Robbie no hubiese estado cumpliendo una misión, jamás se habría atrevido a hablar con Wolfe, pues este era demasiado cordial y seguro de sí mismo, demasiado alto.

Robbie hizo un comentario sobre la ubicuidad de esos vasitos de plástico rojo en las fiestas, ¿sabía Wolfe si también los usaban en Argentina y en China?

Wolfe había estado en Argentina, y sí que tenían esos vasitos de

plástico rojo...

Wolfe y él empezaron a hablar. Y ya nunca dejaron de hacerlo.

Isabel quiere esa explicación. A Instagram le da igual. Instagram no necesita relatos. Los huecos entre las imágenes pueden quedar sin explicar. Es suficiente con que se sobrentienda: así, sin más, Wolfe encontró al hombre que buscaba. Así, sin más, Robbie lo encontró también.

> Imagen: Un paisaje islandés, un campo negro de piedra tachonado de brotes de musgo verde fosforescente y lagos termales de color azul brillante. Es el lugar menos terrenal de la superficie de la Tierra. Podría ser la superficie de otro planeta, uno que quizá decepcionará a los viajeros interestelares en sus esperanzas de fecundidad —de selvas plagadas de animales desconocidos, con alas, cascos o ambas cosas—, pero que ofrece a cambio una grandeza cruda y severa que iguala, a su manera, cualquier oferta de helechos y frondas. ¿No escribió Robbie, en aquella carta de hace tanto tiempo, que Islandia es una especie de cielo, aunque habría desconcertado a la pobre y anciana tía Zara, quien se preguntaría si no se trataba de un error, si, después de llevar una vida pía y virtuosa, no la habían enviado a un más allá equivocado?
>
> > Pie de foto: Robbie y yo estamos juntos en el cielo. Aquí, en mitad del todo.

A Isabel todavía le sorprende de vez en cuando que ninguno de los seguidores de Wolfe parezca darse cuenta, ni importarle, que Wolfe (y ahora también Robbie) lleven en Islandia más de un año. Supone que una especie de eternidad para Robbie y para Wolfe. Una escapatoria de los límites del tiempo.

Nadie sospecha que Nathan se ha escabullido para ir al lago. Nadie se ha dado cuenta. Está menos sorprendido que antes por el hecho de que la gente parezca creerle cuando asegura que está bien. Casi ha dejado de culparles por ello. ¿Por qué no querrían una persona menos de la que preocuparse?

Se tumba sobre la hierba frágil, observando el cielo y su enjambre de estrellas.

El sitio es menos prosaico de noche. Tal vez no sea un mal sitio, después de todo.

Se incorpora sobre los codos, contempla el lago desde una pequeña elevación. Aquí está este lugar, a solas consigo mismo. Aquí están sus árboles con su leve olor a alquitrán. Aquí está su extensión de aguas tranquilas. Aquí están su cielo y su silencio.

No puede ser perdonado. Eso lo sabe.

Se pone en pie, anda hasta el borde del lago. Las estrellas centellean tanto que unas pocas, las más brillantes, cabrillean asustadizas sobre la negra superficie del agua.

¿Y si se metiera en el agua? ¿Y si nadara hasta la más cercana de las estrellas?

Se inclina, coge agua entre las manos. Está incluso más fría de lo que suponía. Le disgusta el hecho de temer más que nada la frialdad del agua. Avanza medio paso, vuelve a sumergir las manos en el agua, que lame la puntera de sus Nike. Está seguro de poder superar su miedo al frío si se da más tiempo. Un búho murmura desde

alguna parte al otro lado del lago, en voz tan baja que podría confundirse con el rumor del propio lago... el triste suspiro del lago. Se mete en el agua hasta las pantorrillas. El fondo es fangoso; se le pega a la suela de las zapatillas. El agua está tan fría que es como si la parte inferior de sus piernas hubiese desaparecido. Puede sumergirse en su temor al frío. Está convencido. Da otro paso adelante. Una estrella relumbra sobre la superficie del agua. El búho vuelve a ulular desde la orilla opuesta del lago.

Isabel ha escrito el pie de foto de Wolfe y lo ha subido con la imagen cuando Dan entra en la cocina. Se guarda el teléfono en el bolsillo.

—¿Estás bien? —pregunta Dan.

—Hum.

No se vuelve hacia él. He aquí una verdad sobre tu exmarido: ya no tienes que tener en cuenta sus sentimientos. Aunque os separaseis por las buenas y fuese más la admisión de una derrota compartida —el amor se había acabado— que una batalla. Aunque sigáis siendo amigos, o como quieras llamar a lo que sois el uno para el otro.

—¿Vas a meter los pollos en el horno? —pregunta.

—Sí.

Aprieta los codos contra los costados. Nota que Dan se ha acercado a ella porque percibe su olor, el picor salado de su sudor mezclado con algo que solo puede identificar como «Dan», que se parece a los olores del metal y las virutas de cedro, pero no es ninguna de las dos cosas. Ahora que se ven menos, nota más su olor.

—¿Quieres que me encargue yo de la cena? —dice él.

—¿Seguro?

—Sí.

Se gira hacia él. Le turba un poco su aspecto curtido y saludable, aunque lo haya visto hace menos de veinte minutos. Es como si el

Dan que siempre ha conocido hubiese sufrido una transformación en el último minuto, como si se hubiese vuelto más viejo y más atractivo, como si hubiese subido un poco el volumen. Su pelo es rubio eléctrico solo en las puntas. Su boca está enmarcada por dos arrugas profundas que no solo subrayan la suavidad de los labios sino que les prestan un elemento de autoridad besable que no tenía su cara más joven y apuesta. Acepta con un buen humor inesperado que el éxito de su carrera no solo ha sido menor, sino efímero. No ha necesitado el apoyo que Isabel temía que le pidiera. A veces se pregunta cuánto influyó en su ruptura su propia reticencia a ver a Dan cuando se evaporasen sus esperanzas, su temor a encontrárselo todavía en la cama a media tarde, esperando que ella le dijese lo que pudiese decirle sobre el regalo que es seguir con vida, de querer y que te quieran... todas las supuestas verdades de las que ella misma no está muy segura.

Ese Dan, no obstante, no llegó a aparecer.

Este Dan está contento, lo bastante contento, con su breve semiéxito. Considera que ha sido un trabajo bien hecho. Y está, o eso parece, igual de contento de impartir clases en la Escuela Nueva. A este Dan no le molesta que Isabel siga ganando más. Este Dan está contento (o eso parece) del éxito no menos inesperado de su hermano: la exposición de Garth en la galería de Orchard Street, la compra de una pieza por el Whitney. Los del Whitney, por razones que solo ellos conocen, adquirieron una escultura titulada *Hamlet*, recubierta de piel de cerdo, impregnada de alquitrán y con los huecos tachonados de trozos de espejo roto, circonitas y los dientes que Garth compró en internet... es raro que alguien compre algo así.

Misteriosamente, Garth parece haber envejecido desde que tuvo éxito. Antes no inspiraba palabras como «cetrino» y «encogido». En cambio Dan, que conoció un leve triunfo pero que en esencia ha fracasado, aparenta ser tan sólido y tan seguro de sí mismo como si

lo hubiesen tallado en granito rosa.

Ella se sorprende de que muchas mujeres piensen mejor de sus maridos y, sí, sientan más deseo por ellos después de dejarlos. Tal vez alguien haya hecho un estudio. A lo mejor lo busca en Google.

—Siéntate ahí —dice él, señalando el taburete de roble que Isabel compró en la sucia tienda de antigüedades que cerró una semana después, otro de esos sitios que se las arreglaron para sobrevivir a lo peor y luego se hundieron con la resaca.

Ella se sienta en el taburete. Dan coge una botella de cabernet de la encimera, de algún modo sabe en qué cajón está el sacacorchos.

—Es bonita esta cocina —comenta.

La cocina es la única virtud indiscutible de la casa. Isabel, no muy lúcida cuando alquiló esa casa, solo sabía que necesitaba vivir un tiempo en el campo, y un sitio con habitaciones para los niños. Las demás propiedades que vio eran imitaciones de casas de campo: paneles pintados de color mentolado, suelo de roble recién instalado, garajes nuevos para tres coches.

Cuando Isabel le dijo a la de la inmobiliaria: «Creo que tenemos que buscar sitios que no estén tan embrujados por su falta de embrujo, no sé si me entiende», la mujer respondió con una sonrisa de irritación confusa. Pero cuando Isabel añadió: «Algo más anticuado, menos arreglado», la cualidad de su sonrisa cambió. Por fin, le diría a su marido mientras tomaban unos cócteles esa noche, había alguien que podría alquilar la casa de Skinner Road.

Cuando Isabel se mudó a la casa de Skinner Road no tardó en comprender que «un poco menos arreglado» puede resultar descorazonador a su manera, si significa que los anteriores inquilinos pintaron de laca los suelos de pino, dejaron un olor a perro imposible de eliminar en el sótano y pegaron paneles acústicos en los techos de los dormitorios del piso de arriba. Si las demás casas eran reinvenciones sentimentaloides de la vida campestre, cuya historia había sido borrada, la casa de Skinner

Road conserva obstinadamente su propia historia de desolación y de largas noches ebrias, de cualquier secuencia de desdichas e infortunios que hubiesen arrastrado a otros allí. Cuando Isabel aceptó quedarse con la casa, subestimó su aire de oscura decepción, así como su incapacidad de hacer gran cosa al respecto. Solo sabe que cuando recibió la llamada comunicándole lo de Robbie necesitó marcharse, vivir una temporada en soledad, en un sitio lo bastante cerca de los niños (menos de una hora en coche sin tráfico), pero donde nadie la animase a salir más, a pasear o a quedar con un amigo para comer. La mayoría de las personas, incluso (o sobre todo) las que más se preocupan por ti, te dejan uno o dos meses de luto antes de empezar a impacientarse, por ti y por ellos.

Pero, como recuerda Isabel ahora, la sedujo la cocina de la casa: la antigua nevera y los fogones estilo *art déco* aún funcionan, conserva las vigas del techo, igual que el suelo de linóleo rojo que lleva ahí cincuenta años o más. La mayoría de los ocupantes anteriores probablemente no sabían nada de cocina. Es fácil imaginar el fregadero lleno de platos sucios en los que consumían a toda prisa comida para llevar, cajas vacías de pizza amontonadas sobre la encimera que, una vez retiradas, dejaron la cocina inmaculada, prístina a su manera y necesitada solo de una bombilla de menos de cien vatios en la tulipa del techo. Isabel se las arregló para hacer eso.

Dan descorcha el vino, sirve un poco en un vaso de zumo y se lo da. El cabernet es tan oscuro que casi parece negro. Ella bebe un sorbo y tiene la vaga sensación de no haber probado nunca nada tan delicioso.

—¿Le has puesto sal o algo a los pollos?

—Pues no. Iba a hacerlo ahora.

—Vale, ya se la pongo yo.

Coge el salero cilíndrico de la encimera, se echa un poco en la palma de la mano y frota los pollos. Estarán igual de bien sazonados

que si les hubiese echado la sal desde el salero, pero Dan prefiere manipular la comida, manejarla físicamente, masajearla hasta que sea la manifestación más deliciosa posible de sí misma.

—Sigue sorprendiéndome lo oscuro y silencioso que es este sitio de noche.

—Había un búho cerca del lago. Se lo oía si se prestaba atención, pero parece que se ha cambiado de sitio. A no ser que lo haya atrapado algo. ¿Crees que hay animales que comen búhos?

—Es difícil de decir.

Dan abre la nevera, encuentra un par de limones y un manojo de perejil un poco reseco. A Isabel no le importa que Dan repare en su capacidad para descuidar las cosas. Hace cuanto puede por ocultársela a los demás, pero en el caso de Dan halla cierto consuelo en dejar que vea lo grave que es en realidad.

—Es un sitio muy solitario, ¿eh? —comenta.

Isabel domina un hipido de irritación. ¿Ahora te preocupa mi soledad?

—Lydia cree que me vine aquí para que hubiese un sitio para Robbie —responde.

Dan pica el perejil y lo mete en las cavidades del pollo, con los limones.

—Tiene sentido —comenta—. ¿Tú crees que lo tiene?

—En parte sí. Y en parte no. También vine para salir de Brooklyn. No estoy aquí en una especie de misión por Robbie.

—Lo sé.

—Pero sí. Puede que quisiera que tuviese un sitio. En realidad, nunca lo tuvo.

—¿Aún te sientes mal por eso?

—Sí, claro —dice ella—. ¿Tú no?

Se hace un silencio. Dan sigue teniendo derecho a muchas cosas con ella, pero ha perdido su derecho a que lo consuele. Ayudar a Dan a sentirse mejor con sus actos y sus omisiones ya no es una de

sus funciones.

—Violet me ha preguntado si el fantasma de Robbie está aquí —dice Dan.

—A mí también. ¿Qué le has dicho?

—Que su espíritu está en todas partes.

—Yo le he dicho más o menos lo mismo. No la ha convencido, ¿no?

—No —contesta él.

—Pero creo... creo que puede ser bueno. Aunque «bueno» sea un concepto relativo. Pero, ya me entiendes, me refiero a lo de que Vi insista en que no se ha ido del todo.

La policía islandesa fue amable y sensible por teléfono. Les aseguraron a Isabel y a Dan que Robbie parecía en paz cuando lo encontraron, pero no pudieron, o no quisieron (la policía no deja de ser la policía) responder a las preguntas concretas que les hizo Isabel. ¿Estaba tapado con una manta? ¿Tenía un libro en las manos? De todas las imposibilidades, una de las más insoportables es la idea de Robbie solo en esa cabaña. Si ella hubiese estado con él...

No podía haber estado con él. Solo le queda esperar que fuese como quedarse dormido. No consigue librarse de sus propios miedos sobre si eso es falso, aunque sí puede dejarlos a un lado. A veces puede dejarlos a un lado.

—Nathan no está muy seguro del sitio que escogimos para lo de mañana —dice.

—No me ha dicho nada.

—A mí tampoco me lo ha dicho exactamente. Pero es muy evidente.

—¿Quieres que busquemos otro sitio por la mañana?

—Creo que eso empeoraría las cosas. Creo que Nathan se lo tomará bien. ¿Y estás dispuesta a hablarlo con Violet?

Dan abre el horno. Exhala una vaharada de calor. Isabel toma un

sorbo de vino. Ya no es tan delicioso, parece un vino normal.

—La has dejado embutirse en ese vestido tan espantoso —dice ella.

—No, perdí la discusión en cuanto me recordó que es la última cosa que le regaló Robbie.

Isabel da un sorbo al vino y lo paladea.

—Ya.

—Es difícil saber qué hacer —comenta Dan.

—Dímelo a mí.

Dan levanta la bandeja de los fogones y la desliza en el horno.

—Adentro, chicas.

—No son chicas —dice Isabel.

—¿Cómo?

—Son pollos. Pollos muertos. No son chicas.

Dan se sirve una copa de vino.

—¿Por qué estás así? —dice.

—Lo siento. Estoy... nerviosa.

—Yo también. ¿Te parece que lo llevo bien?

—¿Crees que deberíamos haber invitado a Oliver?

—¿El Oliver que rompió con Robbie con un mensaje de texto? Probablemente no.

—¿Y a Adam?

—En la tarjeta que envió no preguntó si iba a haber alguna ceremonia.

—Lo sé. Es que odio que...

—Odias que no haya ningún novio ni nadie así —termina Dan.

—Sabes cuánto me gusta que acabes mis frases por mí.

—Lo siento —dice—. Yo odio que Robbie no estuviese enamorado cuando...

—«Murió». Cuando «murió». Esa es la palabra para lo que le pasó.

—Sabes cuánto me gusta que corrijas mi vocabulario. Pero sí.

—Al menos mi padre ya no está. Y no es que no lo eche de

menos.

—Sé que lo echas de menos.

—Pero no la pelea que habríamos tenido por no enterrar a Robbie al lado de mamá.

—¿Por qué querría nadie discutir por eso?

—Nadie querría —dice ella—. De acuerdo. Tengo una pregunta un poco difícil.

—Dispara.

—¿Crees que Robbie estuvo enamorado alguna vez? ¿De alguno de esos tíos?

—De Adam —responde él—. Creo que es posible que se enamorase de Adam.

—Es difícil pelearse con un chico guapo que toca el chelo.

—¿Recuerdas la noche que vino a cenar y nos tocó la *Suite para violonchelo* de Bach?

—¿Cómo voy a olvidarlo?

—Pero luego Adam conoció al violinista. Y se acabó.

—Al menos ha enviado una tarjeta —dice ella.

—Dos líneas de condolencia, diciendo que Robbie era un gran tipo. No más preguntas.

—Sí. Pero ¿no te parecía que Adam era... una persona, alguien que haría algo más que enviar una tarjeta?

—Los músicos solemos decepcionar —dice Dan—. La mayoría no valemos gran cosa. Mejorando lo presente.

—Tengo otra pregunta un poco difícil.

—Soy todo oídos.

—Nunca lo había sacado a colación.

—Pues quizá sea el momento.

—¿Te has fijado en que todos los novios de Robbie se parecían a ti?

—¿Qué?

—¿Cómo puedes no haberte dado cuenta?

—A lo mejor porque no es cierto.

—Vamos, hombre. Rubios. Músicos.

—Oliver no era músico.

—Era DJ. No hay mucha diferencia.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—No estoy muy segura.

—Inténtalo.

—Bueno. Lo más sencillo y evidente es decir que Robbie estaba enamorado de ti.

—Robbie y yo estábamos enamorados. Pero espero que no creas que...

—No. No lo creo. Claro que no. No me malinterpretes, pero no estoy segura de si Robbie estaba enamorado de ti exactamente.

—Gracias.

—No pretendo ser insultante. Robbie te quería. No es eso.

—¿Y qué es? —dice él.

—¿Recuerdas cuando cruzasteis el país en coche?

—A ver la segunda mayor madeja de hilo del mundo.

—Me dijo que nunca había sido tan feliz.

—También lo dijo cuando nacieron los niños. Y cuando consiguió esa chaqueta de terciopelo bordada Dries Van Noten con un descuento del setenta por ciento.

—Por favor, no bromees con esto.

—No bromeo. Intento verlo con un poco de perspectiva.

—Ya sabes cuánto me gusta cuando ves las cosas con perspectiva.

—Es que creo que... —dice él.

—Dejémoslo correr, ¿vale?

—O no.

—Creo —continúa ella— que Robbie buscaba a alguien que lo emocionara como tú en aquel viaje. Puede que sí fuese el momento más feliz de su vida. Bueno, tal vez junto a lo de la chaqueta de terciopelo. Pero es que... ¡un setenta por ciento!

—¿De verdad crees que Robbie se pasó veinte años persiguiendo algo que duró unos pocos días cuando él tenía diecisiete años?

—No creo que lo supiera.

—Eso no es una respuesta.

—No estoy segura de que sepas lo guapísimo que eras entonces.

—Comparado con como soy ahora.

—Si estás decidido a sentirte insultado...

—Muy bien —dice Dan—, no me siento insultado. Pero me gustaría pensar que no soy un viejo arrugado.

—Robbie tenía diecisiete años. Nadie sabía que era gay. Bueno, yo sí lo sabía pero en aquel entonces no hablábamos de eso. Y nadie se había enamorado de él aún.

—¿Qué intentas decir?

—Creo que lo habría superado. Lo suyo con los músicos rubios. Si hubiese tenido más tiempo.

Isabel apura su vino. Vuelve a un día de hace más de veinte años.

Robbie tiene diecisiete años. Dan tiene veinte. Acaban de regresar de ver la segunda mayor madeja de hilo del mundo. Los dos están cubiertos de polvo de la carretera, los dos están acalorados por la emoción, aunque Dan se las da de medio guay y Robbie está extasiado, rebosante de anécdotas. La cama del motel con Dedos Mágicos, que cuando metías una moneda vibraba durante diez minutos. Las dos hermanas autoestopistas que volvían a casa de una reconstrucción de la guerra de Secesión en la que habían hecho de enfermeras que cuidaban de los heridos. El bar con el cartel que decía: SÁLVANOS, JESÚS.

Pero hay algo más... Isabel al principio apenas se da cuenta...

Robbie ha adquirido una presencia más fluida. Se ha deshecho de parte de sus dudas. Ocupa el espacio de manera diferente. Es un cambio tan leve que solo Isabel podría notarlo. Está más firme. Su voz no es ni más alta ni más grave, pero tiene un nuevo poso de convicción, como si ya no dudase de que los demás le escuchan

mientras cuenta lo de los Dedos Mágicos y las enfermeras de la guerra de Secesión.

¿Es posible que un par de días en la carretera con Dan hayan supuesto tal cambio en Robbie? Parece que sí.

Los viajeros, a su regreso, se quedan con Isabel en el jardín delantero de la casa de los padres de Isabel y Robbie. El coche de Dan está aparcado en la entrada, una ruina que es una afrenta a la pulcra rectitud de la casa de madera con sus buhardillas y sus arbustos de hortensias.

—La próxima vez iremos a ver la mayor madeja de hilo —dice Robbie.

—O podríamos ir a ver la más pequeña —replica Dan.

Los dos se ríen. Isabel se los imagina viajando por la autopista con las ventanillas abiertas y la música a todo volumen, una carroza que ha quedado atrás en el desfile, que quiere ofrecer al país un poco de rock and roll, llevar la libertad y la imprudencia a los campos de Pensilvania y a las montañas de Ohio.

Seguro que molestaron a los lugareños mientras pasaban a toda prisa. Seguro que estaban encantados con ellos mismos, con la vida que les permitía hacer eso. Seguro que se perdieron en la enérgica autoestima que solo está disponible para los chicos mientras son jóvenes, la grandeza inocente de esa egolatría que no puede, o no debe, durar más allá de la primera juventud.

Hay, o eso parece, un mundo de chicos al que las chicas no están invitadas. Aunque a los chicos en cuestión les gusten las chicas. Aunque las prefieran a los chicos.

Un Dan de veinte años le pasa el brazo por los hombros a Isabel. Le dice en voz baja: «El chico y yo lo hemos pasado bien», mientras Robbie canturrea *Sweet Thing*: «Y conduciré mi carro por tus calles y lloraré».

De pie, con el brazo de Dan que la rodea y Robbie cantando su canción, Isabel piensa, por primera vez desde que Dan y él se

conocieron, que esta exaltación delatora, el ataque de hilaridad de los chicos al volver a casa, es algo en lo que podría intentar entrar, pese a todo. Coge la mano de Dan y aprieta su dedo índice contra sus labios, cuando Dan canta con Robbie: «Eh, soy yo, soy dinamita y no sé por qué».

Aquí, en la cocina, Dan dice:

—Todos querríamos que hubiese tenido más tiempo.

—Todos lo querríamos, sí.

—«Somos botes arrastrados al pasado». Fitzgerald.

—Ya sé que es de Fitzgerald. La cita es «incesantemente arrastrados hacia el pasado», o algo así.

—Algo así.

Dan abre la puerta del horno y echa un vistazo a los pollos.

—Gracias —dice ella—. Por asar los pollos.

—No es nada.

—Tengo la sensación de que podría haberme quedado mirándolos hasta que llegase alguien que se hiciera cargo.

—Y ese alguien soy yo.

—Ese eres tú.

Dan espera. Espera a que Isabel le pregunte. ¿Cómo lo lleva él? ¿No sabe —cómo no lo va a saber— que Robbie fue el amor de su vida? ¿Es posible que piense que Dan lo quería menos porque no es gay? ¿Estaría más cabreada pero también sería más empática si Dan y Robbie se hubiesen liado?

Todo no puede reducirse a un «Gracias por preparar la cena», «¿Cómo crees que se lo están tomando los niños?» y «¿Estuvo Robbie enamorado alguna vez?».

Pues parece que sí. Por ahora. Por esta noche, y tal vez para siempre. Dan es egocéntrico y emocionalmente venal. Lo sabe. Claro que lo sabe. Sabe que apenas tiene derecho a nada. Sabe que no puede pedirle a Isabel que lo adopte como si fuese un tercer hijo. Lo cual no impide que quiera que haga exactamente eso.

—¿Más vino? —le dice.

—Sí.

Le sirve más vino. Ella lo mira. Él le devuelve inquisitivo la mirada. Sabe que ella sabe lo valiente que está siendo, por ella y por los niños. Él sabe lo agradecida que está, igual que ella sabe que él conoce los sacrificios, la generosidad y el perdón fatigado que pueden ofrecerse el uno al otro.

Podrían encontrar un modo. Podrían volver. Podrían revivirlo, resucitarlo. Al fin y al cabo, nunca han dejado de estar enamorados del todo, solo se han desviado, han extraviado el camino. No han contratado abogados, no se han peleado por el dinero o la custodia. Y por un instante parece que podrían resucitarlo, con nuevos acuerdos y votos renovados. Podrían volver a vivir juntos. Podrían estar más atentos, llevar a cabo pequeñas cosas y vivir, solo vivir, el tiempo que fuera necesario...

Isabel es la primera en apartar la mirada.

—Gracias —dice.

—¿Por qué?

—Por estar aquí, supongo.

—¿Crees que podría no estar?

—No. No lo creo.

Se hace otro silencio. El hueco se ha cerrado. No hay vuelta atrás, no queda nada que pueda prender de nuevo. Isabel lo sabe. Pueden ser cordiales y afectuosos. Pueden preocuparse por los niños. Incluso pueden desearse mutuamente felicidad, pero ya no son amantes, no están casados, lo cual, como transición, es tanto más definitivo por haber escapado a su atención, por haber ocurrido poco a poco, como una gotera que pasa inadvertida hasta que resulta evidente que toda la estructura está saturada, tan húmeda y enmohecida que ya no se puede reparar.

Cuando Violet anuncia que se va al piso de arriba con su maleta, nadie le pregunta si le da igual quedarse ahí sola, lo cual para ella es un alivio. Pasa demasiado tiempo acompañada.

En este momento Violet necesita estar sola. Ha tenido el sentido común de no decir nada de la sombra que ha visto, minutos antes, escabulléndose por la ventana del comedor. Puede que haya sido Robbie o tal vez otra sombra que pasaba. El mundo está lleno de sombras, algunas decididas, otras confundidas o extraviadas, algunas tan informes que no son más que un vago reflejo en el cristal de una ventana. Desde que Violet ha aprendido a verlas, después de aquella primera vez en que estaba enferma y aquel hombre tan amable del perro fue a verla, apenas se acuerda de cuándo las sombras y los seres improbables eran tan invisibles para ella como para los demás.

Su cuarto en el piso de arriba, con el techo inclinado y la ventana abuhardillada, pretende ser cómodo y reconfortante. Es lo que han intentado. Está la cama blanca con el adorno de hojas talladas en el cabezal. Están la pastorcilla con la lámpara que le sale de la cabeza y las cortinas estampadas con rosas del tamaño de la uña de un pulgar. Aunque Violet no lo ha dicho, allí tiene la sensación de estar utilizando la habitación temporalmente, hasta que llegue la chica para quien está pensada. Violet lo prefiere así. Todo en esta casa, todas sus habitaciones y lo que contienen, es un recuerdo. Es un lugar donde Violet estaba antes.

Deja la maleta, sin abrir, sobre la cama.

Las cortinas están echadas. La madre de Violet tiene la costumbre de cerrarlas por la noche: las cortinas echadas, las puertas cerradas con llave y los cojines de las sillas del porche recogidos, porque nunca se sabe si lloverá.

Violet se acerca a la ventana y abre las cortinas. Las anillas entrechocan entre sí. Se asoma al bosque que hay detrás de la casa. Los bosques están vivos con los espíritus de los animales y los sueños de los árboles; la mayoría están activos de noche, cuando los sueños y los espíritus están casi despiertos del todo, cuando vagan sobre el suelo del bosque murmurando en lenguas sin palabras que ni ellos mismos entienden, buscando confusos, mientras los planetas brillan entre las hojas y las casas relumbran tan tenuemente que son invisibles para quienes no viven en ellas.

A veces Violet lamenta que los demás no puedan verlo, que vivan en un mundo más obvio y menos interesante. Su padre no reparó, de camino hacia aquí, en que una de las ardillas de la carretera todavía brillaba un poco con el último esfuerzo de su vida ya extinguida. Cuando Violet y su padre llegaron, su madre no se dio cuenta de que su padre guardaba silencio porque tiene un secreto. Vete a saber qué será —la visión de Violet no llega a tanto—, pero vio el secreto en su rostro levemente ruborizado, lo oyó en lo que no dijo.

Da igual. Nadie tiene por qué ver u oír lo que Violet ve y oye. Tal vez sea mejor para ella, y para todos, que no lo hagan.

Se queda de pie delante de la ventana con las manos extendidas en el alféizar, esperando.

Isabel sube otra foto a Instagram. Es una de sus favoritas, del archivo de Robbie.

> Imagen: La foto se hizo desde el interior de la cabaña, asomándose por la ventana. La ventana está enmarcada por unas cortinas marrones. En el alféizar hay un jarrón de cristal tallado, unas pocas monedas y una piedra de color gris oscuro del tamaño de un zapato de bebé. Fuera, en cambio: un campo verde que desciende en pendiente en dirección hacia lo que debería ser un valle, pero que parece, en la foto, desplomarse en un vacío lleno solo con el azul claro y neblinoso de un cielo que se vuelve, en la parte superior, de un azul casi violento. En el cielo se ve una única nube blanca, sólida y bien definida, sin ningún detalle o curva que suavice sus bordes, una especie de contrapunto a la piedra del alféizar.

Isabel pasa fácilmente por el portal de Instagram. Se imagina allí con Robbie, en una fotografía hecha hace un año. Logra estar con él en la cabaña, aunque no se vea mucho. La cabaña es difícil de reconstruir a partir de las fotografías. Solo hay imágenes del borde una mesa, de un cráneo clavado a una pared al lado de una estantería y de una cama en la que apenas caben dos personas, sobre la que cuelga el estante lleno de libros, cuyos títulos no son legibles. Sabe, no obstante, que cuando Robbie hizo esta foto era

tan consciente como ella del corolario entre la piedra y la nube.

> Pie de foto: No nos sorprendería lo más mínimo si llamasen a la puerta y resultase ser una entidad cubierta de musgo, de rostro amable y curioso bajo un sombrero de helechos, que se hubiese parado solo para vernos, para saber que estábamos aquí, para darnos la bienvenida y desearnos prosperidad y una vida larga.

Duda. No es la voz de Wolfe. Él es poético en el fondo, pero no muy dado a vuelos líricos. Es demasiado tímido, demasiado proclive a las veneraciones para intentar ponerlas en palabras. Wolfe sabe que las palabras fracasan. Sabe que su vida y la de Robbie se describen mejor con gestos, con una mano colocada con dulzura en una cara, un beso inesperado o un cariño susurrado, efímeros, tan imposibles de describir como de fotografiar.

Es ella quien se esfuerza en explicar. Es ella quien se niega a aceptar la idea de que hay cosas que una persona no puede decirle a otra.

Piensa en reescribir el pie de foto, decide no hacerlo y lo envía.

Garth no se esperaba que la «casa en el campo» de Isabel fuese mohosa y húmeda, igual que tampoco se esperaba que el campo fuese una interminable franja de bosques de pinos, en torno a un lago pero desprovista de prados o montañas, claustrofóbica (no ofrece horizontes, solo infinitud de árboles), bordeada de carreteras estrechas que conducen a otras carreteras estrechas, puntuada por asentamientos humanos que van desde caravanas sobre bloques de cemento hasta granjas falsas y unos pocos palacios en miniatura con torreones y miradores acristalados. Mientras Garth conduce de una carretera a otra, mientras sus faros iluminan los carteles de fabricación casera que anuncian los nombres de las carreteras (Whispering Glen, Lakeview, Latches Lane), se esfuerza en imaginarse cuando vuelva a casa de Isabel, si es que consigue encontrarla. ¿Qué puede decirle a Chess que no sea solo una disculpa rastrera o más declaraciones de un amor desesperanzado? Quiere decirle, de un modo que tenga sentido, que no soportó vivir al margen el año pasado, que no puede soportar sentirse tan innecesario, que no soporta que Chess y Odin estén bien sin él. Pero sabe cómo se lo tomará. Sabe que para Chess será solo cháchara masculina. Y Garth se siente cada vez más diminuto. Se ha ido reduciendo desde que Chess se confinó con Odin, y tiene la sensación de que, si no dice algo para que quede constancia, si no hace algo que tenga sentido, seguirá viviendo como una persona desaparecida, aunque solo haya desaparecido para sí mismo; será

más un tío que un padre, el tipo que te lleva al parque y te compra ese juguete que tu madre te ha prohibido. Alguien como Robbie. Garth será una figura periférica en la vida, igual que Robbie lo es en la muerte.

Garth no puede irse a California solo porque Chess vaya a mudarse allí. Sería raro en cualquier circunstancia, y es imposible ahora que su carrera empieza a despegar. No es buen momento para que un artista se vaya de Nueva York. No tiene sentido que un artista no pueda asistir a las cenas y las fiestas para hablar con marchantes y coleccionistas, para exhibir sus encantos. Garth lleva demasiado tiempo dedicado a eso para pensar que la obra se percibe independientemente del artista que la creó. Es importante que el artista —a Garth eso se le da muy bien— pueda hablar de la génesis y el proceso, de la visión, mientras da sorbos a una copa de champán, con unos tejanos y una chaqueta de esmoquin, con un leve olor a pintura y un toque de colonia. La seducción cuenta. Sería ingenuo pensar lo contrario.

Pero ¿qué hará si Chess y Odin se mudan?

Esta reacción, este sordo aullido de pérdida, este deseo de ser padre, es lo último que esperaba Garth.

Toma otra carretera, se interna más en el bosque, más ventanas que exhiben sus cuadrados de luz entre los troncos de los árboles. Sigue adelante, gira de una carretera a otra idéntica y luego a otra.

Una vez Nathan se mete en el agua, está tan oscura y tan fría que no distingue el frío de la oscuridad. Solo tiene que seguir nadando. No está seguro de si nada para alejarse de algo o de si se está internando más profundamente en algo, pero tiene que continuar moviéndose a través de la oscura frialdad, aunque solo sea porque no puede seguir en la orilla del lago, donde mañana por la mañana esparcirán las cenizas de Robbie, y tampoco puede volver a la casa. No puede volver al calor y a la luz. No puede hablar con nadie, no puede soportar sus muestras de amor y de pesar. No quiere odiarles más de lo que ya les odia. Nada bajo el agua a través de la oscura frialdad hacia una oscuridad y una frialdad mayores, aunque no tiene sensación de avanzar, solo nota sus brazadas y sus patadas, y el tirón de su ropa y sus zapatos hacia la oscuridad un poco más intensa de abajo. Sus manos son remos que empujan el agua. Mira hacia la superficie un poco menos oscura de arriba, la superficie opaca del agua, para comprobar si el reflejo de las estrellas está nadando con él, pero no ve ninguna estrella, y sigue nadando en dirección a algo que es un destino, pero no un lugar: una ausencia en la que está desapareciendo, donde nadará hasta dejar de ser él mismo y no será nadie, donde desaparecerá, nada más, solo eso.

Isabel encuentra a Chess sentada en la silla desvencijada que hay detrás de la casa. Isabel tenía la esperanza de que nadie se aventurase a ir allí. Tenía intención de encargarle a alguien que lo limpiara.

—Esa silla no es muy segura —dice.

—Hasta ahora he sobrevivido. Debería ir a ver qué tal está Odin.

—Está bien, todavía duerme. Lo está vigilando Dan.

—Garth ha ido a dar un paseo en coche.

—¿Está...?

Chess cambia de postura en la silla, que emite un leve chillido, como un animal.

—Estamos tratando de solucionarlo...

En realidad, Chess y Garth no tienen más remedio que solucionarlo. Aun así, Chess no puede evitar pensar en qué se equivocó, si es que se equivocó.

Le pides a tu amigo de la universidad un poco de su esencia pensando: «Podemos vivir siendo compasivos en un futuro que diseñemos para nosotros mismos». No fue un error tan claro. Garth podría conservar su libertad y su irresponsabilidad. Sería un hombre a quien Odin conocería, la respuesta a la pregunta de la paternidad, cuando Odin creciese. Garth tendría dos días por semana, sería vagamente paternal, según sus limitaciones, y por lo demás se ocuparía de sus asuntos.

Chess no contó con que el artista de la Ducati —tan egocéntrico y

despreocupado— creyese estar enamorado. No contó con que se imaginaría a sí mismo como su marido.

—Nunca es fácil —dice Isabel.

—Sin embargo, eso es lo gracioso. Pensé que lo sería. No fácil, pero parecía que... que seríamos el bebé y yo, con mi amigo Garth para echar una mano.

—Sí, bueno, supongo que cuando me casé con Dan, pensé que... que sería al menos... semifácil.

—No obstante, las mujeres somos más perspicaces, ¿no crees?

—Creo que piensas que para ti será diferente, que no eres como las demás mujeres.

Chess suelta una risa ronca, como si ululara.

—Siempre he sentido que no me parecía mucho a las demás mujeres.

Isabel se ríe a su vez, aunque su risa es más suave y tímida.

—¿Crees que todas pensamos que no somos como las demás? —dice.

—Esa es la clave, ¿no te parece? Todas creemos que no somos como las demás.

—Y, sin embargo, aquí estamos —dice Isabel.

—Y, sin embargo, me siento responsable en parte. Por esto. Por lo de Garth.

—¿Sí?

—Es como si hubiese dejado espacio para que ocurriera. Nunca le animé, pero tal vez no le desanimé lo suficiente.

—Deberíamos ser más amigas, ¿no crees?

—Claro —dice Chess—. Aunque en realidad no nos gustamos demasiado.

—No veo por qué iba a impedirnos eso ser amigas. ¿Cuántos amigos se gustan en realidad?

—Se siente una sola —dice Chess.

—Y cansada.

—Sí.

—Deberíamos entrar.

—Espero poder levantarme de esta silla.

—Tenía la esperanza de que nadie se sentara en ella.

—¿Qué hace aquí?

—Una de las patas está rota.

—Ya lo he visto.

—No dejo de repetirme que tengo que llevarla a arreglar.

—No vas a llevarla a arreglar.

—Pero tampoco soy capaz de librarme de ella. Deberíamos entrar. Es casi la hora de cenar.

—Sí.

Dudan. Es como si compartieran un secreto pero no pudiera pronunciarse en voz alta. El secreto es este: las dos juntas, en silencio, cautelosas y vigilantes, sin compañía en el mundo, aunque no estén solas en él; esperando, las dos, que algo se hunda: la silla, la casa, la economía; atentas a la posibilidad de un ruido a lo lejos: un coche que se acerca, un niño que solloza; dos personas que jamás pueden parar de prestar atención; que se ven obligadas a preocuparse por el futuro porque el futuro amenaza con hacer daño a sus hijos. Dos personas que creían, cada una a su manera, que ellas eran diferentes. El secreto no es ni más ni menos que esto: las dos, aquí.

Chess se levanta con cuidado de la silla rota, que suelta un chirrido de madera al rozar contra la madera.

—Lo conseguí —dice Chess.

—Tendría que arreglar esa silla. Es una Shaker.

—Esa no es una silla Shaker. Es una silla vieja y rota.

—Aun así. La compré por muy poco en un mercadillo.

—Tírala sin más. Hay cosas que no merecen tanto esfuerzo. Aunque las hayamos conseguido por casi nada en un mercadillo.

—Supongo que tienes razón.

—Me ha parecido oír a Odin.

—Es hora de volver.

—Todos nos están esperando.

—¡Hum! Sí.

Antes, Isabel comprueba la última entrada de Robbie. Hay cuarenta y siete «Me Gusta».

Robbie ha llegado. Al otro lado de la ventana, es una oscuridad menor en la oscuridad. Es un apresuramiento, una agitación de aire animado.

Violet esperaba que se pareciese más a sí mismo.

Nota que está perdido y confuso, ni asustado ni lo contrario. Ella se alegra de saberlo. Es un durmiente que ha despertado en la oscuridad y no acierta a distinguir si está en casa o no, si debería volver a dormir o levantarse y averiguar dónde se encuentra.

Violet no sabe si él cree que ella es parte de un sueño que está teniendo.

Pero puede quedarse delante de la ventana con el vestido amarillo, el vestido que le compró el día que aplaudió no solo por el vestido, sino por la niña que era dentro del vestido. Sabe cuánto quería él verla convertirse más en ella misma, cuánto quería estar presente. Ahora es una agitación de aire apresurado, fuera de una casa que no reconoce, pero, en cierto modo, se está convirtiendo más en sí mismo. Mientras eso ocurre, Violet puede quedarse delante de la ventana para recordarle este mundo mientras parte hacia otro. Puede hacer eso por él.

Los faros de Garth solo iluminan la carretera y los árboles hasta que alumbran, de pronto, a Nathan. A Nathan, lívido en el arcén. Garth detiene el coche, baja la ventanilla del acompañante. Nathan finge no ver a Garth.

Nathan tiene el pelo mojado, pegado a la frente en mechones.

—¿Qué ha pasado? —dice Garth.

—Nada.

—¿Estás mojado?

—No.

—Sube al coche.

—Estoy bien así.

Garth se inclina y abre la puerta del acompañante.

—Que subas al coche.

Nathan obedece sin decir nada. Se acomoda en el asiento del pasajero, no parece pensar en cerrar la puerta.

Nathan está empapado. Nathan está temblando.

—Cierra la puerta —dice Garth—. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada.

—¿Estabas en el lago?

—Vamos a casa, ¿vale?

—Estás helado.

—Estoy bien.

—Llevo una manta en el asiento de atrás.

—Estoy bien.

Garth alarga el brazo para coger la manta.

—Es solo una manta de bebé —dice.

Se la alcanza a Nathan, que no la acepta. Nathan está sentado en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Garth oye cómo le castañetean los dientes.

Garth le pasa la manta por los hombros.

—¿Qué. Coño. Estabas haciendo?

—Nada.

—Te has metido en el puto lago.

—El agua estaba muy fría.

—Sí, ya. ¿Puedes decirme por qué lo has hecho?

—No.

—¿Y si no te llevo a casa, ni a ninguna parte, hasta que me lo digas?

—Intentaba ver una estrella.

—¿Qué?

—Desde el agua.

—Podías ver la estrella desde tierra, ¿no? Podías levantar la vista y verla en el cielo.

—Quería verla desde el agua.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Puede que pensara que se vería distinta. Sé que ha sido una tontería.

—No necesariamente. No, ya me entiendes, categóricamente una tontería. Pero, sí, vale, una especie de tontería.

—Pensé que a lo mejor, si podía verla desde ahí, desde ese sitio donde nadie la veía nunca... No quiero hablar de esto, ¿vale?

—Pues no. No vale.

Nathan, tiritando, mira hacia delante, hacia los faros que iluminan la carretera.

—Cuando me metí en el agua no podía verla. La estrella, quiero decir. Todo estaba muy oscuro y silencioso.

—No acabo de entenderlo, la verdad.

—Quería saber cómo era.

—Cómo era.

—Ya me entiendes.

—No te entiendo.

—Cómo era estar en el agua. En la oscuridad fría y callada.

—¿Para qué?

Nathan le habla a la carretera, no a Garth.

—Quería saber cómo era. Por Robbie.

Garth apoya la frente en el volante.

—¿Para qué querías saber eso? —pregunta.

—Quiero saberlo.

—Eres un chico. Un niño.

—Estoy harto de que la gente me trate así.

Garth levanta la cabeza del volante.

—Ni siquiera deberías estar pensando en eso —dice.

—Todo el mundo lo hace.

Una rama de pino agitada por el viento roza como una escoba el techo del coche.

—No has hecho nada malo —dice inclinándose hacia Nathan.

Huele a cigarrillos y a algo carnoso, como a salchicha cruda. Es la primera vez que Nathan está lo bastante cerca de Garth para saber a qué huele.

—No me abraces, ¿vale? —dice Nathan.

—No iba a abrazarte.

—No estás llorando, ¿verdad?

—No.

Garth acerca su cara a la de Nathan. No está llorando. Nathan se avergüenza de habérselo preguntado.

—No has hecho. Nada. Malo —repite Garth.

Podría estar dando una opinión como si fuese un hecho.

Nathan escucha. Escucha a Garth. Observa la carretera. En una noche así, más allá del alcance de los faros, la carretera podría seguir eternamente, sin llevar a ningún sitio más que a sí misma.

—Tenemos que volver a casa —dice Garth.

—Espera un minuto, ¿vale?

—¿Por qué quieres esperar un minuto?

—Quiero y ya está.

—Dentro de un minuto exactamente te llevo a casa.

—Ajá.

Antes de que Nathan sepa que va a hacerlo, alarga el brazo, coge un mechón de pelo de Garth entre los dedos y lo sujeta.

Garth no se mueve. Los dos tienen la sensación de que no hay nada más natural que estar en el coche, mientras Nathan sujeta a Garth por el pelo.

Los faros iluminan la carretera, con sus agujas de pino, sus roderas y surcos, el brillo plateado de una lata de Coca-Cola Diet aplastada, su destino a ninguna parte. Nathan piensa en los bosques de los cuentos, donde lobos, demonios y casitas de chocolate esperaban a los niños que se atrevían a adentrarse. En los relatos, no obstante —los que recuerda Nathan— los niños siempre ganan. Salen indemnes. Nathan se pregunta ahora si los relatos hablaban del modo en que los niños habían cambiado. ¿Cómo no ibas a cambiar si habías metido a una vieja en su propio horno o engañado a un gnomo que quería comerte, o si un leñador te sacaba de la barriga de un lobo?

Chess está tumbada en el sofá con Odin sobre el pecho, con la esperanza de que un interludio de calma le prepare para dormir toda la noche. No debería haberle dejado dar una cabezada tan tarde. No obstante, es un niño que apenas duerme si no está muy cansado. Es un niño que apenas duerme ni come. No le interesa ninguno de los placeres habituales, ni el descanso ni la comida. Quiere a Chess, es posible que quiera a Garth y adora a su conejo azul, que sujeta con los brazos estirados mientras lo zarandea. Odin está confuso, y Chess lo sabe, porque nadie salvo ella parece darse cuenta de que el conejo es un ser vivo, aunque sea incapaz de moverse o hablar por sí solo.

Odin le dice al conejo:

—¿Dónde estaban todos?

—Todos están aquí —responde Chess—. Justo aquí.

Odin zarandea aún más al conejo. El conejo se alegra de oírlo.

Chess, Odin y el conejo encontrarán una manera de entenderse con Garth. No es demasiado tarde. Pero sí es demasiado tarde para decirle a Odin que su padre es desconocido e incognoscible, aunque Chess acepte la oferta de Berkeley, aunque se mude al otro extremo del país y críe sola a Odin.

Tanto si va a California como si no, está atascada ahí, con un hombre que quiere más de lo que ella puede ofrecerle. Tendrá que ser, aunque nunca fuese su intención, parte de una familia con un padre que no está a la altura, tanto si vive a un barrio como a un

continente de distancia. Un padre que no sabe o no quiere poner a los demás por delante de sí mismo. Un padre que decepcionará, que será paternal cuando le convenga, cuando se sienta capaz. Ella hará lo que pueda, año tras año, por convencer a Odin a medida que se vaya haciendo mayor de que su padre tiene buena intención, que tiene sus limitaciones y que es mejor no esperar de él más de lo que es capaz de dar, tanto si llega tarde a recoger a Odin a la escuela como si ha perdido su vuelo a California.

Chess no recuerda si su madre le contó alguna vez cosas de su padre («Trabaja mucho», «Cuando era niño eran muy pobres», «No siempre quiere decir lo que dice») o si se las contó ella a sí misma.

Es demasiado sencillo comparar a Garth con su padre, detenerse en las maneras en que ella parece haber vuelto a encontrar a su padre, a pesar de sus diferencias de aspecto y ocupación. También es demasiado evidente para pasarlo por alto.

—Luego todo el mundo vuelve —le dice Odin al conejo.

—Sí —dice Chess—. Luego todo el mundo vuelve.

Dan está de pie en la entrada principal, entre el chirrido de los grillos y el ulular de los búhos más allá de la mancha de luz del porche. Saca el frasquito del bolsillo, desenrosca la tapa, se mete el contenido de una cucharita en una fosa nasal y luego repite en la otra.

Al instante se produce esa chispa y ese zumbido, la sensación de encajar de golpe en uno mismo como una mano en un guante quirúrgico. La gente, la mayoría de la gente, no conoce esa sacudida de regreso. Has vuelto, otra vez eres tú, los parásitos han desaparecido de tu radio interior.

Debería sentirse más culpable de lo que se siente. Probablemente.

Pero, en serio. Intenta tú ser él sin un poco de ayuda. Intenta ser feliz, insistir en que eres feliz, sin tu hipido de éxito, sin tu grupo de seguidores invisibles, de los cuales solo unos pocos estaban desquiciados. Intenta ser infinitamente paciente y paternal después de tu segundo fracaso. Intenta preparar tres comidas al día y dar tus clases. Intenta sobrellevar sin rencor el hecho de que todos tus esfuerzos —tu humildad optimista, la bolsa de la compra que se rompió bajo la lluvia en mitad de Fulton Street— no han impedido que te conviertas en motivo de vergüenza para tu hijo, que te querría más si hubieses tenido más éxito. Hasta tu familia te quiere más si eres famoso. Ya puestos, intenta preguntar si ser famoso lo habría empeorado —¿cuántos hijos adolescentes quieren que sus padres sean estrellas del rock, con todo lo que eso implica respecto

a lo que el crío tiene que vivir?—. Intenta preguntarte si al chico no le asqueas sin más. Intenta bregar con todo eso a la vez que madrugas con tus hijos, vas a trabajar y vuelves a casa para hacer la cena y, después de meterlos en la cama, quedarte despierto por la noche para escribir más música. Intenta ser alguien que se niega a rendirse, a pesar de todas las pruebas. Intenta dormir cuatro o cinco horas cada noche. Intenta estar aquí, en este sitio perdido, donde a nadie parece importarle que la muerte de Robbie te haya desgarrado por dentro, donde te han llamado para ayudar, para que participes, pero aun así. Un lugar donde da la impresión de que tú y solo tú sabes que, a tu manera, has enviudado tanto como cualquiera.

Una raya más. Dos más. El tirón y el brillo otra vez, solo eso. Bendita sustancia que borra los arrepentimientos, las recriminaciones y revela las promesas que hay por debajo de las superficies olvidadas.

Y ahí está, después de todo, la promesa de un futuro renovado con Isabel, la reparación que ya está en marcha. Esa noche ha preparado la cena cuando ella no podía. Le ha servido vino, le ha dicho que los niños sobrevivirán a esto relativamente indemnes. Son pequeños gestos en y por sí mismos, pero hablan más allá de sí mismos.

Está esa brillantez. En ese momento, ve lo que le espera. Isabel volverá a la ciudad. Su amor, después de superar esas pruebas, será más fuerte que nunca. Seguirá escribiendo canciones, y esta vez encontrará un público que no lo abandonará. Si algo ha aprendido es que un artista no atiende a razones. Mira Garth, con esa obra en el puto Whitney, después de años intentando vender sus obras en galerías de segunda. Dan seguirá intentándolo. Volverá a subir a los escenarios para cantar ante multitudes. Dejará de ser motivo de vergüenza para su hijo. Ya no lo despreciarán las madres que trabajan en las finanzas.

Todo eso se despliega ante él. La sanación ha empezado. Vuelve a esnifar, se guarda el frasquito en el bolsillo y se queda escuchando los murmullos y los zumbidos de la noche.

En la carretera del bosque, Garth pone el coche en marcha y conduce en busca de un sitio donde dar la vuelta.

—Vas a tener que hablar con tus padres de esto.

—Lo sé.

—Querías saber cómo es estar muerto.

—En realidad no. No exactamente.

—¿Alguna vez has hablado con ellos de eso? —pregunta Garth.

—Más o menos.

—Conmigo lo estás haciendo.

—No estoy hablando de eso contigo. Simplemente... has aparecido...

—Pero estamos hablándolo. Lo estamos hablando, ¿no?

—Supongo.

—Puedes contarme cualquier cosa, estoy aquí.

Garth se siente autocomplaciente. Muy bien, si eso es lo que quiere.

Aun así, Garth está aquí, tal como dice. Aun así, Nathan ha cogido del pelo a Garth, simplemente lo ha hecho, no ha dicho nada al respecto, y a Garth no le ha importado.

Violet espera en la ventana hasta que termina de pasar la sombra de Robbie.

Robbie la ha visto mirándolo, con el vestido, pero ella sabe que ya casi no puede distinguir la casa del bosque. Sabe que se está desvaneciendo en un lugar donde las casas y los bosques, donde las luces y la ausencia de luz, son lo mismo. Susurra: «Adiós, adiós, adiós». Se vuelve de la ventana hacia el espejo que le ha puesto ahí su madre, un viejo espejo ovalado con el cristal empañado que se sostiene sobre unas delgadas patas metálicas, como las cosas viejas que le gustan a su madre. Violet se queda delante del espejo admirando la imagen levemente borrosa que le devuelve, ella con el vestido amarillo.

Isabel pasa sin hacer ruido por el salón para no molestar a Chess y Odin mientras Chess le susurra a Odin:

—Mira, aquí viene todo el mundo.

Mañana esparcirán las cenizas en el sitio no tan ideal que han escogido los niños, que solo les importará a ellos, pero les importará. Volverán a la cabaña. Pasarán el resto del día de algún modo, y luego todos regresarán a casa, todos menos Isabel, que ya está en casa. No sabe cuánto tiempo se quedará aquí, pero será el suficiente para plantar el huerto de la parte de atrás, arreglar el escalón suelto del porche y hacer que se lleven la silla. Para pasear, casi todos los días, hasta el lago. Necesita devolver a la cabaña cierto aspecto ordenado antes de marcharse.

Cuando esté lista, dejará su trabajo y buscará otro. Decidirá dónde ir a continuación, cómo rehacer su vida con la custodia compartida de los niños en algún apartamento que encuentre, lo cual no será fácil teniendo en cuenta cómo están los precios, pero será un sitio lleno de luz y bien ventilado, donde los niños se sientan cómodos y seguros. Es posible —¿por qué no?— que conozca a alguien, en Tinder o en OkCupid o donde sea. Ha mirado ya, aunque no ha respondido a ninguna de las solicitudes. Todavía. Hay hombres guapos, hombres que ya no son jóvenes (no le interesan los jóvenes), pero que son guapos y de aspecto agradable. Que están, o parecen estar, tan dispuestos como ella a olvidar cualquier error que hayan podido cometer y empezar de nuevo con

otra persona.

Es la vida que quiere. No será una vida sin trabas. Parte del daño no puede deshacerse, pero seguirá viviendo. Puede que sea feliz de vez en cuando, y quizá lo sea durante más tiempo. Lo cree posible. Dan tendrá que encontrar su propio camino por sí solo. Quiere que también sea feliz, de verdad, pero ya no puede hacer gran cosa por él.

Es hora de ir arriba y llamar a los niños para cenar.

Se detiene al pie de las escaleras. Es hora, no puede negarlo, de seguir con las cosas de siempre. No obstante, quiere enviar una publicación más de Wolfe.

Escoge una fotografía que ha estado guardando. Un autorretrato. Robbie está en la puerta de la cabaña, sonriendo. Debió de hacerla a última hora de la tarde. Está bañado en una luz dorada y oblicua, la luz que hace que todos parezcamos la encarnación mejorada de nosotros mismos. Robbie necesita un corte de pelo. Lleva la camiseta de los Ramones que le regaló Dan. Está apoyado en el quicio de la puerta. Apenas visible detrás de él está el interior de la cabaña: se ve un calendario clavado en la pared del fondo, la esquina de una cama con un montón de mantas y la uve del cráneo del zorro colgado al lado de la estantería.

Es hora de subir la última publicación de Wolfe, antes de llamar a los niños. Antes de la cena y de irse a dormir, antes de mañana por la mañana, cuando lleven la urna a la orilla de un lago anodino y digan lo que tengan que decir (han acordado no preparar ningún panegírico); antes de volver para desayunar y sufrir espasmos de risas mortificadas —«¿Qué se supone que tenemos que hacer con la urna?»—, antes de que todo siga, esta noche, y mañana y al día siguiente.

Sube la foto, Robbie con la camiseta de Dan, captado en una actitud de tímido coqueteo en el umbral de la cabaña, como si en el interior aguardaran pequeñas maravillas.

Pie de foto: Esta es la última. Me despido. Es el final de Esto y el inicio de Aquello. Gracias por querer saber. Justo ahora es lo que llamamos la hora incandescente, cuando dentro de esta cabaña todo está iluminado como si fuese sagrado, hasta el hervidor de agua y el calendario de la pared. Vamos a guardar un poco de esta luz en un tarro para llevárnosla. Vale, ya sabemos que no se puede guardar la luz en un tarro, pero vamos a levantar el tarro hacia el cielo, cerrar bien la tapa y llevárnoslo a casa. Lo dejaremos siempre cerrado. Vendrá con nosotros a todas partes. Adiós desde este sitio tan alto y luminoso. Aquí hay algo que solo puedo tildar de inmaculado, un estado de suspensión sagrada, pero pronto será hora de volver a casa y continuar desde allí. Ya casi es hora.

Agradecimientos

Me resulta difícil no dar las gracias a un número considerable de personas, desde la señorita Janzen, mi maestra de primaria, que insistió en que aprender el abecedario resultaría útil en el futuro, hasta Pete Steres, mi mejor amigo en la secundaria, con quien viví en un barrio residencial de Los Ángeles, que, en realidad, era la Tierra Media de Tolkien.

No quiero ser demasiado romántico. Solo reconocer el hecho de que, a lo largo de mi vida de escritor, muchas personas han ayudado inevitablemente, de muchísimas maneras, a producir una novela.

Más concretamente, vaya mi gratitud infinita a Andy Ward, mi editor. Cada vez es más difícil encontrar editores que sean lectores incisivos y exigentes. Gracias, Andy, por ser ambas cosas, por preocuparte tan ardientemente de que una novela sea la versión más potente, precisa y de mayor alcance posible de sí misma, y por tener casi siempre razón.

Frances Coady no es solo la mejor agente literaria imaginables, sino también una lectora brillante, una confidente y una amiga. Frances vio cómo este libro sufría más cambios de los que quisiera recordar, pero nunca perdió la paciencia ni el ánimo. Le guste o no, este libro es casi tan suyo como mío.

Bonnie Thompson, mi correctora con visión láser, me salvó de incontables apuros, desde cuestiones de puntuación a hechos. Sigo asombrado por su capacidad para prestar atención a los detalles, ya

sea la diferencia entre un punto y coma y un guion largo, o al hecho de que, aunque la licencia poética siempre prevalece, en realidad no había luna en el cielo de Brooklyn la noche del 5 de abril de 2019.

Gracias a quienes leyeron los primeros borradores y me hicieron sugerencias de valor incalculable: Ken Corbett, Marie Howe, Francine Prose y Sonia Feigelson. Durante los últimos cuatro años, la inteligencia inquebrantable de Sonia, junto con sus capacidades organizativas, literalmente me han mantenido a flote.

Mientras escribía este libro estuve rodeado de amigos cuya fascinación por la literatura, cuyo amor puro por ella, ayudó a producir un ambiente en el que escribir una novela parecía, al menos en teoría, un acto humano posible. Su fe a menudo superaba la mía. Gracias a Amy Bloom, Susan Choi, Marcelle Clements, Hugh Dancy, Claire Danes, Richard Deming, Anne Fadiman, Jonathan Galassi, Meg Giles, Yen Ha, Courtney Hodell, David Hopson, Billy Hough, Sarah McNally, Christopher Potter, Sal Randolph, Marc Robinson, Nathan Rostron, George Sheanshang, Fiona True, Nina West, Leslie Wilder y Ann Wood.

Entre los regalos más importantes que cualquiera puede ofrecer a un escritor se encuentra un periodo de tiempo ininterrumpido. Gracias a la Fundação D. Luís I-Centro Cultural de Cascais, en particular a Filipa Melo y Salvato Telles de Menezes. Gracias a la Fundación Santa Maddalena, cuya directora, Beatrice Monti Della Corte, no es solo una inspiración sino una íntima amiga de toda la vida.

Gracias a Evan Camfield, que aguantó mis interminables molestias sobre palabras, frases y fuentes; a Lucas Heinrich, que creó la hermosa portada; y a Richard Phibbs, por una foto del autor en la que aparezco considerablemente más favorecido que en la realidad.

Mis alumnos de la Universidad de Yale han demostrado, año tras año, proporcionar un vínculo fundamental entre la vida tal como se

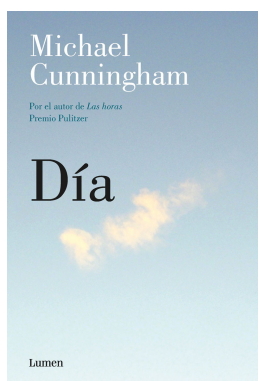
vive y el intento de hacerle justicia utilizando solo el lenguaje, la tinta y el papel. El privilegio de conversar regularmente con gente joven tan notable ayuda a que el acto de escribir y de leer siga pareciendo vital y críticamente importante, una convicción que no siempre acompaña a un escritor todas las horas del día.

He tenido la suerte, toda mi vida, de contar con el aliento de mi familia. Gracias a Don Cunningham, a Dorothy Cunningham y a Kristie Clarkin.

Nada sería posible, ni este libro ni ninguna otra cosa, sin Ken Corbett.

UNO DE LOS MEJORES LIBROS DEL AÑO SEGÚN *NPR*, *HARPER'S BAZAAR*, *LIT HUB* Y *KIRKUS REVIEWS*, ENTRE OTROS.

El ganador de los premios Pulitzer y Pen Faulkner por *Las horas* vuelve a mostrar «su gran don para crear personajes memorables, observar el mundo en toda su rareza y hermosura y escribir sobre el amor y la pérdida con tanto arrojo como ternura».
Colm Tóibín



5 de abril de 2019: la primavera despunta en Brooklyn y en el hogar de los Walker-Byrne la felicidad doméstica se resquebraja lentamente. Dan e Isabel han empezado a distanciarse, y el hecho de que Robbie, el encantador y frágil hermano de ella, al que todos adoran, deba abandonar la casa no es algo que ayude. Mientras este

busca apartamento e intenta superar su último fracaso sentimental ocultándose tras un glamuroso avatar en las redes, Nathan, el hijo de diez años, da pasos inseguros hacia la adolescencia y su hermana Violet, de cinco, hace lo posible por aliviar el desencanto familiar.

Dividida en tres actos que tienen lugar el mismo día de 2019, 2020 y 2021, *Día* es una asombrosa exploración del amor y la pérdida, las dificultades y las limitaciones de la vida familiar: una «narración desgarradoramente convincente sobre los tiempos que vivimos. [...] Una novela brillante de nuestro más brillante escritor». Colum McCann

La crítica ha dicho:

«Michael Cunningham muestra su gran don para crear personajes memorables, observar el mundo en toda su rareza y hermosura y escribir sobre el amor y la pérdida con tanto arrojo como ternura. [...] Refleja con agudeza y brillantez el Nueva York contemporáneo».
Colm Tóibín

«Cunningham es uno de nuestros grandes escritores estadounidenses, y aquí tenemos otra obra maestra. [...] Consigue lo que solo los grandes libros logran. Leerlo te transformará».
Andrew Sean Greer

«Otra exquisita novela de Cunningham».
The Boston Globe

«Un retrato absolutamente impactante de la humanidad. [...] Una obra maestra».
Literary Hub

«Un escritor de gran aplomo, con un agudo intelecto y un sentido del humor fascinante».
Jenny Shank, *The Star Tribune*

«Uno de los mejores cronistas del amor».
Hillary Kelly, *Los Angeles Times*

«Junto con George Eliot, Cunningham pertenece a ese inusual grupo de novelistas que valoran el mundo y a quienes lo habitan, con respeto, compasión y una ternura aparentemente infinita, al tiempo que lo analizan sin contemplaciones».
Tony Kushner

«Un logro de excepcional belleza y equilibrio».
Sarah Shun-lien Bynum

Michael Cunningham (1952) es uno de los autores más respetados del panorama de la ficción estadounidense actual. Nació en Cincinnati (Ohio). Se licenció en literatura inglesa en la Universidad de Stanford y en 1990 publicó *A Home at the End of the World*, su primera novela, cuya adaptación cinematográfica corrió a cargo de Michael Mayer. En 1995 publicó *De carne y hues*o y en 1999 recibió los premios Pulitzer y PEN/Faulkner por *Las horas*, una novela que tenía como protagonista a Virginia Woolf y que fue llevada al cine con gran éxito, gracias también al buen trabajo de Meryl Streep, Julianne Moore y Nicole Kidman, quien ganó el Oscar a la mejor actriz. A este texto le siguieron las novelas *Días memorables* (2005), *Cuando cae la noche* (Lumen, 2011, 2024) y *La reina de las nieves* (Lumen, 2016, 2024), así como el libro de relatos *A Wild Swan and Other Tales* (2015) y el ensayo *Land's End: A Walk in Provincetown* (2002). *Día* (Lumen, 2024) es su última novela hasta la fecha y uno de los mejores libros del año según NPR, *Harper's Bazaar*, *Chicago Public Library*, *Lit Hub*, *Paste* y *Kirkus Reviews*.

Ha recibido el Whiting Award y una beca Guggenheim. Actualmente es profesor en la Universidad de Yale, vive en Nueva York, y es colaborador habitual de *The New Yorker*, *The Atlantic Monthly*, *The Paris Review*, *The New York Times Sunday Magazine* y *The New York Magazine*.

Titulo original: *Day. A Novel*

Primera edición: septiembre de 2024

© 2024, Michael Cunningham
Todos los derechos reservados
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Miguel Temprano García, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Bart van der Tooren

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2662-8

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit

Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Día

5 de abril de 2019, por la mañana

5 de abril de 2020, por la tarde

5 de abril de 2021, por la noche

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Michael Cunningham

Créditos